

Lecturas Mexicanas divulga en ediciones de grandes tiradas y precio reducido, obras relevantes de las letras, la historia, la ciencia, las ideas y el arte de nuestro país.

JUAN VICENTE MELO

La obediencia nocturna



SEP

Primera edición: 1969, Ediciones Era, S.A.

Primera edición en Lecturas Mexicanas: 1987.

Graffias musicales de Mario Lavista

A mi padre.
A Huberto Batis.

Producción: SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
Dirección General de Publicaciones y Medios

D.R. © 1987, de la presente edición,
Consejo Nacional de Fomento Educativo
Av. Thiers No. 251 - 10o. piso
México, D.F. C.P. 11590

D.R. © 1969, Ediciones Era, S.A.
Avena 102
México, D.F. C.P. 09810

Impreso y hecho en México, D.F.

ISBN 968-29-1416-7

*Requiem aeternam dona eis, Domine: et lux
perpetua luceat eis.*

Me da lo mismo.

Eso me va a pasar un día. Más pronto o más tarde, de la misma manera o de otra, acaso más dolorosa. Poco importa. Después de todo es la mejor salida cuando uno está cansado y ya no puede alegrarse de nada, cuando se mira en el espejo y no se asusta de ver lo que ahí se refleja. Cuando se dice: al fin y al cabo da lo mismo una cosa o la otra. Es igual.

Eso dije entonces.

Pero hay tardes como ésta en que, de pronto, miro por la ventana. Un vago, esperado impulso me obliga a olvidar lo que esté haciendo y me llama por la ventana. Pero no quiero engañarme, sería injusto: no hago nada, no quiero hacer nada. Está cerrado el libro de derecho romano, está una improbable carta pensada para alguien a quien no conozco, unas líneas que dicen: "¿sabe usted?, estoy liquidado y no me importa", están las notas que me encargó el señor Villaranda, ese cuaderno del que tenía que descifrar palabras escritas en idiomas extranjeros, signos y símbolos. Pero hay tardes, como ésta, en que me quedo viendo la calle —larga, estrecha, dividida y subdividida en callecitas pequeñas, como avergonzadas de no haber crecido, de no llegar a ningún lado, de encerrarse en sí mismas, de albergar a unas cuantas casas, a unas cuantas personas—, la calle y las gentes que caminan, los automóviles que avanzan y se detienen intempestivamente, las casas, los árboles dedicados —ahora— a recuperar flores amarillas, rojas y

moradas. Aquí está, a mi vista, la ciudad misma de siempre, la tarde interminable, la hora que indica el regreso a la casa, el indistinto fin de la jornada. Y la invariable pregunta: ¿Y ahora qué?

No, no da lo mismo. ¿Y ahora qué?

Otras tardes está la lluvia. La miro estrellándose en los cristales, corriendo en las márgenes de la acera. Furiosa, ni siquiera refrescante. O bien, cae la nubecita de polvo, el pequeño conglomerado de grumos que revolotean dispersos. Vuelvo a pensar que esta ciudad es fea e inhabitable, lo mismo cuando llueve que cuando hace buen tiempo. Pero, en verdad, no veo ni pienso: repito el nombre de Beatriz.

Eso dije: da lo mismo, ya no importa. Pero uno dice, a veces, esta clase de cosas. Y las dice porque sí, porque se le ocurren de pronto, porque se está cansado, porque se está aburrido, porque se está contaminando de una cierta vergüenza. Y lo que sucede es que no da lo mismo. Y lo que sucede es que Beatriz se fue, que todos se van, que yo tampoco voy a quedarme. Me da miedo, me duelen los labios, veo la calle y las gentes, trato —eso me digo ahora, después de encontrar en calle y gentes una compensación (¿a qué)— de encontrar un sentido (sí, eso es más justo) a la calle y a las gentes.

No más: ya no quiero volver a decir que da lo mismo. Ni siquiera me divierte o consuela. Puedo morir pronto. Eso es todo lo que se me ocurre ahora.

Pero esto no sucede todos los días: sólo cuando, repentinamente, alguien pronuncia dentro de mí su nombre. Cambia la luz, hay un ligero temblor en los objetos que me rodean, un mínimo trepidar del suelo. Dejo entonces de escuchar el ruido de los automóviles y la música que me llega por encima de los gritos y las risas de los niños que juegan (¿nunca se cansarán?) en el jardín, por encima de las conversaciones de las señoras que, a esta hora engañosa, se reúnen en la esquina para contarse sus pequeños, sus grandes problemas, con una maldad pasiva, a fin de deshacerse del aburrimiento del día. El aire está ya más ligero, más

fresco. Camino. A veces, las distancias pueden parecer inmensas. Caminar hacia la ventana es como ir hasta el fin del mundo. No existen vista ni oído. Camino sin obstáculos. Un paso. Y otro. Pasos inciertos. Y otro más. Hasta la ventana (enmarcada con una enredadera que insiste en horadar el muro). Nada hay de terrible en todo esto. Simplemente, siento una gran tristeza y vuelvo a repetirme que Beatriz está muerta, que nunca voy a conocerla, que no soy responsable de lo que ha sucedido pero que, acaso (uno nunca sabe, al menos yo), si hubiera elegido, si hubiera comprendido que se trataba de elegir —a pesar de que todo estaba escrito de antemano y que yo era el ojo destinado para que la mirara siempre a fin de que jamás muriera, que yo era el oído y el tacto que inventaran continuamente su voz y la suavidad de su piel, que yo era el insomnio que alargara indefinidamente su soñarla, el gusto por la paciente espera, el acecho— ella, Beatriz, la que no da lo mismo que se haya muerto porque es la única Beatriz y no las otras, estaría ahora sonriendo como nunca la vi, caminando y bailando como nunca caminó o bailó a mi lado, vestida con un traje que pudo haberme gustado.

El cerillo me ha quemado los dedos.

Me inclino y ahí está la calle. Levanto la cabeza y ahí está el cielo. Frente a mí: techos, antenas de televisión, desiguales alturas. No media distancia entre arriba y abajo, entre azoteas y gentes. Se me ocurre que llorar me tranquilizaría.

Pero el cerillo me ha quemado los dedos.

Fumo porque no tengo nada que hacer. Y sigo viendo. Y termino por convencerme —otra vez— que nada de lo que se me ofrece para ser visto me pertenece. Ni siquiera la posibilidad de reducir la muerte de Beatriz a un "no me importa, después de todo ¿qué?"

No tengo la culpa, pero no puedo dejar de estar triste. Se oculta el sol y una señora le cuenta a otra algo que, como se lo ha dicho ya veinte veces, le resulta (a ambas) indiferente, falto de sentido. El cielo está casi negro (siem-

pre creí que en la ciudad en que nació la oscuridad se hacía en pleno día: tanto era el sol. Aquí no hay crepúsculos y la negrura se debe a la noche). ¿Tienes frío? Eso acabo de preguntarme, como si hablara con otra persona. ¿Tienes frío?

No, porque es verano.

Enrique dijo: "Me miró de una manera extraña, fijando los ojos en el balcón. Apagó el cigarro. Se atrevió a sonreír. Sí, fue una osadía. Nunca se me hubiera ocurrido que se puede sonreír cuando se piensa en hacer eso. Apagó el cigarro otra vez y creo que dijo No quiero alarmarte, lo dijo con esa su voz que pudiste haber escuchado. Su mirada me traspasaba. Yo no existía. Ella miraba la ventana y estaba terriblemente sola. Al fin, total y felizmente sola, libre de persecuciones. Viva, única en el mundo, dueña de todo. Creo que le hubiera gustado encender otro cigarro, que necesitaba aplazar el acto echando una ligera columna de humo por la nariz. Pero no lo hizo. Se limitó a seguir sonriendo. Me alegré que guardara silencio porque no tenía nada que decirle, porque no sé qué se puede decir cuando alguien ha determinado que llegó el tiempo de morir por voluntad propia. Al principio no entendí lo que decía. Pero lo repitió dos, tres, cuatro veces No se puede vivir. Eso dijo y sentí vergüenza de creer lo contrario y estar vivo. Porque no se puede vivir. Vergüenza de estar ahí, frente a ella, Beatriz, la que no pronunció tu nombre, mientras su mirada me traspasaba, mientras sonreía. Se levantó, volvió a decirme No quiero alarmarte, no temas, todo está en orden, no habrá problemas para nadie, se acostó en el sofá y se quedó muerta, sonriendo. Cerré la puerta —casi estoy seguro— y corrí a avisar a sus padres. La muerte me da miedo. Creo que Beatriz debe haber sentido frío porque la ventana estaba abierta." Eso dijo Enrique.

Da lo mismo. Tarde o temprano, tú o yo, igual para todos. De pronto, un día cualquiera, uno se da cuenta que no se puede vivir. Uno está acostumbrado a no hacer nada, a no esperar nada, a sentirse —simplemente— cansado y de-

cide quedarse muerto en un sofá. Te lloran un momento y se acabó el asunto. A lo mejor duele, pero ya está. Un dolor terriblemente agradable, tal vez. Y ya está. Invariablemente, se acaba por olvidar. Y es lo único que vale la pena.

No me causa gracia ver cómo cae el cigarro hasta la calle. Para un cigarro, tres pisos no son nada y está acostumbrado a caer de la misma manera, siguiendo la ley de la gravedad. Hacia abajo, hasta el suelo, sin permitirse la oportunidad de dar una vuelta, una graciosa pirueta, atreverse en ese momento a burlarse de los demás y de sí mismo, estrellarse, romperse. Caer simplemente y en el suelo se queda, todavía encendido, hasta que alguien, sin darse cuenta, lo aplasta (un zapato sucio, seguramente). El cigarro no se enteró que rozó una hoja, que pudo haber estropeado un vestido, que perforaba invisibles grumos de polvo. Tirar un cigarro por la ventana es algo serio, da lástima. Además, se queda uno sin nada entre los dedos, nada que apretar, nada que llevar a los labios.

El cielo casi negro y la señora contando algo. Ahí está: voluminosa, con su vestido de rayas, gesticulando, doliéndole el brazo por el peso de un paquete de provisiones. Ladra un perro y la otra señora dice que sí, humm, que qué señora que ya se me hace tarde, que qué barbaridad, que qué horrible, que qué razón tiene usted, que qué humm, que qué cosas se ven ahora, que qué señora que no me dejó contarle lo que me pasó y me dijo y me hizo a mí a mí a mí, mientras lo niños juegas y gritan y ya no tienen ganas de gritar ni de jugar, mientras el cielo se pone negro y asoma una luna ridícula. Hasta la mínima estrella tiene algo digno de lástima a esta hora y en esta ciudad. Veo y me siento mal. Pienso que besar a Beatriz hubiera sido como hundirme en un pantano. Estoy seguro de que no se lo hubiera dicho a Enrique, a nadie. Sin embargo, creo que me hubiera avergonzado de haber sentido vergüenza de guardar el secreto.

Primero me apoyo en el cristal y así permanezco —en completa inmovilidad, la mejilla contra el vidrio— hasta

que un ardor me obliga a abrir la ventana. No veo, no oigo, no respiro. No sé cuánto tiempo transcurre. De pronto, los niños están corriendo y jugando en el jardín y esa alegría me parece una burla, un desafío. (Eso que llaman jardín es un pequeño terreno rectangular sembrado de escombros, de basura, de hierbas marchitas, de un pasto agónico. Está presidido por los restos de una especie de submarino oxidado. Los niños escriben en él palabras obscenas.) Más allá, los árboles están llenos de flores y su color es escandalosamente vivo, como si así se vengaran de pertenecer a un reino destinado a servir de adorno de calles, de ser utilizado para cercas, techos y pisos, de asiento de nido de pájaros. Empieza un tumulto enorme dentro del pecho, un golpetear que me ahoga. Acabo de gritar: ese gruñido es un grito. No puedo creer —me resisto a aceptarlo— que sea ésa mi voz. Cierro la ventana, de golpe, como si hubiera faltado al orden exigido por la luna, los árboles, las señoras, los niños, la muerte de Beatriz, como si hubiera cometido un pecado. Me oculto en un rincón. Lloro.

En el rincón hasta que compruebo que es de noche, que ya no hay posibilidad de error, que no existe sol que se atreva a engañarme desapareciendo momentáneamente. Nada está vivo. Todo, en cambio, definitivamente oscuro y sordo. Tal vez tenga una nueva oportunidad para pensar en ella, recordar su rostro, inventar sus labios. Y a fuerza de mirarla, de repetir el deseo de tenerla entre mis brazos, acabaré —estoy seguro— por estar con ella, por obligarla a dejar el sitio en que ahora se encuentra y a venir aquí, hasta mi cuarto, hasta mi cama donde la espero inmóvil, como si yo también estuviera muerto.

Respiro profundamente hasta que me duelen los pulmones. Así, quiero borrar el olor de allá afuera y tratar de imaginar el perfume del cuerpo de Beatriz. Pero la estancia huele a polvo, a humedad, a cigarro. Retiro mi mano bruscamente: al tratar de levantarme he tocado las raíces de la enredadera que ha horadado la pared. Tropiezo con los li-

bros y las revistas que están dispersos en el suelo (desde hace varios días trato de poner orden, revisar papeles, romper muchas cartas en las que digo palabras que no tienen sentido. Lo he intentado simplemente por hacer algo. Antes, los libros estaban perfectamente colocados y catalogados. Vuelvo a comprobar que hace mucho tiempo que no leo nada, que no estudio. Me da miedo acercarme al cuaderno de notas que me envió el señor Villaranda y del que tenía que descifrar palabras escritas en idiomas extranjeros, signos y símbolos).

Ahora me estoy mirando en el espejo. Sonríe. Ése ya no soy yo, ni el otro que hubiera querido ser. Hace dos días que no me afeito. Hoy tampoco me he bañado. Me miro echar una larga columna de humo por la nariz y aplasto el cigarro en el suelo, sembrado de colillas. Tomo apresuradamente un vaso de ron y respiro más tranquilo. Me sirvo otro. Ya desapareció el golpetear dentro del pecho, no me tiemblan las manos. Un poco más. No queda nada en la botella. Creo que estoy borracho porque me he lanzado un guiño de complicidad y sonrío estúpidamente. Creo que estoy borracho porque, por un momento, me siento tranquilo. Ya no me importa verme en el espejo. Ahora, ya no está mi imagen.

Me deslizo entre las sábanas, froto mi cuerpo desnudo contra la tela blanca y suave. Me doy cuenta que aún estoy vivo y contengo la respiración. No quiero sentir, de nuevo, el olor de este cuarto, el olor sucio de mi cuerpo. Así, hacia adelante, hacia adentro. Respirar sin abrir la boca, apretándome las aletas de la nariz con unos dedos que ya no tiemblan. Pero empiezo a toser, a sentir una terrible urgencia de tomar otro vaso de ron (pero ya no queda nada en la botella. Pero puedo salir al bar que tiene que estar abierto porque aún debe ser hora permitida para servir licores. Pero no quiero moverme. Hacia adelante, hacia adentro. Así debe haberse muerto Beatriz. No puedo estar vivo). Este silencio me asusta. No hay nadie en el cuarto, cerca de mí. Me levanto, vuelvo a comprobar que la botella de

ron está vacía, busco entre las otras, acumuladas en la cocina: nada. Enciendo una colilla, coloco el reloj despertador entre la ropa que dejé sobre una silla: no soporto ese pequeño ruido, rítmico. Vuelvo a la cama y espero. No hay nada que pueda parecer agradable, digno de ser pensado en este momento para soñarlo. Estoy cansado —no: estoy borracho— pero eso, a veces, da un poco de satisfacción. No me atrevo a pronunciar el nombre de Beatriz en voz alta: sólo pienso en la quemadura, en el ardor en el dedo, en la llama del cerillo pegada a mi piel, en el ampolla que empieza a crecer. En la oscuridad adivino la fotografía en la que aparecen mis padres y mis hermanos. Sé que me están mirando con esas sus caras que tuvieron que ser sonrientes para tan único y grandioso momento. Adivino el radio descompuesto, los libros polvorientos y desordenados, el clóset, la puerta entreabierta. Y de pronto, me pongo otra vez a temblar y a repetirme que esto no puede seguir así, que tengo que hacer algo, que debo salvarme. Tienes que salvarte, que hacer algo. Eso dicen los que se dicen mis amigos.

¿Hacer qué? Mis padres y mis hermanos me observan, sonrientes, en la fotografía. Nunca debí dejarlos. Tengo miedo: Padre nuestro que estás en los cielos. Da lo mismo, a la mierda todo. Pero tengo miedo: Santificado sea tu nombre. Un día le dije a Enrique que no creía en Dios. No es cierto, no es cierto. Quiero estar en esa fotografía, sentado en una silla, al lado de otras sillas y de mis padres y mis hermanos. Quiero bañarme, afeitarme, lavarme los dientes, arreglar mis libros, leer, estudiar, volver a la escuela. Aquí estoy solo, temblando de miedo mientras afuera todo está en orden y en su sitio. Quiero levantarme, salir. Tomar otro ron. Caminar sin rumbo fijo y tomar otro otro ron hasta quedarme dormido. Un día compraré cortinas para que no me despierte el sol, en el amanecer. Odio el amanecer, me asusta. Pero también me da miedo la noche. Beatriz, Beatriz. Quiero ser honorable. Me río. Lo que quiero es otro ron. A la mierda con eso de la honorabilidad. Tengo miedo.

Suena la hora en un reloj lejano, pero no puedo contar el número de las campanadas. No puedo recordar mi sueño (¿o acaso he estado soñando?). Afuera, un ruido. Me sobresalto y escucho atentamente, temblando. Tal vez llueve. Acabo de decirme que esto ya ha sucedido antes y que no será la última vez que Beatriz muera.

No son las palabras lo que importa. Tampoco las acciones. Uno dice "buenos días", "cómo estás", "da lo mismo", "te quiero", "perdóname" y, después de todo, no significa nada. Uno hace tal o cual cosa y eso resulta, al fin y al cabo, como decir "no sé lo que hago". Por principio de cuentas, los otros interpretan palabras y acciones a su manera, como quieren o pueden entenderlas. Lo que importa, al fin y al cabo, son las consecuencias. Está la realidad y uno tiene obligación de calificar lo que ha dicho o lo que ha hecho. Obligación de aceptar, de asumir, de no engañarse. Lo que importa son las sorpresas que uno se lleva, después.

Cuando Enrique subió corriendo las escaleras y golpeó la puerta yo estaba atrás, listo para abrir, porque sabía que aquella tarde iba a llegar. Pude haberlo esperado en la calle, evitar que corriera, que me dijera eso. "Ya lo sé, cállate, es mejor que te calles. Estaba seguro que iba a matarse. Es todo. Lo mismo te sucedió cuando fue tu turno. Le pasó también a Marcos." Eso debí decirle aquella tarde, hace casi un año, cuando por primera vez pronunció el nombre de Beatriz (y era como si nadie lo hubiera dicho antes, como si se acabara de inventar, como si ese nombre no produjera vergüenza de ser tan común y corriente). Entonces adiviné que ese simple sonido traería como resultado la otra tarde, la que ella decidió morir porque, simplemente, no podía estar viva. Lo sabía, pero de todas maneras permanecí prolongando el momento, tratando de convencerme de que las cosas pueden ser diferentes, como uno las desea. Abrió y él estaba, todavía sofocado, en cierto modo satisfecho y tranquilo, sabiendo lo que hacía, tal vez ignorando que, como yo sabía todo, él era fuerte, valiente, limpio.

Lo escuché. Tomé un ron. Otro más. Enrique se recostó en el sillón y dijo, sencillamente, que Beatriz había muerto porque le era imposible estar viva. No lloró. Eso estuvo bien porque últimamente llora con facilidad, con la misma frecuencia con que sufre sus terribles dolores. Sólo añadió que sentía vergüenza y vagamente comprendí lo que quería decirme. Luego permaneció en silencio, tan callado como si estuviera dormido, tan dormido que no me atreví a sacudirlo por los hombros, a hablarle, a decirle tontamente "no es posible, no es justo, no es cierto", a exigirle explicaciones, a gritarle "¿y yo qué?, ¿y yo qué?, ¿qué va a pasar conmigo ahora?" Contó todo, otra vez. De nuevo nos quedamos callados, ya no sólo él sino que yo también, fumando hasta que me dolieron la garganta y los labios, bebiendo ron hasta que vi que el rostro de Enrique se desdoblaba, hasta que me descubrí diciéndome en voz baja que eso ya había sucedido antes o que estaba pasando mañana, que las cosas no eran así sino al revés: yo era el que estaba recostado en el sillón y Enrique el que se lamentaba que no era justo que Beatriz estuviera muerta y me decía: "¿Qué va a pasar conmigo ahora?" No sé si lo invento pero me atrevo a suponer que dijo "Para morir de esa manera hay que pagar un precio muy alto", y por tercera vez escuché cómo Beatriz se acostaba en un sofá y se quedaba muerta, mientras el frío entraba por la ventana. No, no pudo sentir frío porque era verano.

No me acuerdo de nada más. Sólo que, de pronto, no sé por qué, Enrique dijo: "Se acabó. El juego ha terminado" y abrió rápidamente la puerta. Recordé, angustiado, a Adriana, mi hermana menor. Enrique se fue por ese verdadero jardín bajo la lluvia que es esta calle larga y estrecha, no conseguí cerrar la puerta con doble llave porque me apoyé en la pared sabiendo que iba a caerme. Pude haberle dicho: "De todos modos, gracias", porque esa muerte era también para él un final, el término de una hermosa historia. Acaso Enrique sabía que de todas maneras daba lo mismo, y que estábamos él y yo y que eso valía la pena.

Todo eso y muchas cosas más que no acierto a explicarme. Pero lo dejé ir, corrí hacia la ventana y lo vi caminar, por la calle, bajo la lluvia, empequeñecido en su impermeable negro, un poco ridículo.

Se fue, tal vez cansado, resuelto a hacer su vida más sencilla. Se fue por esa calle mojada mientras yo miraba el reloj y me parecía imposible que yo viviera en las seis de la tarde. Me quedé asomado a la ventana, incapaz de tocar los muebles, las fotografías, los cuadros, porque ya no eran míos y pronto pertenecerán a otro. Creo que llamaron a la puerta. Pero pudo ser el ruido que viene continuamente del departamento en el que a cada instante utilizan el excusado. Pero esto no tiene importancia: Enrique se había ido caminando bajo la lluvia, con su impermeable negro. No le pedí explicaciones, no le exigí la verdad. Uno no puede morir así, de repente. Decir: No puedo vivir y desaparecer. Ahora pienso de otra manera: tarde o temprano igual para todos. Eso me va a suceder a mí también, igual o de otra forma. Esa tarde me estuve repitiendo que la tragedia consiste precisamente en eso: desaparecer. Hoy, esta tarde, me digo, trato de convencerme, que lo único importante es que los demás acaban por olvidarse de uno y que el resto no vale la pena.

No recuerdo mi sueño. Ni siquiera si he estado soñando. Estoy aquí, con la fotografía de Beatriz entre las manos, rozando mis labios, resistiendo el golpetear del corazón, hablando solo, temblando de miedo, convencido ya de que es inútil buscar más ron porque todas las botellas están vacías. No, no se acabó, este juego no ha terminado. Sonrío, ya más tranquilo. Este desaparecer de pronto y para siempre es sólo el principio de esta historia.

Kyrie, eleison. Christe, eleison. Kyrie, eleison.

Me asustan los principios porque uno no sabe dónde y

cuándo empieza algo que va a pasar, que exige un final. Me asustan desde el día que comprendí que es mejor no hablar porque el hacerlo trae consecuencias, las más de las veces desagradables. Creo que el verdadero comienzo de esta historia es la muerte de Beatriz, pero también el día en que tomé un autobús y me convertí en estudiante universitario, inscrito en una Facultad que pudo haber sido otra cualquiera, dejando atrás mi infancia, un tiempo, una ciudad, un rostro que ya nunca serán míos. Eso lo sé ahora, apenas. Aquel día todo consistió en subirme en un autobús y no darme cuenta que había roto con algo que no puede durar toda la vida. O tal vez, el principio es la muerte de mi madre, la llegada de aquel tío que sustituyó a mi padre que consiguió desaparecer sin dejar rastro.

Quiero ver mi infancia, la manera de caminar o reconocer la cara que entonces tenía. Tengo que concentrarme más. Aquí estoy: un autobús arranca y la ciudad se queda atrás. Ahora me repito que el principio es Adriana, mi hermana menor, la que se convirtió en mujer, la que se puso un vestido largo para ir a su primer baile, la que se cortó su sedoso cabello. Una Adriana que ya no era la compañera, el objeto de mis juegos. No puedo precisar el instante en que ella dejó de ser la que debió haber sido siempre y adquirió el rostro de un muerto, un disfraz con el que va a ser identificada. Debe haber dicho algo tan pequeño que ni siquiera mereció la atención de ella o de nosotros. Pero no sé por qué insisto en mentirme. Adriana puede ser el principio de esta historia y no lo es porque dijo —no quiero admitir que en ese momento ella me odiaba; no quiero aceptarlo, eso no, tengo que decirme que no— dijo simplemente: "Se acabó. El juego ha terminado."

Aquí está: entrando en el mar, saltando entre las olas, haciéndome señas para que la alcance a mayores profundidades. Aquí está: camina por el jardín, con pasos lentos, el vestido azul ligeramente levantado, sosteniendo la corona de flores que se tambalea un poco, llamándome para que la rescate de infames beduinos que la secuestraron, hacién-

dola víctima de un encantamiento que yo sólo podía romper con mi espada después de enfrentarme a animales salvajes, a gigantes cabalgando en dragones y provistos de armas recién inventadas cuyo poder resultaba incalculable. Ahora la sigo por el jardín poblado de murmullos, iluminado por una luna amarillenta. Mis pies rompen ramas muertas, aplastan la hierba que crece en desorden. Me abro paso entre plantas venenosas cuyas flores se ofrecen para devorarme. La princesa encantada, Adriana, mi hermana que fue objeto de mi amor, espera que llegue hasta el lugar en que descansa, sonriente, una mano colocada en el sitio en que su corazón desfallece emitiendo mínimas muestras de vida. La noche cae sobre el jardín. A lo lejos, nos llaman nuestros padres, gritan nuestros nombres mientras los otros hermanos se aplican por convertirse en futuras y muy honorables muestras de la decencia que rige nuestro ilustre apellido, aprendiendo las reglas del juego para ser representantes del orden y las buenas costumbres. (O posiblemente están dormidos: nunca sueñan, nunca juegan; ni siquiera se preocupan, se inquietan por lo que hagamos Adriana y yo en el jardín.) Me veo: soy el héroe, el príncipe que ha recorrido países extranjeros, lugares adversos llenos de plantas venenosas, mi espada desgarrando la cabeza de gigantes, reluciendo al chocar con la luz del sol, larga y brillante. Y al fin, llegó: es de noche y Adriana descansa al borde de un estanque, los ojos apenas entreabiertos, la respiración casi imperceptible, la mano derecha adornada de joyas, la mano que resbala —arriba, abajo— por el pecho. Me persiguen los guerreros sudorosos que han equivocado el camino. Nada me perturba: ni los murmullos nocturnos, ni los alaridos de los animales, ni las palabras extranjeras que gritan, a lo lejos, airados, los gigantes. Un caballo relincha; un dragón envenena las plantas carnívoras. El fuego que sale de su boca incendió unas ramas. Luego, sigue el silencio absoluto, perfecto. Adriana abre los ojos y los fija en mi espada. Ya a su lado, me da una de sus manos, acaricia mi espada, murmura Otra vez

me has salvado, y se levanta. Camina lentamente; la sigo. ¿Qué soñabas, Adriana? No responde enseguida. Vuelve a tomar mi mano y sonríe. "Soñaba conmigo y soñaba que estaba soñando. Eso me da miedo porque ya iba a amanecer, ya iba a despertar. Pero llegaste, me dijiste Aquí estoy, te he salvado otra vez y me alegré porque ya no soñaba que estaba soñando conmigo sino que iba a amanecer. Me asustan los amaneceres. Llegaste, vi tu espada y te dije como las otras noches todas: Gracias. Nos lavamos las manos en la fuente, nos miramos en las aguas que casi no se mueven, nos reconocimos. Adriana, Aurora, me dijiste. Me gusta que me llames Aurora, como la bella durmiente, porque cuando dices ese nombre ya no me asusta el amanecer. Además, ese nombre me gusta, así debieron haberme bautizado. Pero me llamo Adriana para toda la vida y eso ya no tiene remedio. ¿Sabes lo que me propusieron los beduinos al obligarme a beber el filtro, a comer la manzana? Que soñara que yo era Blanca Nieves. Pero no quise porque tendría que esperarte un tiempo más largo, mucho más largo. Les mentí diciéndoles Así será, como ustedes dispongan, son los amos. Y empecé a soñar conmigo."

Ya no veo nada. Todo es un hoy imperioso que oculta y deforma el pasado. Lo que Adriana soñaba al borde del estanque puede estar sucediendo en este momento o mañana. Pero ya, nunca, ayer.

Enciendo un cerillo y veo la llama, cómo pasa del azul al rojo. La acerco a mis dedos y ahí la retengo extrañamente luminosa. (El fuego de la boca del dragón, el fuego en que se consumió Beatriz.) Grito por la alegría que me produce ese dolor intolerable, por saber que, acaso, comparto la misma suerte de Beatriz y de las plantas venenosas.

Cuando se acaba la llama, dejo que el agua caiga por el dedo, por toda la mano. Permiso entonces que me invada el frío bajo la apariencia de la quemadura. Intimamente conozco el eterno recomenzar de todas las cosas. Encuentro palabras que antes ignoraba. Comprendo lo que quiere decir "Se acabó. El juego ha terminado". Sólo necesito hablar

con Enrique, mañana. Mirarlo a los ojos y exigirle que me explique sin necesidad de preguntarle nada.

Sin embargo, en este momento, en esta noche que no se acaba, lo único que me preocupa es que me arde el dedo. No tengo deseos de levantarme y encender la lámpara con la mano sana. No ha corrido el agua fría entre mis dedos. He pensado en el agua de la fuente, es todo. Simplemente, me da miedo haberme quemado un dedo porque eso puede ser peligroso. Trato de encontrar —más que nada para no temblar de miedo— una explicación a este acto sin sentido y me repito que lo hice porque así compartía la suerte de Beatriz, sintiendo el fuego convertido en llama como debió haberlo sentido ella, que lo hice para ser fiel a mí mismo. Pero eso no es cierto, no tiene importancia, porque se trata de una frase que ni siquiera comprendo cabalmente: "Para ser fiel a mí mismo." Lo hice porque sí. Y eso no vale la pena. No puede uno confiar en sí mismo cuando está solo. No sé lo que hago. Quiero dormir. Quiero soñar con Beatriz y con Adriana.

Con Adriana. ¿Sabes? Todo tiempo es presente. Te estoy viendo en el malecón, frente a los muelles, a mi lado, arrojando piedras al agua, mirando las blancas, enormes embarcaciones. ¿A qué país corresponde esa bandera? Y tú, Adriana, olvidabas que había conseguido deshacer el maleficio y murmurabas: Quiero irme de aquí, en uno de esos barcos. Quiero irme, irme. Y yo te preguntaba qué país elegirías y respondías: Uno que no exista. Te estoy viendo en el malecón, frente al mar y recuerdo el agua de la fuente en que soñabas, hechizada. Me decías: El agua está muerta, como yo; únicamente se refleja en mí como yo en ella. Ese es el único poder que me queda. Cuando me lavo la cara, el agua está caliente, huele mal. En cambio me gusta el mar porque el agua está fresca, viva. No sé cómo explicártelo pero puedo soñar también —si quiero, si lo deseo— que el agua muerta es el sueño que quiero soñar, únicamente ese quedarme vacía.

Adriana: te estoy viendo mirar el agua del puerto. Ríes

fascinada y permaneces viéndola como yo te miraba en aquel estanque que favorecía tu sueño hechizado. Y del malecón corríamos al jardín para inventar otros juegos más peligrosos, obligándote a representar distintos personajes. Caías, irremediamente, hermana, a mis pies, deseando entonces que te llamara por todos los nombres menos por el tuyo, el que en realidad te gustaba y correspondía. Esa selva que fue nuestro jardín se cambió por lugares más secretos en los que aprendimos a escribir los nombres que hubiéramos deseado tener, con los que debimos ser bautizados. (Hoy te llamas Azucena, Margarita, Rosa. No me gustan los nombres de flores. ¿Por qué escribiste hoy Rolando? ¿No te gusta?, Adriana. No, Adriana no: Aurora. Bueno, Aurora. No, Aurora no: Adriana, siempre Adriana. Y tú... —Y escribías el mío, lentamente, deletreándolo, repitiéndolo con los labios, observándolo después, comprobando que había quedado correctamente escrito.) Y, al día siguiente, de la selva regresábamos al mar, al agua y tú expirabas ahí, dormida en tu locura.

La casa. ¿Recuerdas, Adriana, la casa? Nuestras habitaciones no tenían secretos hasta que llegó el perro tigre. Como en la de nuestros hermanos (¿qué será de ellos, ahora?), todo estaba en orden y en su sitio. Aprendiste a mirar con cariño a las muñecas cómoda y convenientemente vestidas que ocupaban tu cama durante el día y que escondías por la noche, antes de bajar al jardín, en un clóset lleno de vestidos. La mía y la de nuestros hermanos siempre estuvieron limpias y eran frescas, agradables, las paredes decoradas con retratos de artistas, los armarios y los roperos cuidadosamente ordenados. Pero las de ellos no nos interesaron nunca. En cambio era un acontecimiento (¿recuerdas?) abrir la puerta del cuarto de mamá. Sentíamos un golpetear dentro del pecho maravillándonos con cada uno de los objetos. La cama con aquel tul suave que descendía por las noches y que, durante el día, amarraban con lazos dorados. Pasábamos las manos por el tocador de mármol, apenas si nos atrevíamos a rozar el cofrecillo de

las joyas, la hilera de frascos de perfumes, los botes de cremas. Abríamos los cajones del ropero, con el corazón sobresaltado, y tú extendías los encajes, descubrías un abanico. A mí me hubiera gustado entrar en la habitación de mi padre porque sabía que ahí guardaba escopetas y pistolas. Pero eso estaba rigurosamente prohibido. No sé por qué, cuando salías del cuarto de mamá, te arrodillabas frente al crucifijo y te persignabas. "Es como si estuviera en una iglesia", me explicabas. Pero nunca comprendí por qué hacías eso.

¿Te acuerdas del gran comedor, de esos armarios que contenían aquellos manteles de encaje, cubiertos de plata, copas de un cristal que al golpearlas levemente producían un ruidito, como música? ¿Y de la sala con el piano cubierto por aquel mantón? ¿De mi madre tocando el piano, de ti tocando el piano? ¿Te acuerdas de la terraza que daba al mar? ¿Te acuerdas de nosotros, durante el día, estudiando, esperando la noche, mientras mamá tocaba el piano o cosía? No me acuerdo de mis hermanos. No quiero acordarme de esa casa. No quiero acordarme del día que tomaron la foto y yo me escondí porque supe que papá tenía una amante. Niño, ven, te digo que vengas, tienes que ponerte aquí, al lado de tu padre. Y yo estaba escondido en mi cuarto, llorando. Adriana: todos ustedes me están mirando ahora desde esa fotografía. Se ven sonrientes, orgullosos. Yo no estoy ahí. No quise colocarme al lado de mi padre. Hubiera querido decirte la razón. Pero no lo hice. No quiero acordarme de nada de eso. No quiero volver a verme escondido en mi cuarto, llorando, negándome a que me retrataran. Quiero estar con ustedes. Quiero estar con ustedes. Nunca debí haberlos dejado. Basta de mentiras, basta de sentimentalismos. Esa casa se convirtió en un infierno, esa ciudad en una cárcel, nuestra selva en un lugar en el que podía entrar cualquiera. Retratarme hubiera sido una traición. (¿Qué estoy diciendo?)

Prefiero recordar las noches y el jardín hasta llegar a aquella noche en que encontré escrito, por ti, un nombre

que no podía ser el mío. Habías crecido. Cortaste tu largo, sedoso, perfumado cabello y lo bañaste con raros ungüentos. Sustituiste tu hermoso vestido azul por un traje estrecho que apenas te permitía caminar. "Tengo novio", dijiste y me explicaste que el jardín te había expulsado, que ya no eras digna de él. "Trata de ser comprensivo", añadiste, besándome en una mejilla. "Tengo derecho a hacerlo", creo que dijiste, mientras te miraba extrañado. Creo que eso dijiste. Creo que ése fue el gesto ridículo que acompañó tus frases.

Quiero pensar que así comienza esta historia. ¿Dónde estás ahora, Adriana, hermana? En una fotografía, sonriente, con una mueca imbécil. Llevo mucho tiempo esperándote, Adriana. Ya no te veo. La última vez que hablamos, tu voz era otra y distinto tu rostro. No tienes nada que ver conmigo. Estás borrada. Nada me pertenece de ti. Supe que te habías casado con un idiota viejo y rico, que durante el día preparas la comida y que por las noches te paseas por los corredores de tu casa cargando a un niño que da alaridos. Podría recordar otras cosas que pasaron entre nosotros. Invéntalo ahora. Decías que veías una nube que figuraba un elefante. Mentira. Decías que veías un barco, una improbable embarcación con una bandera extraña porque pertenecía a ese país inexistente al que querías irte. Mentira. Te fuiste a vivir a una casa horrible, al lado de un marido viejo y estúpido, a dedicarte a cocinar y a cargar niños llorones. Quisiera vernos juntos, en el malecón, en ese jardín que fue selva peligrosa habitada por fieras y gigantes furiosos. Todo tiempo es presente y pienso en el horror, en la locura de Adriana, mi hermana.

Ahora invento algo: oscurece y Adriana avanza por el jardín con su vestido largo, con su cabello arreglado de otra manera (ya no su trenza, esos mechones que volaban con el viento, con el aire marítimo). Invento que me mira de una manera extraña y que me dice: "Vámonos al mar." Está saltando sobre las olas, riendo, zambulléndose, el largo vestido pegado a su cuerpo, invitándome a profundidades

más peligrosas. Cuando estoy a su lado, me sostiene torpemente porque no alcanzo fondo. Entonces me besa en una mejilla, en la frente, en la boca, rie, me echa agua en la cara, vuelve a besarme. Grita: "Te quiero, no me olvides nunca." Luego nada hasta la orilla y se tira en la arena. "Tengo frío", repite, tiritando. La miro, acostado a su lado, rozando levemente su cuerpo. Tiene fijos los ojos en el cielo poblado de estrellas. "¿Te parezco bonita?", murmura. Y, de pronto, se incorpora, toma mi cara entre sus dos manos y dice con una voz que no le conocía: "Cuando muera, quiero que me hagan una mascarilla para que nadie me olvide, para que tú me recuerdes siempre." Me besa largamente en la boca, apretándome la cara. Luego, sale corriendo.

He inventado eso. La verdad es que un día descubrí que había escrito un nombre que nunca podría ser el mío. "No me conoces" dijo. "No sabes quién soy." En otro rincón estaba escrito un verso que luego supe que era de Dylan Thomas: "Ando solo entre una multitud de amores."

Años después, Enrique me dijo lo mismo.

*Recordare, Jesu pie, quod sum causa tuae
viae: No me perdas illa die*

Pero quiero poder soñarte, Adriana. El principio de esta historia es, en verdad —¿no lo crees así?— el perro. Todavía existe nuestro jardín y caminas con pasos lentos, canturreando una antigua canción. De pronto, te vuelves, me miras, sonríes. Un viento ligero remueve tu cabellera y te obliga a sostener la corona de flores. Levantas las manos y repites las palabras sagradas, las que presiden tu encantamiento, tu sueño: "Mi hermano el aire, mi hermana el agua." Y te escondes, fingiéndote casi muerta, consiguiendo que tu respiración se haga casi imperceptible para que te busque y provoque sangrientos combates y mi espada

brille con el sol de medianoche y te despierte con el nombre de Aurora a fin de que ya no sueñes contigo misma y no tengas miedo de amanecer. Me escondo hasta que llegas al estanque y ahí te duermes, jugueteando con el agua. Desde mi escondite escucho tu voz: "Sí, voy a soñar que soy Blanca Nieves", pero ya sé que es mentira y en vez de morder la manzana tomas el filtro. Todavía escucho tus últimas palabras engañando a los beduinos, a los magos que tratan que mueras dormida: "Hermana agua, sálvame hermana agua." Y sabía que solicitabas mi ayuda, que yo era el único capaz de romper el falso hechizo, el sueño que te inventaste y el que te obligué a que soñaras para que pudiera llamarte Aurora y ya no Adriana.

Pero una tarde apareció el perro. Saltó por la cerca que rodea el jardín. Tú y yo quisimos convertirlo en tigre. Se acercó lentamente hacia nosotros y lo miramos sorprendidos. Nos lamió las manos. Comprendí que iba a ser mi compañero, mi guía, mi seguidor, el único miembro de un ejército en perpetuo combate. Tú lo acariciaste y dijiste que era un perro tigre.

Lo escondimos en mi cuarto. Fue ése el único secreto que existió entre nosotros dentro de la casa (olvido nuestras visitas a la habitación de mamá). No comprendo cómo padres y hermanos y sirvientes nunca supieron de su existencia (¿o acaso inventamos la historia del perro tigre?). Escondido, durmiendo, durante el día en mi recámara. Sólo despertaba a la hora en que Adriana bajaba de puntillas las escaleras, se sentaba al piano tocando tan suavemente que nadie podía escucharla, vestida con su traje azul, imaginando cómo sería, esa noche, su corona de flores. Entonces, el perro tigre bajaba las escaleras conmigo guiado por mi espada. Se echaba al suelo y lamía suavemente los pies descalzos de Adriana que se esforzaban por no apoyar demasiado el pedal. Aprendió a adivinar la hora que marcaba el principio del juego en el jardín porque se mostraba intranquilo y esa inquietud sólo se manifestaba en una urgente mirada, en un incesante movimiento de la cola, en

el deseo de caminar ya hacia la puerta. Entonces, Adriana y yo apagábamos las luces y el perro esperaba todavía un momento en la puerta entreabierta hasta asegurarse de que todos dormían, que nadie sería capaz ya de seguirnos, de espionarnos, de impedir que realizáramos el encantamiento y el eterno combate, de sorprender a Adriana fabricando su corona de flores, de descubrir que yo llevaba escondida una espada.

No puedo recordar cuánto tiempo transcurrió desde el día que saltó la barda, las mañanas que dormía escondido en mi cuarto, las noches que nos acompañó en el jardín. Sólo lo oí ladrar una vez, cuando sucedió aquello. Antes, se había limitado a lanzar leves gemidos, una tos ronca pero silenciosa. Por eso creo ahora que también inventamos la existencia del perro tigre. Por ejemplo: ¿por qué los sirvientes nunca advirtieron los restos de la comida que le llevaba, al atardecer, a mi recámara? Un perro no puede ocultarse tan fácilmente en una casa; sobre todo un perro como el perro tigre. Pero él estuvo con nosotros. Si no hubiera sucedido aquello podría asegurar, sin temor a equivocarme, que lo soñamos.

Te veo, perro tigre. Ahora estás acostado, impidiendo que nadie profane el encantamiento de Adriana, que nadie se acerque a ella hasta que yo llegue, después de atravesar todos los países. Sólo mueves un poco la cola, pero ya sé que esperas confiado, que no estás impaciente. Mueves la cola de la misma manera que alguien hace un gesto, así, involuntariamente, sin darse cuenta. Sólo una vez te levantaste para tomar agua y después viste, extasiado, el reflejo de Adriana dormida con su corona de flores y su vestido azul. Te veo, perro tigre. Ahora me acompañas, guías mis pasos, olfateas las huellas. Te detienes bruscamente, alzas tu cabeza y miras algo, satisfecho, porque lograste encontrar el camino verdadero. Te veo ahora, perro tigre. Hemos llegado al estanque y te inclinas ante mi hermana hechizada mientras pronuncio las palabras mágicas. Te veo ahora, perro tigre. No sé por qué, de pronto, corres iluminado por

la luna espléndida. Te veo ahora, perro tigre. Adriana, tú y yo éramos iguales y por eso nos sabíamos tranquilos, éramos cómplices. Los tres sentíamos una vaga esperanza de felicidad, un ansia recogida.

Adriana hablaba mucho contigo, ¿recuerdas? Te preguntaba cosas: "¿De dónde vienes? ¿Te escapaste de alguna casa? ¿Te maltrataban, no te daban de comer? ¿Por qué a veces te pones tan triste? No me gustas así: quiero que corras, que te metas al mar conmigo. ¿Por qué escogiste el cuarto de mi hermano para esconderte? ¿Por qué no te has atrevido a entrar en el mío? No te lo he prohibido. ¿Por qué bostezas cuando toco el piano? ¿No te gusta esa canción: lá-lá-rá-lá-lá? ¿No crees que tus padres estarán preocupados porque has desaparecido? ¿O acaso te escapaste de uno de esos horribles lugares en los que encierran a los huérfanos y a los que andan por la calle porque no tienen dónde dormir? ¿Nunca habías jugado con nadie? ¿Te estarán buscando tus padres o esos señores que se pasan la vida persiguiendo a los perros callejeros? ¿Te quería alguien antes? ¿Tienes hermanos? Ya sé que eres un perro tigre, pero debes tener un nombre. ¿Cómo te llamas?" Ésas y otras muchas cosas te preguntaba Adriana, perro tigre. Te veo ahora: le respondes lamiéndole las manos, los pies descalzos, moviendo tu cola, satisfecho porque has encontrado el camino verdadero y me has ayudado a librarla del encantamiento.

Te veo, perro tigre. Adriana entreabría la puerta de mi cuarto y te decía adiós. Yo te acariciaba y tenía que dejarte escondido, como si fueras un ser indescable, un bandido, alguien que no puede mostrarse. Teníamos que ir a la escuela y, mientras escuchábamos a los maestros, pensábamos en ti hasta que decidimos no preguntarnos más de dónde habías salido, por qué llegaste precisamente a nuestro jardín, por qué nos elegiste, por qué nunca te oíamos ladrar (hasta que sucedió aquello). Cuando regresábamos, seguías en mi cuarto, olfateando nuestros pasos, nuestro rápido subir las escaleras después de haber saludado a mamá

que tocaba el piano y a papá que leía el periódico. Te llevábamos carne para que comieras. ¿Cuánto tiempo pasó, perro tigre? ¿Cuántos días y cuántas noches viviste con nosotros?

Te veo, perro tigre. Sabes que es la hora. Abrimos la puerta silenciosamente y esperas todavía un momento allí, olfateando, asegurándote que nadie nos ha descubierto. Unas noches prefieres acompañarla y otras decides ser mi guía, el único soldado que forma mi ejército. Adriana murmuraba esa canción triste que tanto le gustaba —ya la he olvidado—, habla de su hermano el aire y de su hermana el agua. Adriana corta flores y fabrica una hermosa corona. Desaparecemos en la selva.

Llegó esa noche, perro tigre. De pronto, te detuviste y el jardín se volvió irreconocible para todos. Llovía ligeramente, recuerdo. Empecé a sentir miedo, a darme cuenta de que estábamos en otro lugar. Pensé en Adriana e imaginé que quería escapar conmigo, que los dos deseábamos el aire y el agua pero no esa llovizna, ese viento que no lograba mover las hojas. El jardín dejaba de ser grande, inmenso, imposible de conocer en toda su extensión. Habíamos entrado en un pequeño sitio nunca antes explorado. Habías equivocado el camino. Y eso no podía perdonarse. Fue la primera y única vez que te oí ladrar. Un solo ladrido, feroz, terrible. Nunca antes había sentido miedo. Ni siquiera pude preguntarte: "¿Qué te pasa, perro tigre?", porque ya habías saltado, ya me habías mordido. Veo cómo corremos por ese lugar en el que empecé a amanecer a hora desacostumbrada. Me persigues, me alcanzas, vuelves a mordirme. Grito y tú no te atreves a ladrar otra vez. Estabas llorando, perro tigre, estabas llorando mientras me mordías y yo gritaba y pedía auxilio a los gigantes, a los dragones, a mis enemigos. Veo cómo me persigues hasta el estanque. Cuidado, Adriana, grito, Adriana cuidado, sálvate, no puedo hacer nada por ti. ¿Te acuerdas, perro tigre? Pero Adriana tampoco podía hacer nada porque yo no había pronunciado las palabras mágicas y le decía Adriana en vez de llamarla Aurora. Entonces te avalanzaste sobre ella, desgarraste su

hermoso vestido azul. Despertó, gritando, aullando, viendo cómo tus dientes se clavaban en sus brazos, en sus piernas.

La espada, la espada. Una y otra vez, en todo tu cuerpo. La espada rasgando tus ojos, golpeándote la cabeza. Sentir la cabeza del perro tigre rompiéndose perro de mierda y el dolor de mi brazo con la sangre corriendo y no ver ya nada porque el cielo está negro aunque empiece a amanecer y escuchar sólo los gritos de Adriana con su hermoso vestido azul desgarrado perro de mierda perro sarnoso no tienes madre y oler mi sangre y oler tu sangre y oler el agua putrefacta y te rompo la cabeza con la espada y luego la clavo en tu vientre y vuelvo con ella a la cabeza y la clavo otra vez en tu vientre fuerte cada vez más fuerte una dos cien mil veces y ya no veo nada porque estoy llorando y no lo mates grita Adriana y voy a hacerlo pedazos grito yo y de la calle de toda la ciudad nos llega un ladrido otro otro más un inmenso insoportable ladrido que se repite y el perro tigre que no se defiende no salta ya no muerde ya empieza a quedarse quieto hasta que cae en la tierra. Dejé de hacer eso cuando Adriana me tomó del brazo y me arrancó la espada. Nos miramos, asustados, respirando entrecortadamente, sangre y sudor confundidos en brazos y piernas.

La conduje de nuevo hacia el estanque para limpiarnos la cara, para reconocernos en el agua. Pero ella me detuvo.

El golpetear dentro del pecho, la respiración agitada, los sollozos de Adriana. El jardín, el jardín. No puedo ver el jardín. No hay aire.

—Vamos a enterrarlo —dijo Adriana, después de un momento que pareció eterno.

—No, que se vaya por donde vino.

Tomé al perro tigre (sentí asco del olor de su sangre, del ruido que producían sus huesos rotos) y lo arrojé a la calle. Seguramente la jauría que lo esperaba empezó a comérselo. Ya está de nuevo el silencio.

Adriana recogió hojas y flores. Con un pie removió la tierra para ocultar la sangre.

La abracé, la besé, pero ella me miró horrorizada, creo que con odio (no, eso no, ¿verdad que no, Adriana?).

—¿Estás bien? —le pregunté dulcemente—. ¿No te hizo mucho daño? ¿Te duele?

Traté de limpiar, con un pañuelo, la sangre que le corría por los brazos, por las piernas. Pero no se dejó. Levantó una mano y siguió desgarrando el vestido, completando lo que había hecho el perro tigre. Se quedó desnuda. Con un movimiento rápido arrojó mi espada a la calle.

La miré. Veo ahora cómo te miré, Adriana.

—¿Estaría enfermo? —me atreví a preguntarle, turbado, viendo tu cuerpo desnudo en el jardín—. ¿Crees que podrá contagiarnos?

Adriana sonrió. Te veo sonriendo, Adriana, y todavía no comprendo qué quisiste decirme con ese mínimo movimiento de tus labios. Empezaste a caminar, de regreso a casa. Al entrar, te cubriste el vientre con las dos manos.

Te volviste, todavía sonriendo:

—Se acabó. El juego ha terminado.

Desapareciste en la oscuridad. Hasta ese momento me di cuenta —te estoy viendo entrar desnuda en la casa— que llevabas, intacta, la corona de flores.

Pero no, ése no puede ser el principio de esta historia. Lo sé porque cuando camino por la calle y veo un perro, me escondo, corro, atravieso la acera, cambio de ruta, me voy por otro lado. Estoy seguro de que un día el perro tigre va a aparecer, de pronto, y me devorará.

El sol cae de lleno sobre mi cara. Me escondo entre las sábanas, bajo las almohadas. No sé qué hora es. Tarde, con toda seguridad, porque el reloj despertador sonó hace mucho tiempo. Sin embargo, estoy dormido. Estoy todavía soñando y ahora es el sol, la intolerable luz borrando el jardín. Me duele la cabeza, tengo sed. Imagino que me levanto, que me afeito, que me lavo los dientes, que me baño. Tengo sed: si al menos se me hubiera ocurrido comprar cervezas... Paso la lengua repetidamente por el ámpula que dejó la quemadura del cerillo. Al fin, encuentro un

afiliter: ya está. Unas cuantas gotas de un líquido claro, pegajoso. Empiezo a toser y el esfuerzo me produce náuseas. Estoy soñando que la luz me lastima los ojos, pero veo la fotografía de Adriana, sonriendo con una mueca imbécil. Está sentada al lado de mis padres, de mis hermanos. Busco un lápiz y dibujo un árbol en el cuerpo de Adriana. Sus manos son, ahora, ramas pobladas de hojas y flores. Quiero que el mar inunde sus pies que descansan en una suave alfombra. Al fondo, un tigre sanguinario tiene que observarla. Oscurezco los rostros de mis padres, de mis otros hermanos. Luego, hablo con la voz que no debió haber perdido, con la voz que tuvo que haber sido la de Beatriz. Me hablo en nombre de ellas: ¿Me has esperado mucho tiempo? Pero entonces siento un sobresalto y empiezo de nuevo la tos y la náusea y abro el grifo del agua y bebo hasta casi aplacar la sed que produce el vivir en este desierto. La fotografía está por todos lados y el tigre sanguinario que acechaba a Adriana —la piel reluciente, la mirada ávida, listo para el salto— ha vuelto a ser el dócil perro que un día nos mordió y consiguió expulsarnos del jardín.

No sé qué hora es. El reloj se ha detenido y el cielo está engañosamente oscuro. ¿Es ésta la misma noche o ha pasado ya un día, otro, otro día y otras noches? Sólo sé que decidí salir a buscar a Enrique, a exigirle explicaciones. Pero me detuve en la tienda de la esquina y compré una botella de ron. Por lo menos estaré tranquilo y podré soñar con Beatriz. Caminé un poco, con la botella abrazada contra mi pecho, apretándola un poco. Pero regresé enseguida a la casa. Recuerdo esta ciudad cuando la imaginaba allá, en la otra, la que está abierta al mar. Vivir en ella, me decía, debe ser maravilloso; están los cines, el teatro, los conciertos, las librerías, las calles grandes, los automóviles, las casas con jardines. Para ir de norte a sur se necesitan más horas que las que se hacen para viajar a otra ciudad. Hoy, la veo sucia, escandalosamente gritona, polvorienta, miserable en su falso lujo. Las casas me parecen inhabitables

y el peligro acecha en cada esquina. Perdona las molestias que le ocasiona esta obra que se construye en beneficio de usted y de los suyos. Ayer estaba aquí un árbol: hoy, los cimientos de un nuevo edificio. La hermosa, misteriosa casa de esa esquina ha sido derrumbada: se levantará un alto edificio con vidrios opacos. En cierto modo, el departamento en que vivo es un lugar aparte, distinto. Empiezo a comprender por qué la enredadera ha horadado la pared. Ya estoy aquí, a salvo. Abro rápidamente la botella y no espero a servirme un trago en un vaso. Veo la fotografía en la que mis padres, mis hermanos y Adriana están cómodamente sentados en una silla. Quisiera estar también sentado en una de esas sillas. Una silla es un objeto sólido, en el que se puede descansar, al que se puede uno asir. Desaparecieron el árbol, el mar, el tigre. No vale la pena. Rompo, lentamente la fotografía. Enciendo un cerillo y contemplo, tranquilo, su completa desaparición. Escucho atentamente el ruido que produce su consumirse y cuando todo ha terminado, abro la ventana para que se escape ese olor viejo, nauseabundo. Ahora prefiero servirme el ron en un vaso para tomarlo más despacio. Empiezan a aparecer Enrique, Graciela, Marcos, Esteban, la Facultad, Su Alteza Ilustrísima, Rosalinda... ¿Y Beatriz, y Beatriz?

Lux aeterna luceat eis, Domine: Cum Sanctis tuis in aeternum: quia pius es

Te lo suplico: un último esfuerzo. Sí, ya sé que duele, que acaso para ti ya no tiene importancia: te has casado, tienes un hijo, eres feliz; podrás decirme que mi madre ha muerto, que mis hermanos (nuestros hermanos) se encargan de los negocios, que me procuran el dinero para seguir mis estudios, que cuidan de la salud de nuestro tío, que nuestro padre desapareció, se fue, se largó; que y qué. Pero, yo, Adriana, ¿qué va a pasar conmigo ahora? Se murió Bea-

triz, ¿te das cuenta? Se murió "porque no podía estar viva". La incineración. No queda nada de ella. Dicen que existe un cofre que encierra sus cenizas. "Muerta por la Gracia de Dios", dicen que alguien puso como inscripción en ese cofre. No se acaba esta noche. Hace ya no sé cuánto tiempo que no se acaba esta noche. Sí, de acuerdo: yo tengo la culpa, eso dicen ustedes, yo tengo la culpa. Pero deseo estar con ustedes en la fotografía (sí, ya sé que la he quemado, como me he quemado los dedos). Pero, ¿qué va a pasar conmigo ahora? ¿Acaso no puedes verme? Me levanto, camino, me sirvo un ron, escucho atentamente porque creo que hay alguien detrás de mí, a mi lado, siguiéndome, espíandome, observándome. "Nunca estarás solo", me dijo una vez mamá poco antes de morir. Y tú también me dijiste lo mismo una noche, en el jardín. Y no estoy solo, eso es lo terrible. ¿Será el perro tigre? ¿Será el espíritu de mamá? ¿Será que nuestro padre se ha instalado en esta casa y no puedo verlo? ¿Serán todos los muertos que nos han precedido? ¿Será Dios?

Da lo mismo, eso dije entonces. Pero uno dice, a veces, esa clase de cosas, así, simplemente, porque se está cansado, o aburrido, o contaminado de una cierta vergüenza. No, no da lo mismo. ¿Por qué no puedo ser como los otros?

Te lo suplico, Adriana: un último, terrible esfuerzo. El principio. Necesito saber, encontrar el principio de esta historia. Luego te contaré lo que ha pasado.

Por ejemplo: ayúdame a recordar aquel día. Regresamos de la escuela y había pasado mucho tiempo que habíamos dejado de ser tú y yo, los que jugábamos en el jardín. Casi ya no hablábamos, ¿recuerdas? Pero no, no se trata de nosotros. Ese día: la puerta del cuarto de mamá estaba abierta y ella estaba balanceándose, con los ojos cerrados, como dormida, cerca de la ventana, en aquel sillón que le gustaba tanto porque —decía— "me lo regalaron el día de mi boda". Tenía un rosario entre las manos y pasaba las cuentas rápidamente después de darles pequeñas y rápidas vueltas. Seguía el movimiento con los labios. Nuestros hermanos es-

taban con ella. Ese recinto que era para ti como una iglesia había sido ya profanado. No recuerdo la disposición de los muebles. Sólo el aire pesado, el calor, las flores marchitas en un vaso. Sin abrir los ojos, nos hizo una señal. Entramos. Con voz apagada dijo:

—Se fue. Perdónenlo como yo lo hago ahora.

Uno de nuestros hermanos (¿por qué no puedo recordar sus nombres, sus caras, como si nunca hubieran existido?) nos tendió un papel. Leí en voz alta:

"Me voy. No puedo seguir viviendo aquí. Lo lamento pero mi felicidad está en otro lado. Siempre he odiado esta casa. Siempre te he odiado. Queda depositado en el banco, a nombre de mi hermano Esteban, una cantidad considerable que asegura tu subsistencia y la educación de los niños hasta que sean mayores de edad. No soy viejo todavía y tengo derecho a ser feliz. No puedo, siquiera, darte las gracias. No te debo un solo momento en que no haya sentido odio. Puedes decirles a los niños lo que desees. Puedes decirles esto que te escribo. O que he muerto. Lo que mejor te convenga o lo que decidas que sea más conveniente para ellos. No me importa que tú y ellos me guarden rencor y hasta que me odien. Estoy harto." Y firmaba.

¿Ya ves? Repito palabra por palabra lo que escribí nuestro padre en ese papel. Se fue, se fue con su amante, con la puta. Eso dije, llorando. Mamá abrió los ojos y me miró fijamente.

—No digas eso. Se fue, eso es todo. Se murió. Dios tenga piedad de su alma. No le guardes rencor. Perdónalo.

¿Perdonarlo? ¿A quién? No lo conocía, casi no hablé con él, nunca supe exactamente a qué se dedicaba, en qué consistían sus negocios. Un cuarto cerrado cuya entrada ha sido prohibida. Todo lo que sabía de él: un cuarto que esconde pistolas y escopetas. Fue siempre un extraño, un desconocido. ¿Perdonar, entonces, a quién? Sentí —todavía lo siento ahora— rencor y odio por esa carta, por el daño que le había hecho a mamá, por haber sido culpable de su muerte.

Y luego, Adriana, se pasó el tiempo. Un largo, insoponible verano. Nadie podía dormir a causa de ese calor infernal. Pero todos permanecíamos encerrados, casi sin hablarnos (de la escuela a nuestros cuartos), sin atrevernos a ver el mar.

Un día apareció el tío Esteban. ¿Recuerdas su aspecto? Aquí está: un viejo gordo, sudoroso, elegantemente vestido —como si fuera a una boda o a un entierro—, con una verruga en la frente. Llegó seguido de innumerables baúles que seis sirvientes se encargaron de vaciar en el cuarto de nuestro padre. Asistimos al espectáculo: el cuarto prohibido estaba vacío y poco a poco fue llenándose de ropa, libros, pequeñas cajas, figuras. Ordenó —después de echar un vistazo por toda la casa— que le llevaran algunos muebles que había elegido. Se sentó en un sillón, tomó un barómetro de bolsillo (la temperatura sigue subiendo. Mañana habrá todavía más calor), hizo una seña para que tú y yo, Adriana, nos retiráramos y ordenó cerrar la puerta porque deseaba hablar con mamá y nuestros hermanos.

De pronto, un día advertí que la casa era otra. Los muebles habían sido dispuestos de manera distinta a la que estaba acostumbrado a ver desde que nació. Las cortinas fueron sustituidas por unas persianas que producían un ruido terrible cuando él las abría y las cerraba por las noches. Aparecieron nuevas lámparas, más muebles. Aparecieron unos hombres que pintaron fachada y habitaciones con colores vivos. Un reloj de péndulo, un tocadiscos. . .

Correr, huir, desaparecer. Como nuestro padre. Eso pensé entonces. Detenme, Adriana. Estoy recordando todo precipitadamente. El tiempo me gana. No consigo ver nada. Espera, ayúdame a calmarme.

Mi madre recorre toda la casa, pasando un lienzo sobre los muebles para quitar el polvo. Mañana, tarde, noche, camina limpiando objetos, retratos. La veo subir con la mano derecha limpiando el barandal de la escalera. La veo frotando cubiertos, recogiendo un pedazo de papel con una escoba. No habla, sólo camina como sonámbula por toda la

casa. En alguna ocasión la descubrí arrodillada, en su recámara, rezando, el rosario corriendo entre sus manos.

El tío Esteban está sentado en un gran sillón y una de las criadas le lava los pies con agua caliente. "Nada más refrescante que un baño de pies con agua caliente. A mi edad, resulta perfecto para disminuir la hinchazón", y ríe. A las diez de la mañana, a las tres de la tarde, a las ocho nueve diez once doce de la noche: "Niña, quiero un baño de pies con agua caliente." Y Soledad, la criada, todos todos todos los días arrodillada frotando esos pies asquerosos, enormes, gordos, amaratados. El tío Esteban sonríe, suda. La verruga en la frente. Todos todos los días.

Mamá limpia la escalera, limpia los sillones, limpia la cocina, limpia el baño. Otra otra vez. Y luego se esconde y reza.

El baño de pies con agua caliente. Consulta el barómetro: "Dos grados más a la sombra. Mañana subirá la temperatura." Todas las tardes llega un médico: le toma el pulso, le toma la presión, aprieta con un dedo sus pies y el tío Esteban se queda observando la pequeña marca.

¿Así que quieres ser abogado? Bien, bien, vamos a acordarnos de todos los que fueron mis compañeros. Lo fundamental son los maestros y nadie mejor que uno de esos que se quedaron en México y que, no faltaba más, te ayudará, te otorgará preferencia porque eres mi sobrino. Ah, México, cuando estuve en México la última vez en 1926 (silencio). No, en 1927 (tos), Niña, ¿qué pasa contigo?, ¿No te das cuenta que el agua está fría?, la última vez que estuve en México, ah, qué ciudad. . . No sé por qué no me quedé allá. Maravillosa. . . ¡Qué espectáculos, qué vida nocturna (risa, tos), No me aprietes tanto los pies, niña, que me duelen, ten consideración de mí, ¿no ves que estoy enfermo?, Maravilloso todo. . . el Paseo de la Reforma y la cantina aquella aquella aquella ¿cómo se llamaba? (risa) íbamos todos los días, treinta y seis grados a la sombra, mañana subirá la temperatura (mamá limpia la escalera, el piano para siempre cerrado, limpia la mesa, los

cubiertos), nada como los profesores que fueron compañeros de uno, irás a una pensión de estudiantes, la misma en la que yo estuve cuando...

Todos los días todos los días todos los días

El tío Esteban con el doctor: ¿140-90? tengo que cuidarme más, repita la toma de presión doctor, por favor, temo equivocarme. ¿Ya ve? No fumo, no bebo. Sólo una copita de coñac después de la comida. El pulso, por favor, ¿cuánto dice? Sí, una vida completamente sedentaria. Estos muchachos (señala a mis hermanos mayores) llevan muy bien los papeles. Decidieron ayudarme y aquí los tiene, muy serios, muy honrados, han renovado la oficina de su padre y los negocios prosperan.

El tío Esteban conmigo: Tus hermanos decidieron quedarse aquí a mi lado. Tú irás a México, ah, México, qué ciudad maravillosa. Cuando estuve la última vez...

Treinta y siete grados a la sombra.

El tío Esteban conmigo: Pude quedarme en México. Sería un abogado famoso como muchos de mis compañeros que serán tus maestros. Mira, te he hecho una lista. (Nombres, nombres, nombres.) Éste, por ejemplo, me debe favores. Éste, maldito sinvergüenza... supo hacer dinero. Éste éste éste. Pero no puedo quejarme aunque esta ciudad sea un infierno. Aquí se vive más tranquilamente a pesar de los chismes, de los enredos que arman las gentes, de este calor (treinta y nueve grados a la sombra, treinta y ocho, treinta y nueve, treintaynueveeee), además, ¿tú sabes? mi salud... el pulso, la presión arterial... Ah, México, dan ganas de irse en este mismo momento (risa), regresar a la cantina aquella, ¿cómo se llamaba?, visitar a (nombres nombres nombres), pero... ya ves... uno se pone viejo... Recuerdo que la última vez que estuve en México vi una compañía de teatro. Francesa. Ah, formidable, espléndida. ¿Sabes francés? Todas las tardes, a partir de hoy, voy a leerte en francés. Así, los dos saldremos ganando: tú aprenderás, yo recordaré...

Treinta y ocho grados. Niña, lávame los pies. Mamá

limpia la escalera, pasa un lienzo sobre las teclas amarillentas del piano. Mis hermanos escriben, dictan, reciben órdenes y tío Esteban guarda silencio y sólo se digna aprobar con un leve movimiento de cabeza. Firma.

El tío Esteban conmigo: No te faltará nada. Ni a ti, ni a tus hermanos, ni a tu madre. Todo está en orden. Llevamos los papeles al día. Se te enviará una determinada cantidad mensualmente. Cuenta conmigo.

El tío Esteban con el sacerdote: Así es, Reverendo Padre. Este muchacho se niega a ir a misa. En cambio, los otros son muy religiosos y cumplen con sus obligaciones sin necesidad de decirles nada.

El tío Esteban conmigo: A ver, nuestra página de francés de hoy: "Il fô donc determiner avec soan la ocupacion preferé, lanteret dominant, le but prncipal. Pur certens persons favorisés, çe ne pá difícil: ells ine vocacion, an gû espontané, comm ine voa antierier qui ler comand de sadonner prncipalman a tel u tel oquipacion. Cett vocacion et la pusé puisant qui fé les grands homms: dans lé cá le plis marqués, ell se manifest de lanfans; le hasar pé la fer decuvrir pandan ladolesans." ¿Comprendiste? La vocación. A ver, traduce: "Es preciso..."

Treinta y nueve grados a la sombra. 150-90 (No está mal, para mi edad.) Sí, un poco acelerado el pulso. Yé, ti a, il a, nus avon, vus avé, ilson. Entonces vi representar una comedia magnífica. mos a la cantina aquella... ña francesa ¿cómo se llamaba la obra? rendo Padre, no quiere ir a misa... stá sucio este plato... o me atienden bien, a mí, yo, que me desvivo por uste... Tus hermanos atienden el negoc...

Esos pies hinchados, el sudor, la verruga.

Ellos decidieron llevar el negocio.

Mamá murió un día. Apareció muerta, en su cuarto, con el crucifijo y el rosario entre las manos.

Mañana me voy a México.

Treinta y siete grados, y ocho y nueve...

Adriana se casará con ese muchacho. Muy serio, muy honorable. Un buen partido.

(Última noche en la casa) Adriana —te pregunto—, ¿es cierto que te vas a casar?

—Sí, porque estoy embarazada.

Mi tío me abrazó, movió una y otra vez la cabeza —como si afirmara su confianza en mí— y abrió la boca. Por fortuna, no añadió otras recomendaciones, más consejos. A su lado, tú, Adriana, ocupabas, en ese momento, el lugar de mi madre. Esforzándote por parecer alegre, sonreías levemente. Ya en el autobús empecé a sentirme más tranquilo. Desde la ventanilla, vi las señales de adiós, tu cara, Adriana, a mi tío que me miraba con orgullo. Pienso que le hubiera gustado repetirme: "No temas, todo está bien. Siempre contarás conmigo. Estoy aquí y eso es lo único que debe importarte. Escribe." Cuando arrancó el autobús, cerré los ojos. No quise ver las calles que empezaban a alumbrarse con una luz azulosa, débil. Pasamos cerca del mar. Regresaré en vacaciones (eso había dicho. Pero nunca lo hice). Sentí la oleada de aire caliente. Sin embargo extendí una manta sobre las piernas.

No, Adriana, ya no quiero, no me obligues. Todo eso está muerto, definitivamente terminado. Me equivoqué otra vez. Este tampoco es el principio. Aquí está el retrato de Beatriz. Tengo que concentrarme y empezar de nuevo. ¿Quién es ése? me pregunto mirándome en el espejo. Nada, nadie. Tomo un sorbo de ron, enciendo un cigarro, lo apago. Beatriz, ven.

No puedo retener un grito de terror.

—Soy yo, joven —dice Tula, la vieja encargada de la limpieza del departamento—. Soy yo. Perdóneme si lo asusté al prender la luz pero la persona que estaba hablando con usted me ordenó que le dijera que tenía que irse, que lo esperaba mañana, que usted se había dormido y que no encontró un lápiz para dejarle ese recado.

La veo fijamente. ¿Está en verdad, en carne y hueso, ahí; en medio de la habitación?

Qui tollis peccata mundi

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Yo pecador, me confieso a ti, a quien no conozco: quiero decirte que ahora comienza en realidad esta historia. Todo lo que sucedió antes está ya, definitivamente, muerto, perdido. Es inútil que trate de recuperar ese tiempo. A fin de cuentas, tengo que aceptar, una vez más, que nada tiene que ver con Beatriz.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Aquí estoy, yo, pecador, en esta otra ciudad. La caída se inicia el primer día.

(Quisiera levantarme y en lugar de confesarme a ti escribir otra de esas cartas dirigidas a personas desconocidas, cuyos nombres han sido elegidos, al azar, en el directorio telefónico. Recuerdo: todas estas últimas tardes de todos estos últimos meses: abro el directorio telefónico, busco un nombre, una dirección y escribo: "¿Sabe usted? estoy liquidado. No puedo más. Ayúdeme, ayúdeme. Tengo que encontrar a Beatriz." Atravesar la calle: es todo. Esperar un momento frente a la sucursal de la oficina de correos. Ver cómo la carta se pierde en la hendidura)

el primer día.

Enrique: Esta historia puede comenzar contigo. Con ese Enrique que ya es otro, distinto al que conocí, que nada tiene que ver con el estudiante aplicado, siempre dispuesto a contestar las preguntas que se hacen en clase, las que tiene que responder y las que contesta cuando se dirigen a los otros —a nosotros— y que no lo hacemos porque nada tienen que decir, porque ignoran todas las respuestas, porque no estudiaron la lección, porque nunca aprenderán a pesar de haber estudiado; ese Enrique dispuesto a aclarar los problemas que uno se plantea o los que jamás se atreve a preguntarse, incluso dispuesto a encontrar soluciones antes de que (yo, tú) se decida a enfrentarse con esa situación intolerable que representa el saber qué palabras dice uno, qué cosas hace uno; ese Enrique que me miraba y

me producía miedo, no mucho, pero sí miedo porque, en cierto modo, al verme exigía —ya desde el principio, desde el primer día en esta ciudad, otra— una especie de perdón y yo, entonces, no podía perdonarle una falta que no había cometido (pero sí, ya desde ese primer día empezó el descenso). Ese Enrique que es capaz de decirme: "Está bien, se acabó", en el preciso momento en que esa frase no debió haber sido dicha. No sé por qué, pero no debió haber sido dicha, acaso por venir, precisamente, de él y porque me hacía olvidar otras preocupaciones.

La historia podía inclarse con aquel Enrique, siempre impecablemente vestido —menos el día que murió Beatriz—, siempre amable, el mejor alumno de la Facultad, rodeado de amigos y aduladores; aquel Enrique: organizando fiestas en su casa, saludando artistas en las exposiciones y conciertos, montando a caballo los domingos en la mañana; aquel Enrique que decide un día que soy su único amigo y que todas las tardes camina conmigo por la ciudad porque sabe que me gusta caminar y que me gusta (me gustaba) la ciudad. Aquel Enrique y no el que me cuenta "Se murió Beatriz" y me mira, asustado, y se queda sin hablar durante una hora, con un cigarro temblando en sus dedos mientras yo bebo un ron y otro y otro más y luego él desaparece caminando bajo la lluvia.

primer día.

El descenso, hacia abajo, cada vez más profundo. No hay fondo. La caída es lenta. Todo ese recorrido, todo este viaje ha sido cuidadosamente preparado. Voy a ser el elegido.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Aquí estoy.

Enrique dijo, bajando la voz: "No sé lo que hago."

Me extrañó que saliera corriendo y me alcanzara, sofocado y sudoroso, con ese paquete saltando entre las manos que me había mostrado sin que yo lograra comprender lo que quería decirme. Cuando terminó la clase, me hizo una

seña, pero el grupo que siempre lo rodea (él es como un rey y los otros sus fieles vasallos, dispuestos a competir en los estudios o en las conquistas de las muchachas para lograr su distinción) lo detuvo proponiéndole sitios adonde ir. Logré escaparme y caminé rumbo a mi casa. Vivía cerca de la Facultad.

—Quiero ser tu amigo, quiero acompañarte, quiero caminar contigo, te traigo un regalo —me dijo, balbuceando. Me extendió el paquete, cuidadosa y elegantemente envuelto en papel de china, con un moñito verde en una esquina sujeto por etiquetas de una tienda elegante.

—¿Por qué? —le dije, sorprendido, y enseguida me arrepentí de preguntar algo tan tonto.

—No sé por qué. Simplemente tenía deseos de regalarte algo, porque quiero ser tu amigo. Nada más.

Me miró como lo hacía en clase, no con curiosidad sino como un perro paciente que espera que le obsequien una caricia. Eso siempre me sorprendió porque Enrique miraba a los demás con cierto desprecio, sabiéndose el amo y señor, el que ordena, al que hay que obedecer. Yo, en cambio, lo miraba precisamente como un perro paciente que espera que le regalen una caricia, trataba de imitarlo, de superarlo en los estudios, de obtener más altas calificaciones, de que algún día me llamara para pertenecer a su grupo. Pero ese día sostuve la mirada hasta que lo obligué a bajar los ojos y sonrojarse.

—Espero que te guste —murmuró, casi para sí mismo. Pude ver cómo le temblaban las manos.

Ya había leído esa novela. Se lo dije, no sé por qué, acaso porque me molestaba la idea de corresponder en alguna forma, porque el dinero que me enviaban mis hermanos lo gastaba en el cine, el teatro, en las librerías. Repetí que era una novela mala porque no me había divertido, porque no la entendía. Caminamos un poco por la calle sofocante, evitando a los vendedores de lotería, a los que anunciaban las últimas noticias. Me causaba un gran placer intimidarlo, a él, tan seguro en sus gestos y sus pala-

bras, jefe de un grupo de tipos que lo imitan en el vestir y el hablar. Desde pequeño, esa clase de gente me causa un profundo desprecio, pero los envidio. Ahora, él despedía a los otros y me buscaba. "Quiero ser tu amigo. Nada más."

Pero todo esto es mentira. Nuestra amistad no comenzó de esa manera. Lo que sucede es que siempre me ha gustado que hubiera sido así. Pero las cosas importantes pasan en los momentos imprevistos y con Enrique no había posibilidad de esperar ese momento. Nunca estaba solo y yo comprendía que jamás tendría la oportunidad de hablar con él, de decirle: "Me gustaría ser tu amigo, te envidio, quiero ser como tú." Me miraba durante las clases y luego hablaba con alguno de esos tipos que lo imitan. Estoy seguro de que se burlaba de mí, de la torpeza con que trataba de esconder mi ignorancia sobre determinado tema, de lo sucio que estaba el cuello de mi camisa. Una vez, se atrevió a señalarme, respondiendo así a un comentario de uno de esos tipos. En otra ocasión, se rió cuando contesté una tontería. Me molestó su mirada, que consiguiera turbarme, que me hiciera tartamudear y decir una cosa por otra. Entonces compré el libro porque había escuchado, de lejos, comentar esa novela y decir que era "divertidísima, buenisima, estupendísima". Lo alcancé cuando iba a abrir la puerta de su automóvil y le dije: "Quiero ser tu amigo, quiero hablarte, te traigo un regalo, ¿quieres caminar conmigo?"

Claro que, para mí, sería mejor contar otra cosa, contarle todo al revés, diciendo las cosas que yo dije y vistiéndolo con mis pantalones anchos y viejos, pasados de moda. Me gustaría decir que era yo el que ordenaba y él quien obedecía, decidido a ingresar en un círculo cuyo único jefe fuera yo. Pero tengo que aceptar que el perrito soy yo, un faldero amable y callado al que se le puede hacer una caricia cuando la solicita y al que se da una patada porque el amo está, simplemente, de mal humor y tuvimos la mala ocurrencia de acercarnos en ese momento. La verdad es que lo miraba, fijamente, en las clases, envidiando sus corbatas y el corte de sus trajes, su automóvil. Por las noches,

imaginaba su casa, su cuarto tapizado con carteles, cuadros y fotografías, los discos que escucharía, las visitas que recibían sus padres, las fiestas cuyos ecos conseguía oír. Cuando salía de la Facultad, caminaba hasta el estacionamiento; una vez lo vi besar a Margarita, la muchacha más tonta —pero más hermosa— de la clase. Yo nunca había besado a nadie.

—Ya la leí, me dijo un poco burlonamente, pero de todas maneras muchas gracias. Es un detalle simpático.

—No sé lo que hago —contesté, pero él no me había preguntado nada. Caminó unos pasos más.

—Esta calle es insoportable.

—Vivo cerca de aquí —le dije, como si así se justificara esa fealdad.

Luego, hubo ese silencio pesado que no sabía cómo romper. El libro iba de una mano a otra y pensé que lo tiraría, que se le caería. Lo invité a tomar un café, pero respondió que tenía que irse.

—Además no me gustan esos lugares. Huelen mal.

Yo estaba inmóvil y él no podía permanecer quieto con el libro. Se rió. Eso resultó muy forzado pero creo que no se le ocurrió hacer otra cosa. Me miró como se mira, efectivamente, a un perro. Repitió que tenía que irse y me invitó a una fiesta al día siguiente. Confieso que me sentí orgulloso.

Como si adivinara mi pregunta, dijo:

—Iré solo.

Cuando me estrechó la mano me preguntó si había ido alguna vez a una fiesta de artistas. Tuve que confesarle que no, como si se tratara de un pecado.

—Te divertirás —dijo.

Me dio vergüenza confiarle mi dirección. Vivía en una casa de estudiantes, cerca de la Facultad. Un edificio oscuro y sucio, en un cuarto en que dormían tres. Me citó en Sanborn's. Aquella noche no pude dormir.

Llegó con retraso. Yo, quince minutos antes de la hora señalada. Me repetí mil veces que me iba a dejar plantado. Cuando entró, el corazón me latía tan fuerte que podía

escucharlo. Llegó acompañado de una muchacha y de un tipo que se parecía extraordinariamente a él, a tal grado que pensé que era su hermano. Observó mi camisa y mi traje. Estoy seguro.

—Es éste —dijo, señalándome, a manera de presentación.

El otro me extendió la mano, pero la muchacha se sentó y suspiró, como si estuviera cansada, echando la cabeza hacia atrás. Como me había prometido que iría solo, no supe qué decir. Además, Enrique habló todo el tiempo acerca de personas que yo no conocía. La muchacha era bonita, se llamaba Graciela y se dedicó a mirarme de reojo. Estoy seguro de que se burlaba de mí.

De pronto, ella me preguntó (pero, de tal manera, que parecía dirigirse a otro, a un ser invisible):

—¿No le da miedo ir a esa fiesta?

Sentí cómo enrojecía y con esfuerzos traté que me explicara por qué y de qué iba a tener miedo.

—Porque es una fiesta de artistas.

—Es un decir —añadió Marcos (así se llamaba, se llama, el que creí que era hermano de Enrique. Siempre está presente su voz grave, reposada, agradable, que inspira confianza).

—Más bien —dijo Enrique, sonriendo— debes decirle a este pobre muchacho que es una fiesta de lesbianas. Leonor ofrece esa fiesta porque asegura que su amiga Teresa es pintora. Lo cierto es que trata de presentarla a los críticos y a la "sociedad". Quieren anunciar su compromiso. ¿Las has visto juntas, Marcos? Parecen una verdadera pareja.

Me temblaban las manos y las oculté debajo del mantel. Tuve miedo de derramar el café y dejé que se enfriara.

Una fiesta de lesbianas. ¿Dónde estás Adriana, hermana? Me están tendiendo una trampa. Ahora eres tú la que debes salvarme de esta tentación, la que debes romper el encantamiento.

—Leonor está loca —dijo Marcos.

—Está cansada —aclaró Graciela—. Eso es todo. Está harta. Todo lo que toca lo ensucia. Parece una niña. Y está cansada de ser una niña. Me cuenta que se baña hasta tres veces al día, como si así pudiera quitarse esa suciedad. Lo que no sabe es que el agua está también sucia. Vive como un animalito; inconsciente. No se da cuenta de nada. Ahora anda con Teresa porque está harta de los hombres.

Enrique sonreía con los ojos. Vi sus labios cerrados, tranquilos, como si todo aquel discurso confuso de Graciela fuera algo claro y como si no tratara de juzgar, de condenar a alguien que, después de todo, yo no conocía.

Adriana, hermana, madre: tengo miedo. Desearía regresar allá a mi casa. Estar en ésa o en ésta o en las dos casas y estudiar derecho romano para probarle a Enrique que soy —o puedo ser— mejor estudiante que él. No quiero, no debo ir a esa fiesta. Soy tu hermano, Adriana, no me dejes. Volvamos al jardín. Olvidemos la muerte del perro tigre. Graciela tiene el cabello pintado de rojo y se burla de mí. Enrique quiere ponerme a prueba. Yo he decidido ser su amigo y tengo que atenerme a las consecuencias. Marcos: ¿por qué te pareces a Enrique? ¿Por qué no te llamas Enrique? Marcos: ¿crees que debo ir a esa fiesta?

Marcos tampoco habló. Se quedó mirando su taza de café y, de pronto, me vio como preguntándome si estaba escandalizado. Graciela siguió hablando de Teresa y Leonor hasta que Enrique dijo que era tarde.

Al salir, pude verla: alta, muy hermosa con la falda corta y el suéter negro. Arrastraba la gabardina como si fuera una continuación de ella misma, de su cuerpo, de sus manos. Enrique me tocó un hombro y me dio un paquete elegantemente envuelto en papel de china, con un moñito verde sujetando la etiqueta de una tienda. "Es para ti." Creo que enrojecí porque escondí aquello apresuradamente. "Hay que corresponder a los regalos", dijo, haciendo una especie de reverencia.

En el coche, Graciela se puso a cantar. Enrique manejaba aprisa, como si la fiesta pudiera terminarse antes de

nuestra llegada. "Tengo miedo", dijo de pronto ella, que iba sentada a su lado, y Enrique disminuyó la velocidad. Yo me sentía intranquilo en aquel automóvil que corría por la gran avenida, Enrique repitió la canción de Graciela. Quise recordar el título pero no pude; creo que nunca la había escuchado.

—Vámonos mejor a Cuernavaca —dijo Enrique—, la noche está espléndida.

—Vámonos al carajo —contestó Graciela, como si le hubieran preguntado algo.

—Vámonos a cualquier lado. La fiesta estará horrible —gritó Marcos.

—Llévenme a un burdel —dijo Graciela, alegre—. Nunca he estado en un burdel.

Enrique y Marcos se rieron y yo tuve que reírme también. Veía a Graciela, desnuda, en una cama.

—¿Por qué? —me atreví a preguntarle.

—Idiota. Porque me gustaría que me pagaran. Debe ser hermoso que le paguen a una por hacer un oficio tan prestigioso como cualquier otro. Un burdel —gritó palmoreando—, quiero que me lleven a un burdel —su voz era desagradable, chillona y creo que estaba a punto de llorar.

—¿Por qué no abres el regalo? —me preguntó entonces Marcos—. ¿No sientes curiosidad por saber lo que hay ahí adentro?

No esperaba esa pregunta. Sentí que el paquete aumentaba de tamaño y que pesaba más. Desgarré el papel de china.

—Es una corbata —dijo Enrique.

—¿Me dejas verla? —Graciela alargó una mano y le extendí aquella cosa roja que temblaba. Marcos me observaba.

—Un perro —gritó de pronto Enrique desviando bruscamente el coche.

—Lo hubieras matado —dijo Marcos—. Sería un regalo perfecto para Leonor.

Enrique le preguntó a Graciela si le gustaba la corbata.

—Es horrible —comentó y la arrojó a la calle.

—Por eso la compré, mi amor, precisamente por eso. Para que este pobre muchacho no se la ponga nunca. No va con su color, no va con sus trajes. Toda la tarde busqué algo especial. "¿Qué desea?", me preguntaba la vendedora. "Algo especial." Hasta que, al fin, encontré esa corbata. Perfecto, me dije, eso es lo que quería. Es fea, barata y pasada de moda. Me gusta regalar cosas que no sirven para nada. Me gusta saber lo que hace la gente con cosas que no sirven para nada. Mamá le regaló a una criada un vestido rojo y la pobre no supo qué hacer con él. Por lo menos jamás se lo puso. "No me queda, señora", le dijo disculpándose. Y no sabía que mamá se lo había regalado precisamente porque no le quedaba. De todas maneras era bonito el vestido: elegante. Pudo haberlo arreglado. La criada se lo probó y para justificarse se exhibió delante de toda la familia. "Largo, muy largo", dijo, mientras nosotros nos reíamos y mamá insistía en que se veía di-vi-na. Una vez, un tipo me regaló un libro; al día siguiente se lo di a otro tipo. Unos meses después alguien me regaló el mismo ejemplar. Lo supe porque había puesto una señal en el forro.

—¿Y qué hiciste con él? —preguntó Graciela.

—Yo no lo había leído —respondió Marcos—. Enrique me contó la historia y le pedí que me lo prestara. No era bueno, pero divertido.

En ese momento cayó algo metálico.

—Otra vez el cenicero.

Graciela lo recogió y trató de ponerlo en su sitio.

—Tíralo por la ventanilla.

Ella se volvió, sonriendo, y me preguntó —como desafiándome— si debía hacerlo. Yo pensaba en la corbata, en que no pude verla, en que no tengo muchas corbatas, en que ésa podría haberme gustado aunque a ellos les pareciera horrible. Creo que dije: "Como quieras", en el preciso momento en que el cenicero se estrellaba contra un árbol. Enrique detuvo el coche y, al bajar, le pedí que me perdonara pero que no me sentía bien. Dijo: "De acuerdo, pollito, ya lo

sabía", y tomó a Graciela del brazo. Los dos atravesaron la calle corriendo. Marcos tampoco me preguntó por qué había resuelto eso, precisamente frente a la casa de Leonor. Lo único que comentó es que tampoco tenía ganas de entrar. Pero, luego, corrió a alcanzarlos. Esperé un momento, seguro de que Enrique regresaría, pero no lo hizo. Pude escuchar risas, la música estridente de un disco. Me dije que era mejor así —¿verdad, Adriana?— que me había salvado, que todavía era limpio y puro y caminé. La avenida Revolución es una de las calles más feas de la ciudad. Nunca me había dado cuenta. Después, pude comprobar que todas las calles de México son iguales. Pensé en Adriana, otra vez, en mi madre. Entré en un cine.

Me siento mal cuando recuerdo esa noche.

(¿Quién es ése?, me pregunto mirándome al espejo. He dormido casi todo el día y tengo los ojos hinchados. Busco algo de comer pero lo único que tengo es un poco de sal. Tengo sed. Voy a dormir otra vez.)

—¿Qué tal estuvo? —le pregunté, después de haberme repetido que no le preguntaría nada si él no deseaba saber por qué no quise entrar.

Me saludó y, luego, hizo una seña indicándome que lo esperara. Hablaba con Esteban, un compañero de clase. A su lado, Enrique se veía más alto de lo que en realidad era. Se acercó, al fin, y me tendió la mano. Empezaba a llover, lentamente.

—Después te cuento. Ahora vamos a Sanborn's. Nos esperan Graciela y Marcos. Les dije que irías. Les caíste bien aunque están seguros de que eres un adorable niño provinciano, un pollito al que hay que pervertir.

Tampoco me preguntó por qué no había ido a clase. Me asomé a la ventanilla y vi el edificio de la Facultad repentinamente ennegrecido. El viento sacudía las mantas en las que nos invitaban a votar por la planilla verde, la azul, la amarilla. Como mi casa, ese edificio no tenía nada que ver conmigo. Miré a Enrique.

—Bueno, ¿y qué? —dijo—. No entraste porque no qui-

siste. Fue una tontería, pero al fin y al cabo todo lo que hacemos son tonterías. Yo hice muchas, anoche.

El corazón me latía apresuradamente. Enrique conducía con lentitud como si se tratara de un automóvil nuevo, desconocido. Recliné la cabeza contra el respaldo y pensé que nunca iba a tener un coche. De pronto, llegamos.

Ahí estaban: Graciela con su suéter negro, el cuello largo y la voz chillona, desagradable. Marcos parecía un retrato nuevo de Enrique. Quiero decir: un retrato que le tomarán a Enrique dentro de algunos años. Nos saludaron. El lugar estaba lleno de americanos y se sentía calor. Por el techo descendía un rayo de luz azul. Me sentí mejor porque Sanborn's me gusta a esa hora, las meseras son amables y sirven rápido, hay gentes que se saludan, se oye el ruido de las cucharas moviendo el azúcar en la taza de café, se habla en voz alta, hay movimiento, porque todo eso me hace sentir confianza en mí mismo y en los demás. Pero esa tarde hubiera querido que Enrique me llevara a otro lado, a dar un paseo en coche por el Pedregal, que me invitara a su casa, que me escuchara. No fui a clase, le hubiera dicho. Es la primera vez que falto y eso me hace sentirme mal, culpable. Pero creo que no regresaré nunca. Hoy, cuando recuerdo esas cosas, se me ocurre pensar que, efectivamente, todo lo que hacemos son tonterías. Decirle eso hubiera sido una tontería.

Marcos me tendió la mano y la retuvo un tiempo entre las suyas. "No te perdiste de nada", me dijo, casi en secreto. Pero yo sabía que sí me había perdido de algo.

—Lo mismo de siempre —dijo Enrique, dirigiéndose a Graciela pero yo sabía que me estaba hablando a mí, sólo a mí—. Los mismos de siempre. Una tipa organiza una fiesta en honor de su amiga. Andan juntas (hizo un ademán) y por esa simple razón cree que uno tiene el deber de aburrirse. Nos emborrachamos. Jugamos a la botella. Ya sabes: gira la botella y te preguntan algo: ¿Eres homosexual?, y el otro responde que no, pero a la media hora confiesa que le gustaría acostarse con Fulano de tal y así

y así. Las mujeres están locas (Enrique me miraba y yo sentía, en una mejilla, la sonrisa burlona de Graciela, los ojos tranquilos de Marcos), pero Leonor es estupenda. Anda siempre con una cara como si estuviera sorprendida de algo. En cierta forma, es una lástima que el nené no haya ido...

—El pobre, triste, tonto, nené. El buen niño que es nené —interrumpió Graciela entornando los ojos. El rayo de luz le daba en la cara y se le veían cicatrices, pequeños agujeros.

—Cuenta la verdad —interrumpió Marcos. No recuerdo si ya había advertido que su voz era cálida, que inspiraba confianza. Tu hermano Enrique, o lo que sea, se está burlando de mí, Marcos, ayúdame, se está burlando de mí y yo no le he hecho nada a él ni a nadie, yo jugaba con Adriana mi hermana, nos bañábamos en el mar; quiero ser buen estudiante para que alguien se sienta orgulloso de mí, quiero ser útil, nunca he hecho nada malo, *tuve* que matar al perro tigre; no fui porque me dan miedo esas cosas, nunca he ido a esa clase de fiestas, y Graciela es insoportable, me odia, no sé por qué pero me odia, y Enrique me desprecia y tú, Marcos, ¿por qué me miras siempre de soslayo como si fuese un tipo sospechoso?, Marcos ¿Enrique es tu hermano?, ¿por qué te pareces tanto a él? Volví la cara y recorrí el salón. Todos se miraban con expresión de disgusto. Marcos, ¿por qué hablas tan poco? ¿estás triste?, dame un poco de tiempo, ayúdame, quiero ser tu amigo, te necesito, yo no quería venir, no quería saber nada de la fiesta, me fui a un cine y hoy no asistí a clases, creo que no volveré nunca, no sé qué me pasa, empiezo a sentirme sucio, a no ser el mismo de antes, esas cosas no se las puedo decir a Enrique aunque quisiera: está demasiado ocupado en sí mismo y creo que se burla de mí. En cambio, tú...

Enrique me estaba contando que:

—Leonor está libre por el momento. Sólo por *este* momento. Su último amigo se largó. “¿Dónde está?”, le pregunté. Y ella me dijo: “Se salió del mapa.” Marcos, ¿crees que el nené le gustaría a Leonor?

Graciela me observó. Fruncía la nariz, me recorría con los ojos, suspiraba, movía la cabeza, entre afirmando y negando. Luego aplastó su mano contra la mía, que temblaba. No hice nada para quitarla y ella empezó a acariciarla. Sostuve su mirada y, para que no me derrotara, empecé a contar las cicatrices de los granos. Ella también había tenido acné, también se había exprimido los puntitos negros, las enormes bolas rojas, calientes, vergonzantes. Estaba la afrenta en la cara, indeleble a pesar del polvo y el colorete, ahí en la cara la señal multiplicada, cierta, imposible de remedio. Conté hasta veinte.

—El pobre nené... —y suspiró.

No conozco a Leonor pero, por el tono de Graciela, me atrevo a suponer que me hubiera acariciado una mano —como a un perrito faldero— y hubiera dicho “El pobre nené”.

—Tu homenaje fue estupendo —dijo Marcos.

—Forr-midable —Graciela aplaudió.

—Fíjate bien, nené: caminé a cuatro patas sobre la mesa sin romper un solo vaso, un solo plato, una sola botella. Todos me animaban: “Ánimo, Enrique, valor, sigue, ya casi llegas, hasta la meta final, vamos, Enrique, bravo, ánimo.” Hasta que llegué, intacto.

Graciela me apretó la mano:

—Es lo que se dice un chico que cumple lo que se propone. Un puro.

Un puro. Mi madre siempre me había dicho que lo importante en la vida era aspirar a la pureza. Pero nunca me explicó en qué consistía eso. Se lo pregunté a Enrique, pero sentí que enrojecía, que también eso era una estupidez.

—El pobre, pobre tonto nené —y se rio.

Marcos me tocó el hombro:

—No le hagas caso. Ser puro consiste en ofrecerlo todo. Graciela retiró la mano y miró a Marcos:

—¿De verdad? Entonces, mi pobre nené, brindemos por la integridad y la pureza. Yo le ofrezco, nenecito, este brin-

dis con café deseando que crea lo que este imbécil acaba de decir. Y que lo practique.

Se levantó. Pero nadie hizo nada por detenerla. La miré salir y hasta entonces me di cuenta que llevaba puesto un abrigo a pesar del calor.

Enrique seguía hablando. Su voz llegaba a mí rápida, tal vez demasiado fuerte —creo, pero no estoy seguro, que algunas personas nos miraban, escuchaban lo que decíamos. Le pregunté por qué se había ido Graciela y que no entendía su reacción. No había visto nada malo en lo que Marcos dijo sobre la pureza. Por el contrario, pienso que estaba en lo cierto, que eso es lo que mi madre quería que yo entendiera cuando me decía que "en-la-vida-no-hay-que-a-ver-gon-zar-se-nun-ca-de-uno-mismo".

—Es una imbécil —dijo Enrique casi gritando.

Recuerdo que de una de las comisuras de los labios escurrió una gota de saliva. Recuerdo el día en que maté al perro tigre. Hubiera querido pedirle perdón. Eso debe haber pasado entre Graciela y Enrique, por diferentes —o, acaso las mismas— razones. Pero ya desde entonces, como yo, no podía ser perdonado por ese asesinato.

No recuerdo lo que comentó Marcos.

Pero también esto es mentira. Las cosas no sucedieron de esta manera. Todo fue al revés. Después de las clases, salía con Enrique a pasear en su coche y eso era como un descanso. El oasis exige el desierto y, en mi caso, el desierto era la Facultad. Las tardes calurosas. Fui yo el que lo invitó a fiestas y él quien aceptó. Fui yo el que lo sacaba de los bares, borracho, mascullando perdones, llorando, diciendo: "Mi familia no me comprende, todo esto es horrible, sólo hacemos cosas malas" (no tonterías, "sólo hacemos cosas malas"). Yo el que le pegaba como a un perro tigre después de haberme protegido poniéndole un bozal. Él soñaba con los dedos quemados y yo me reía, observándolo, durante las clases, sonrojándolo. Fue él quien decidió no volver y yo el que jamás preguntó el por qué de esa decisión. Marcos se parecía a mí (Enrique creyó que éramos

hermanos) y yo lo hice, lo obligué a que fuera novio de Graciela. Cuando Leonor se suicidó, Enrique estuvo en el hospital de emergencia y le dije, después del entierro, que eso ya lo había leído en una novela mientras él lloriqueaba y Marcos repetía, como si supiera lo que iba a suceder a Beatriz, que para morir de esa manera había que pagar un precio muy alto (Graciela estaba vestida de negro, "para disimular, porque, en el fondo, Leonor era una imbécil"). Enrique es un abnegado profesional, un cursi: llora de cinco a seis y, desde las tres de la tarde, todos los días, le duele la cabeza. No quiso ir a la fiesta porque tenía miedo. Hubiera sido divertido verlo jugar a la botella, las cosas que hubiera preguntado, las que contestaría. Creo que la corbata se la robó a Marcos: a él le gustaban las cosas nuevas y por eso me busca, por eso me mira, por eso trata de horrorizarme. Cuando Leonor me contaba de Emilio, recordé que ese día era el aniversario de la muerte de mi madre. El reloj estaba detenido pero podía ser la misma exacta hora de su muerte, hace dos años. En Veracruz deben haber ido al cementerio, con grandes y olorosos ramos de flores, todos vestidos de negro y con lagrimitas en los ojos, a ese horrible cementerio, todos fastidiados por el calor, sudorosos, hasta la tumba sucia (porque nadie se ocupa de ella más que en los aniversarios o el día de muertos), sola, con el angelito y la cruz y el nombre terrible sobre el mármol blanco, como si fuera tumba de virgen o de niño. Después deben haber rezado el rosario y, sin saber qué hacer, decidieron ir al cine y a cenar en el café de la Parroquia.

Nunca le perdonaré a Graciela que se aprovechara de mí, de mi primera borrachera, que me tomara del cuello y me ayudara a vomitar; que, luego, me obligara a verme en el agua que llenaba la tina. Estás feo, eres feo, nené, tres cuatro cinco veces Estás feo nené, y borracho como un Dios, mientras me zambullía en el agua perfumada de Leonor. Cuando salí del baño, Leonor estaba acostada en un sofá y parecía muerta. Así estaba mi madre, descansada, en un ataúd negro, lujoso. La amiga de Leonor bailaba con

un tipo afeminado y Marcos dormía, parecido a mí, como si fuera mi retrato. Me di cuenta de que roncaba. Sus ronquidos parecían el ruido de un postigo que ha quedado mal cerrado y que se golpea con el viento. Debí haber salido a buscar a Enrique, a decirle que todo era una broma, que en realidad tenía otra corbata para él, bonita, cara, italiana. Graciela veía los cuadros, muy seria, como si de verdad le interesaran.

—¿Qué te parecen? —le pregunté en la cocina, donde Graciela me llevó sin que me diera cuenta.

—Horribles, como ellas, como todo, como tú.

Entonces me desabotonó la camisa y metió sus dedos buscando las tetillas. Sonreía, sin decir nada, aventurando las manos, primero una y luego las dos, hasta tocarme, hasta descender por el vientre y bajarme el cierre del pantalón, hasta que yo acercaba mi boca a la suya y ella recorría mi piel produciéndome cosquillas, hasta que me dijo: "Estoy contigo porque eres un ratón y porque esto podría ser un burdel", mientras me besaba en los ojos y en las orejas y en la boca y sus manos me despertaban, mientras se oían los ronquidos de Marcos como postigos azotándose porque no tuvieron cuidado de dejarlos cerrados. Graciela me mordió los labios cuando le confesé que nunca había estado con ninguna mujer.

Al día siguiente, cuando Enrique me preguntó cómo estuvo la fiesta, decidí llamar a Esteban y contarle tonterías. Esteban dice que me admira y me pregunta: "¿Cómo haces para estudiar?" Estudio, simplemente. Tengo tiempo, siempre hay tiempo. Estaba agradecido porque lo dejaba hablar, porque le permitía preguntarme cosas. Esteban se parece a mí, podría ser mi hermano.

Me preguntó eso y decidí callar, no dar importancia al hecho de que no fuera a clases. Después de todo, no me importa que vaya o no. Lo saludé y lo hice esperar. Luego, cuando Esteban se fue, caminé con Enrique por esas horribles calles que le gustaban. Le regalé un encendedor sa-

biendo que no fuma. Y, de pronto, se le ocurrió comprar uvas.

No lo esperaba. A uno no se le puede ocurrir comprar uvas. Dijo: "Es todo lo que puedo ofrecerte."

Así podría comenzar esta historia. Pero lo que acabo de contar es mentira.

La película era mala; no me divirtió. Las butacas, incómodas; el olor, intolerable. Afuera hacía frío. Me fui caminando por la avenida Revolución hasta mi casa. Tuve miedo; esta ciudad produce miedo. Me dormí enseguida, cansado, molesto por la piedra que tenía en el zapato, pensando que se habían reído de mí, que debí haber ido a la fiesta, que me hubiera gustado estar con Graciela porque nunca me he acostado con ninguna mujer, ver los cuadros, oír los ronquidos de Marcos. Me dormí, molesto conmigo mismo y con ellos. Al día siguiente, juré no preguntarle a Enrique cómo había estado la fiesta.

Como me desperté tarde, no pude llegar a las clases.

¿Quién es ése?, me pregunto mirándome en el espejo. Nada, nadie. Una basura. Hay que hacer algo, tengo que hacer algo. Ya es tarde para ir a clase. Además, he faltado mucho, el tiempo suficiente para que me hayan borrado de varias listas. Abro el libro de derecho romano pero las líneas brincan, saltan, vuelan. Repito párrafos completos en voz alta y cierro el libro de golpe porque no comprendo nada. Me asomo a la ventana. Si viniera alguien, si tocaran a la puerta, si de improviso se presentara Enrique y me dijera que todo había sido una broma y que Beatriz me esperaba en un café, si llegara Marcos y me invitara al cine... Apoyo la cara contra el vidrio de la ventana y veo a las señoras que hablan, los niños jugando en ese simulacro de jardín, los árboles floreciendo. Es verano, no tengo por qué tener frío. Que venga alguien, que me ayude a abrir la puerta, a salir de aquí.

¿Hoy será también el aniversario de la muerte de mi madre? Todos los días son aniversarios. Me siento mal por-

que nunca he visitado su tumba pero no he podido hacerlo. Me asusta la certeza de que está ahí, descomponiéndose, y prefiero recordarla presidiendo la mesa, tocando el piano, corrigiendo mis tareas de la escuela, aplaudiendo las funciones de títeres que organizaba ante el asombro de Adriana y el aburrimiento de mis otros hermanos. Vete a jugar, me decía. Pero yo esperaba el anochecer para caminar con Adriana por el jardín. Estoy seguro de que no observaba y que le hubiera gustado participar de alguna manera en esos juegos. A veces estaba triste y en varias ocasiones la descubrí llorando, enjugándose rápidamente las lágrimas para que yo no me diera cuenta. ¿Qué tienes? No, nada. Una tarde oí que hablaba con una amiga confiándole que mi padre tenía una amante. Una amante. Quise entrar en la habitación, abrazarla, llorar con ella. Ya no lo quiero, ya no lo quiero, le hubiera dicho. Pero no pude. Desde entonces dejó de sonreír, cerró el piano y se dedicó a adelgazar. Una noche, murió.

Que venga alguien, que toquen a la puerta, que me saquen de aquí. Quiero ir a Veracruz a visitar su tumba, a llevarle flores, a pedirle perdón, a rogarle que me ayude, que me salve.

¿Quién es ése?, me pregunto mirándome en el espejo. Nada. Nadie. Tomo un sorbo de ron, enciendo un cigarro, lo apago. Beatriz, ven.

Un día me inscribí en la Facultad de Derecho. Conseguí llegar a la ventanilla después de esperar tres horas, en la calle, entre empujones, gritos, sobresaltos, temores, amenazas. Enrique estaba dos o tres lugares delante de mí. Llevaba puesta una gabardina y, seguramente, no sentía ese frío que me obligaba a dar pequeños saltos, a moverme constantemente, a patear el suelo. Varias veces aparté la vista de él para contemplar el edificio y sentir, de nuevo, aquel vago temor, adivinar que algo malo iba a suceder si entraba pero que, de todos modos, ya estaba ahí y nada podía remediarse. De pronto, se abrió la gran puerta principal y todos entraron corriendo, gritando, tratando de ga-

nar el primer lugar en las diferentes ventanillas, sin respetar el orden establecido por la larga fila y la paciente espera. Al subir las escaleras, alguien me empujó y estuve a punto de caer, de ser aplastado. Enrique me tomó de un brazo: "Cuidado", dijo. Y aquel contacto fue como un golpe.

—¿En qué grupo te vas a inscribir?

—No sé.

Yo estaba turbado y escondía las manos en los bolsillos del pantalón para no ver cómo temblaban. Enrique me miraba y sonreía adivinando mi malestar. ¿Cómo se puede decir "No sé en qué grupo me voy a inscribir" cuando había repasado con mi tío Esteban todas las posibilidades de horarios y antiguos compañeros y maestros suyos que podrían ayudarme y favorecerme? "Lo fundamental son los maestros", me había dicho con ese tono grave que utilizaba para hablar.

—Voy a inscribirme en el grupo cuatro.

Y yo lo hice también. Porque aquella era una orden que había que obedecer de inmediato, porque ya estaba decidido de antemano y tenía que limitarme a aceptarla. Cuando salimos, la luz era intensa y la calle se había animado con estudiantes que gritaban y corrían, con el ruido de los autobuses y las voces de los vendedores de periódicos. Me sentía bien: por lo menos estaba en México y la ciudad era grande, hermosa, llena de gentes y tenía un amigo.

No consigo verme en las clases. Asistía porque no podía hacer otra cosa. Apenas recuerdo los nombres de todos los maestros, el aspecto de las aulas, su oscura humedad, el aburrimiento de esas tardes interminables. Estoy caminando, de regreso, retrasando la llegada a mi casa en un vagabundeo tranquilo, sentándome en un banco para ver los edificios y las gentes. Soy parte de la ciudad, del aire, de la luz. Pasa una muchacha y el viento levanta ligeramente su falda, le arremolina el largo pelo suelto. Se detiene en la esquina y mira a todos lados. Ahora ya está hablando con un muchacho. Los dos tomados de la mano. Y de pronto se van: ella apoyando la cabeza en el hombro de él

y él abrazándola. Entonces, regreso. Todos esos días: levantarme antes que nadie para ganar el baño, desayunar, caminar hasta la Facultad, recitar las clases de memoria, escribir a mi tío ("Voy bien, estudio mucho"), a veces a Adriana (que nunca respondió). Enrique me habla o me saluda cuando está rodeado por sus vasallos. Es el jefe: escucho sus órdenes y me gustaría sumarme al ejército. Apago la luz temprano porque los otros tres quieren dormirse. Están ahí, en camas demasiado próximas a las mías; roncan o hablan de la película que fueron a ver esa tarde, de las muchachas. Una vez soñé que todavía era un niño y que jugaba con Adriana: ella era mi esposa y yo un príncipe. Recuerdo que un día le dije a mi madre que iba a casarse conmigo. Mi madre no se rio. A mí no me pareció una tontería. Ahora, los dos nos reiríamos. Hemos cambiado, ya no nos parecemos.

Algunas veces no podía quedarme en el cuarto. Salía entonces al pasillo que conduce al baño y veía el cielo. Pensaba en las noches de Veracruz, en el mar azotándose contra el malecón en la época de norte, el perfume del hule de noche, en el tranvía que da vuelta a la esquina, en el estruendo de los portales, en los domingos en el zócalo (los muchachos de este lado, las muchachas del otro). Tenía que esperar: eso era todo lo que podía hacer. Y lo aceptaba. Me veo en el pasillo: solo, en la noche, otros edificios frente a mí, un ladrido allá lejos, un claxon o un chirrido de frenos. No hace frío. Me he acostumbrado a ver las casas, las gentes: nada es diferente a mí (en cambio, hoy, nada me pertenece, ni la muerte de Beatriz). En ese tiempo sabía que podía alcanzar la luna, acariciar un cuerpo, obtener una alegría desmesurada. Pero permanecía quieto, esperando, preparado para el día que el nombre de Beatriz fuera dicho por primera vez.

Otras veces, en lugar del pasillo, elegía el baño. Me miraba en el espejo y advertía, ya, los mínimos cambios. Una noche, mientras recorría mi rostro tratando de reconocermelo, escuché lo que decían los otros. No era muy tarde, pero ha-

blaban casi en secreto, para que la dueña no los oyera. Hacían planes para salir a la calle y buscar muchachas. Tocaron a la puerta. En el espejo, mi cara estaba roja. Solté el agua de la ducha y empecé a desvestirme. Todo el cuerpo me ardía. Ellos hablaban y, para no oírlos, imaginé el mar, la tibieza del agua, me vi nadando boca arriba con una luz dorada cegándome. Imaginé a Adriana, jugueteando a mi lado, diciéndome de pronto: "Soy más morena que tú." Cayó el chorro de agua helada.

Más tarde, cuando los otros se habían ido, marqué el número de teléfono de Enrique. Sonó su voz y colgué.

En la cama, tratando de dormirme, me dije que tenía que ser razonable. Pero ya había respondido al llamado y, al día siguiente, iba a conocer a Beatriz. Aparté las sábanas y me di cuenta que estaba sudando. Aún no sabía su nombre pero todo el cuarto empezó a oscilar y el aire quemaba.

Et unam sanctam catholicam et apostolicam Ecclesiam

El calor atrae el silencio. Enrique y yo salimos de la Facultad y caminamos. Me alegré de que no hablara porque yo no sentía la necesidad de conversar. Las gentes caminaban amodorradas y yo adivinaba un secreto deseo de acostarse en el suelo e imaginar que estaban en la arena. Una ola pequeña les mojaba los pies. Mediodía en la playa: el cuerpo expuesto al sol, dorándose, y el sudor resbalando, pegándose a la arena fresca.

Sucedió al fin una tarde como ésta, hace un año, en un verano parecido: tiempo imprevisible, días largos, repetición de todas las cosas. Sin embargo, me parece que fue hace mucho tiempo, en una edad olvidada, irreconocible, no transcurrida. Pudo haber sido hoy pero casi estoy seguro de que pasó, que está sucediendo mañana.

Había vuelto a las clases a pesar de mi decisión (¿cuál?

Simplemente no quería ir porque no tenía nada que hacer en ese edificio sucio, en esas aulas oscuras, con esos libros que no me interesaban. Pero estaba Enrique y él me había mirado. Me pregunto: ¿por qué, de pronto, se deshizo de sus vasallos y me otorgó preferencia? Lo cierto es que comencé a mirar a los demás con orgullo, sabiéndome el triunfador, el favorito. Sus ojos estuvieron clavados sobre mis orejas y una cierta incomodidad me obligaba a desperezarme, a seguir con atención las palabras del profesor, haciendo un esfuerzo por no dormirme. Estaba el aire pesado).

Nos detuvimos a contemplar algunos escaparates, yo con cierto fastidio y él tratando de adivinar algo que pudiera gustarme. Pero, a mí, sólo me gustan las cosas que no sirven para nada. Una vez compré unos tirantes. No uso tirantes. Pero los compré, después de elegir entre diez, de probármelos, de estirarlos, sabiendo que mis pantalones no tienen botones para tirantes. Los sacaba del ropero, entre las camisas y los calcetines, y los miraba, haciéndolos sonar como látigos. Tenían rayas azules y blancas. Odio las bufandas pero compré dos: una roja y otra negra, que extendido sobre la cama, entre las almohadas y simuló ahorcarme con ellas. Pasamos frente a un cine y, contra su costumbre, Enrique no me obligó a ver las fotografías de la película ni el anuncio de los próximos estrenos. No dijo, como otras veces: "Ésta no la perdemos. Dicen que es muy buena."

Esperaba con curiosidad el regalo que me tenía destinado para esa ocasión y me esforzaba por anticiparle mi profundo desagrado (aunque no mi inevitable sorpresa, porque Enrique nunca deja de asombrarme). Ahora será un libro, me decía en el preciso momento en que me mostraba aquella corbata, la horrible corbata que pudo ser la que Graciela arrojó por la ventanilla del coche cuando íbamos a la fiesta de Leonor. Si pensaba en un disco me daba un llavero, o una de las reproducciones que debe tener en su cuarto (me gustaría estar en ese cuarto, conocerlo, saber cómo ordena sus libros y su ropa), o una cartera, la bufanda que llevaba puesta y que a mí no me servía para nada.

Terminaba por recibir los regalos con ostensible indiferencia y una secreta, inmensa alegría (¿por qué me daba cosas Enrique? ¿hacía lo mismo con Marcos o los vasallos?). Yo guardaba los regalos apresuradamente, ante su desconcierto, casi sin verlos, mientras gozaba sabiendo que él sufría. Luego, solo en mi cuarto, los acariciaba. Nunca los utilicé porque sabía que me habían sido dados para ser escondidos, para que nadie los viera. Me preguntaba con su vocecita que de pronto se volvió llorosa, lastimera: "¿Te gusta?" y yo sentía un irresistible deseo de decirle que no. Esa tarde lo miraba caminar con su aire de perrito desamparado que pretende hacerse suficiente con su traje elegante, huyendo de los estudiantes que iban a la Facultad, de los turcos que insistían en mostrarnos sus mercancías amontonadas en escaparates sin vidrios. Esa tarde se me ocurrieron tres cosas: 1) decirle que ya no quería ser su amigo —no sé por qué exactamente; 2) preguntarle por qué había dejado de ser el rey Enrique y le dolía la cabeza y lloriqueaba a la menor ocasión; 3) asegurarle que ya no quería que me regalara nada. En cierto modo, el regalo no me importaba. Había decidido que no se puede vivir dependiendo de un regalo. Pero no sé por qué tenía que aceptarlo. Todo esto es ridículo, pero también lo son la ciudad, Enrique que repite que le duele la cabeza, yo, las gentes que caminan a nuestro lado. Ya no tenía miedo: aquello iba a llegar y estaba preparado. Pero uno no puede permitirse ciertas cosas. Como sufrir, por ejemplo, porque Enrique no va a regalarme nada, porque todo el tiempo me anuncia que le duele la cabeza, porque ha dejado de ser el rey y se humilla. Como sufrir, por ejemplo. Sufrir por nada: es todo lo que se me ocurre ahora.

Esperamos en silencio el cambio de luz del semáforo y, cuando íbamos a cruzar, me tomó del brazo. Puedo sentir todavía el roce primero y luego el brevísimo apretón. Puedo ver cómo me retiré, bruscamente, ante su espanto, sin poder contener el súbito desagrado que me causó ese contacto. Veo su boca abierta y sus ojos azules a punto de llorar

(¿por qué, Enrique, que ostentabas tu poder frente a los demás? En ese momento quisiera haberle preguntado a Marcos qué había pasado). Siento aún el calor de su mano apretándome el brazo y la quemadura que me produjo. Me oigo decir, con una voz que no era la mía: "No me gusta que me toquen", mientras Enrique se retira, asustado, pero preparando ya el nombre de Beatriz, resistiéndose a pronunciarlo. Me miró y se dio cuenta que mis ojos no lo reflejaban. Creo que el Enrique de entonces, y el de ahora, pensaba en la felicidad y prefería ignorar ciertas cosas con objeto de no mentir. No me reconoció; yo tampoco a él. Por eso es importante saber lo que hacemos o lo que decidimos; no hay que llegar, jamás, a reconocerse en los otros.

Tuvimos que detenernos a mitad de la calle porque la larga hilera de automóviles nos impedía ganar la otra esquina. Estoy seguro de que tuve la tentación de detener el tiempo (Hoy es ayer, hoy es mañana. Nada es presente) a fin de permanecer ahí, de no seguir caminando al lado de Enrique. Volví a tener el presentimiento de que una desgracia irreparable iba a suceder y que, si me negaba, podría evitarse. Traté de encontrar un espacio entre los automóviles. "Cuidado, es peligroso", creo que dijo, asustado. Al fondo, la mole de la Catedral parecía tambalearse. Grandes nubes blancas cruzaban el cielo y yo sudaba. Pero, como si todas las cosas estuvieran de acuerdo, el mundo se detuvo. La luz descendía sin acabar de caer sobre mi cara, resolviéndose en gotas de sudor que se amontonaban en la frente y ahí se quedaban pegadas. Los automóviles, el interminable detenimiento esperando el cambio de luz del semáforo, una simple sustitución de colores que permite avanzar y librarse de esa insoportable y condescendiente espera incómoda. El aire: vapor asfixiante que se intensifica con el silencio, con el perfecto equilibrio de todas las cosas. Y nosotros: uno al lado del otro. Entonces comprendí que había sido feliz, que a pesar de todo lo que hiciera o dijera había sido feliz, que a pesar de todo lo que pensara había sido feliz y que ya nunca más lo sería. El zócalo, ese amplío,

enorme lugar que tanto me gustaba, era un sitio adverso. La Catedral, un enemigo al acecho que, de pronto, podría derrumbarse y aplastarme. Las casas eran ridículas y las gentes feas. Todo se puso en movimiento: torbellinos de polvo levantaban faldas y herían los ojos. Cruzamos la calle. Era como si hubiera transcurrido un año, un ayer, un mañana, algo menos hoy.

Enrique se sentó en un banco mientras una de las campanas de la Catedral sonaba desagradablemente. Estaba pálido y abrazaba sus libros. Esperé un momento y, sin saber por qué, también me senté. No hablamos. Alguien dijo, al pasar "Es tarde", y me di cuenta de que había oscurecido. Enrique hizo un ligero movimiento. Si se acerca, le pego, le rompo la cabeza como al perro tigre. Tosió. Si me pide perdón, le pego, le rompo la cabeza como al perro tigre. Si me pregunta algo, le pego.

—¿Te gustaría entrar?

Eso fue todo. Pero no estoy muy seguro. Acaso —y es lo más probable— lo que dijo fue: "Quiero que entres conmigo. Tienes que obedecerme." Y lo seguí. Caminamos por una de las naves. Nuestros pasos resonaban, lentos, acompañados. Olía a incienso y a flores. No había nadie. Entonces apareció el gran resplandor, se dejó oír, estruendosamente, la música del órgano. Beatriz había nacido.

Enrique se detuvo. Se hincó e hizo la señal de la cruz. "¿Crees en Dios?" No, no creo. Pero eso también es mentira. Padre nuestro que estás en los cielos. Sí, creo, creo, necesito creer. Luego, Enrique escondió el rostro entre las manos. Todo esto había sucedido ya antes, en otra ocasión. Estaba pasando mañana. Nada es presente. Enrique me obligó a arrodillarme a su lado y me señaló el altar mayor. Ángeles rosados y azules descendían entre guirnaldas de flores, transparentes, sonrientes. El corazón me latía con fuerza y la música resonaba dentro de mi cráneo, bailaba en las orejas, me golpeaba el estómago. Entonces dije:

—Marcos.

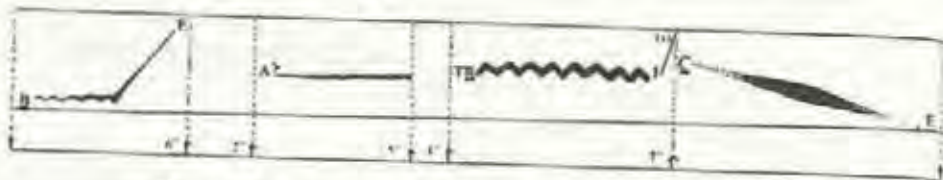
Y el nombre era un solicitud de ayuda. Pero el nombre

era cierto. El otro sonrió. El resplandor crecía, obligándome a cerrar los ojos.

—Me llamo Enrique. Marcos me ha ordenado que hiciera esto. Pero puedes llamarme por su nombre. Marcos quiere decir lo mismo que Enrique. Somos la misma persona y un solo Dios verdadero. Fue él —Dios padre— quien ordenó y yo —el Hijo— tengo que transmitir su mandato. Tú debes limitarte a obedecer.

Los ángeles se evaporaron en un estallido y se comieron las guirnaldas. Quedó una mancha multicolor que avanzó hasta mis ojos, lenta, seguramente tibia.

Se levantó y esperó que la mancha llegara a mí y que me inundara. Entonces dijo:



—Conozco a una niña. Se llama Beatriz.

El nombre brilló como un relámpago y se repitió en el coro, en los arcos, en el altar mayor. Sonó como si nunca hubiera sido pronunciado, como si en ese momento Enrique acabara de inventarlo. Tal vez porque su voz era otra: la voz de Marcos, el que dicta el evangelio, no el profeta. No sé. Cuando dijo *Beatriz* no se refería a una persona viva, sino a un recuerdo.

—He dejado a Graciela. He dejado a las otras. Ando solo entre demasiados amores. Tú no lo sabes, pero hay demasiados amores. Todas las mujeres me pertenecen y soy de todas. He elegido a Beatriz y, por eso, renuncio a las otras. La quiero. Es muy bella. Un día nos casaremos. Eres el primero en saberlo.

El resplandor avanza. Padre nuestro que estás en los cielos y que ya no me acuerdo qué sigue. Ayúdame. Tengo miedo de este lugar que es Tu casa. Hoy es el aniversario de la muerte de mi madre: el primero, el segundo, el últi-

mo. Todos los días se queda muerta después de sonreír, de llorar porque mi padre tiene una amante, porque quiere que yo sea abogado y luche por una causa que ignoro. Adriana, hermana. El resplandor avanza y los ángeles se desbaratan devorando guirnaldas. Angelus, Angelus. Todo está oscuro y las velas amenazan con incendiar el recinto. Padre nuestro, creo creo.

Salimos en silencio. Ya frente a mi casa cuando nos despedíamos, Enrique dijo en voz baja:

—Beatriz quiere conocerte. Le he hablado de ti.

Me abrazó con una fuerza que no hubiera sospechado. Los ojos le brillaban extraordinariamente. Sonrió.

—También tengo otra cosa que decirte. El padre de Marcos necesita alguien que descifre algunos signos. Él te recomendó y te han aceptado. Tendrás dinero, podrás comprar cosas, cambiarte de ese horrible lugar y vivir en un departamento, solo, agradable (la hiedra perforará, inexorablemente, la pared). Empiezas la semana próxima. El señor Villaranda te dará toda clase de detalles. No, no me preguntes ahora quién es. Limitate a esperarlo. Sabrás todo a su debido tiempo.

Lo miraba, fascinado, sin poder responder, incapaz de interrumpirlo, de decirle: ¿De qué me estás hablando? No entiendo, no comprendo una sola palabra. ¿Qué significa esto? Nos miramos, un momento —una eternidad. Enrique tomó mi mano y me entregó un papel.

—Toma. Esto es para ti.

Se fue corriendo. Permanecí inmóvil, con el retrato de Beatriz en las manos, quemándome. Aunque era de noche, tuve la sensación de que estaba amaneciendo.

Me veo abrir la puerta, subir las escaleras, detenerme un momento para tomar aire (como si hiciera un gran esfuerzo). Veo, oigo y siento, toco el silencio, la completa inmovilidad del aire, de la noche que hay afuera. Vuelvo a tener conciencia de que, a medida que avanzaba por la escalera, mayor era la claridad que me precedía. Una vez más vuelvo la cabeza y de nuevo confirmo que la noche ha quedado

afuera, que el día crece mientras camino. Estoy seguro de que adentro, en mi cuarto, brillará el sol.

De pronto, de una zona oscura, salieron corriendo un hombre y una mujer y, por un momento, me miraron, con miedo, como si los hubiera sorprendido cometiendo un pecado o un crimen y fuera a delatarlos, a llamar a la policía, a señalarlos, a contribuir a un encierro que los separara definitivamente. No pensé entonces que podía tratarse de la joven pareja que todas las noches se esconde en un rincón y saluda cuando paso a su lado. ¿Quiénes son, qué harán? ¿Por qué tienen que esconderse en la escalera, buscar la oscuridad? Me conocen y me saludan a veces. También deben preguntarse qué hago cuando abro la puerta y entro en la casa. Nada. Pensarán que vivo con mi familia. No saben que hoy llevo el retrato de Beatriz quemándome las manos. (Acaso huyen, me miran con temor, porque debo haberlos visto de otra manera, protegiendo el retrato. Acaso pensé que podían robarme el retrato, delatarme a la policía.) Se esconden en la oscuridad, se besan, se acarician. Siempre habían manifestado confianza cuando los descubría. Pero hoy —estoy seguro— han sentido miedo.

Abrí la puerta, deslumbrado por la hermosa, radiante claridad. Hacía calor en ese pasillo estrecho por el que caminaba, de puntillas, tratando de no despertar a la señora que me alquila el cuarto. Descubrí sus grandes ojos negros mirándome desde el fondo de las tinieblas. Me detuve y la claridad se quedó conmigo. La mujer movía una mano, como si escribiera.

—Lo he estado esperando.

Como no respondí, la señora insistió con su voz ronca, desagradable:

—Lo he estado esperando. Pensé que le había sucedido algo. Como usted no tiene costumbre de llegar tarde, pensé que le había sucedido algo.

Los ojos iban de un lado a otro, rítmicamente, despacio, tan despacio que parecía que no acabarían de llegar al término de ese movimiento. La voz venía de muy lejos. Me

resultó difícil comprender el sentido de sus palabras, esa súbita inquietud por mi tardanza. Beatriz estaba ya conmigo y sólo podía pensar que la tenía entre mis manos, quemándome. Creo que murmuré un "disculpe", un "no debía usted preocuparse", un "sí, estoy bien", y seguí caminando, guiado por la luz fría. Los ojos y la voz se quedaron atrás; sin embargo, escuché, entre el sol visible únicamente para mí y la oscuridad, que la señora decía, lenta tan lentamente que pensé que jamás terminaría esa frase, decía:

—Los otros se han ido. Así, de repente. Dijeron "Nos vamos". Usted estará solo en el cuarto. Dijeron "Tenemos que irnos, inmediatamente." Hicieron sus maletas y salieron. Usted se irá también pronto. Lo sé. (Hubo un silencio. Luego, siguió la voz ronca:) ¿Puede usted explicarme qué sucede?

Pude ver la lucecita que desprendía su cigarro. Ella, sola en la noche con esa luz brillándole en las manos, en los labios. Abrí la puerta de mi cuarto y ella se levantó.

—Vino alguien a buscarlo, alguien vino y preguntó por usted, alguien que no conozco, alguien que se limitó a decirme que regresará mañana porque tiene un asunto importante que tratar con usted.

Me veo detenido, sin poder entrar en el cuarto. Me veo mirar a esa mujer que me observa con los ojos espantosamente abiertos, el cigarro temblando en sus labios. La veo cómo adelanta una de sus manos, despacio, despacio, hasta que sus dedos alcanzan a tocar mi cara. Entonces ella la retira bruscamente, como si hubiera sentido una quemadura insoportable. Desaparece.

No sé qué sucedió después. Sólo recuerdo (ahora) que estaba acostado, las manos enlazadas detrás de la nuca, sobre la cama sin deshacer, mirando el sol nocturno que iluminaba el cuarto. Sólo recuerdo (ahora) el deslumbramiento pacífico y la incapacidad de cerrar los ojos, de levantarme, de salir de esa inmovilidad. Sólo recuerdo (ahora) que estaba en ese cuarto (y que era otro, distinto, hasta agradable), que las otras camas habían desaparecido, que no queda-

ba rastro alguno de la presencia de quienes durante algunos meses habían compartido conmigo esa habitación. Yo flotaba, inundado de ese lento removerse de la luz. La Presencia habló:

—Dentro de tres años morirá tu tío Esteban.

Y me vi en su entierro, en cierta forma conmovido. Unos hombres cargaban el negro y (seguramente) pesado ataúd. Hubo largos y repetidos discursos que alababan las (seguramente) intachables virtudes de mi tío. Luego, el reverendo padre bendijo el profundo agujero, descendieron el ataúd (puedo escuchar el crujir de la madera, las silenciosas maldiciones de los mozos sosteniendo aquel cajón que contenía el cuerpo gordo y la enorme verruga en la frente que había crecido crecido crecido hasta abarcar toda la cara). Hacía calor y toda la distinguida concurrencia sudaba, trataba de ocultar las manchas que se habían acumulado en las axilas, las gotas pegajosas que descendían por la frente, las mejillas. Vamos, que se calle. Queremos irnos. Eso dicen todos, en secreto, mientras se secan los ojos. Mi tío tendrá un aspecto de satisfacción, como advirtiendo a los que pronto morirían: "Sigan mi ejemplo, no tengo nada que reprocharme. La honorabilidad ha sido mi signo. Descanso con el corazón tranquilo, silencioso, ausente de inquietudes. Puedo decir que he cumplido con mi deber." Mis hermanos escucharán esas palabras sin sentir remordimientos y los otros, los que acompañarán a tío Esteban a su entierro, serán víctimas de un leve temblor. Veo el ataúd descendiendo. Y ahí se queda el tío Esteban, enterrado con su barómetro, sus pies hinchados, la verruga, conjugando el verbo *avoir* y tratando de recordar el nombre de aquella obra de teatro que vio en la ciudad de México en 1926, año del Señor en que estaba de moda cierta cantina a la que asistían los que entonces estudiaban para ser útiles a la sociedad. Su tumba será colocada al lado de la de mi madre, blanca, con un angelito presidiendo su nombre terrible, como si se tratara de una virgen.

Y la Presencia habló:

—Vengo de parte de Marcos. El señor Villaranda te envía este cuaderno para que descifres signos y símbolos, para que traduzcas palabras extranjeras. Saldrás de aquí.

Contemplé el derrumbe de unos árboles y su desaparición en una tierra acuosa, negra, sin fondo.

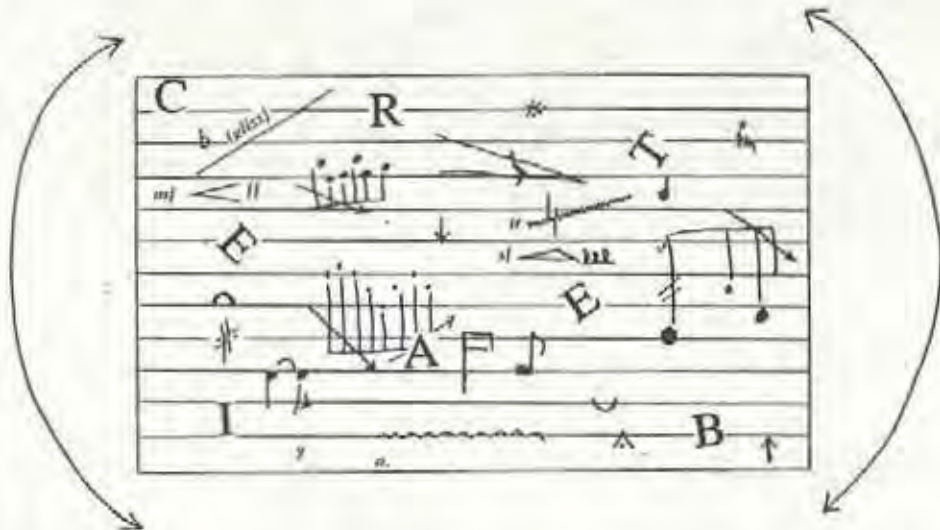
Y por tercera vez la Presencia habló:

—Se está acabando la luz. Aprovecha los últimos rayos.

Manos infinitas me ayudan a levantarme y abro la boca, trago la luz. Sé que estoy unido a Beatriz por una llama que desciende por mi vientre, que recorre mi espalda, que llega hasta mis pies. Al fin me quedo dormido. Es preciso ya que sueñe con ella. Antes, cuando era niño, favorecía mis sueños: Hoy voy a soñar que soy un príncipe que rompe el encantamiento a que me ha sometido el objeto de mi amor, que camino por selvas impenetrables, combatiendo contra toda clase de adversidades (plantas carnívoras, animales salvajes, ejércitos de gigantes que tratan de impedir mi llegada al estanque en que la princesa encantada duerme sin otro sueño que el de su mismo encantamiento). Y soñaba lo que me había propuesto. Y otras veces, las más, no en determinada situación que tuviera como tiempo el mediodía sino la noche. Adriana y yo éramos sombras, las sombras de sombras, inexistentes. Le decía a Adriana: "¿Por qué hablas de irte?" Y ella contestaba, sonriendo, iluminada por la luna: "Nunca he estado presente. Nunca he estado." Las noches, en Veracruz, se fundan en la conjunción del viento y el agua. La voz amenazante del huracán se aplaca con la furia del agua que responde así a quien pretende arrebatarle su poder. La noche sólo es perfecta cuando viento y agua se reconcilian. Adriana y yo nos bañábamos en ese mar intranquilo pero luego regresábamos a la orilla de tibias albercas, de estanques mohosos. Ahora, en la Catedral, cuando Enrique pronunció por primera vez el nombre de Beatriz —Sanctus, Sanctus, Sanctus, alababa el coro de músicos invisibles— se terminaron para mí todos los sueños; sólo está Beatriz. Al fin me quedo dormido, sin extrañar las conversaciones, los ronquidos, los

sobresaltos de los que compartieron conmigo esta habitación y que de pronto, sin decir nada, se fueron, sin dejar huella alguna de su estancia, como si nunca hubieran estado aquí. No los recuerdo. Tampoco recuerdo la escena con la señora, las palabras que pronunció, la quemadura que le produjo en la mano cuando tocó mi cara.

Ya es de día, adentro y afuera. Me levanto y voy al baño. El agua está fresca. El cuaderno que dejó el señor Villaranda se encuentra sobre mi pequeño escritorio. Lo toco, temeroso de abrirlo. Está lleno de fórmulas químicas, de ideogramas chinos, de palabras escritas en idiomas extranjeros. Se inicia con esta frase: "Ninguna noticia tenemos acerca del origen de Joseph Knecht." Dudo de haberla leído o escuchado antes pero me pregunto si, acaso, no fue dicha por alguien que se hallaba, anoche, invisible, a mi lado. Creo haberla soñado. Luego siguen unos versos cuyo sentido ignoro: *C'était pendant l'horreur d'une profonde nuit*. En desorden, continúan unas fórmulas. Una anotación escrita con un color de tinta diferente a los otros: "Mientras que la cosmología de Aristóteles se desarrollaba y perfeccionaba para llegar a las teorías de la escuela de Alejandría, un gran astrónomo, posterior a Pitágoras, descubría el movimiento de rotación de la tierra y anticipaba a Copérnico." "Dos yang y un yin, dos yin y un yang, dos yang y un yin." "Seis, siete, ocho, nueve (de corazones: ¿espero el diez? Juego contra tercia de ases)." Estoy soñando. No me he despertado. Lo sé, estoy seguro, porque me encuentro otra vez con el agua, con el estanque mohoso en que perdí mi infancia. Ya no está Adriana. Sueño despierto. Ahora es Beatriz, la doncella elegida. El horror de la noche se va cambiando en el presentimiento del alba. Beatriz esconde su rostro entre hojas y flores. La llamo. No responde.



No quiero volver a este recuerdo. "¿Por qué te vas Adriana?" Porque nunca he estado presente. "¿Por qué no llegas Beatriz?" Porque soy de un instante. Dejo el cuaderno de notas que me envió el señor Villaranda. Todo lo que he dicho hasta ahora —menos Beatriz que representa el cielo primordial, la posibilidad de recuperar el sueño que uno desea soñar por voluntad propia— es mentira. Trato de falsear la realidad con objeto de hacerla más cierta, de llegar a saber quién es en verdad Enrique, quién es Marcos, quién soy yo y, sobre todo, quién será Beatriz. Pero aquí viene, ya llega, ya está en lo que será mi recuerdo, mi mañana.

Pasé toda la noche contemplando la fotografía de Beatriz, tratando de descubrir su rostro, de inventarlo (como ahora). Aquí está: papel arrugado y amarillento que oculta ojos, nariz, labios. Es una fotografía tomada hace mucho tiempo, antes que Beatriz o yo o los otros nacióéramos. Es una fotografía que nunca se ha tomado porque no existe cámara que retenga y aclare los rasgos de Beatriz, porque Beatriz no existe.

La contemplo, la acaricio, la beso. Repito su nombre para que aclare esta irremediable fascinación, esta súbita locura. Para que me recuerde algo que ya sucedió o que me anuncie lo que me va a pasar. De pronto, creo advertir una expresión apenas visible y el rostro de Beatriz penetra en mí. Arde mi sangre, laten con fuerza todas mis arterias. Estoy vivo, estoy condenado ya al castigo por cometer este pecado. Beatriz: espera. Ya voy, ya voy, ya voy.

Beatriz (*mf*): espera *mf* ya *mf* voy (*sf*) ya voy *mf*

Empieza tu búsqueda.

La dueña de la casa ha desaparecido. La llamo y hasta ahora me doy cuenta de que nunca supe su nombre. Era la "Señora", a secas. La llamo por todos los nombres posibles, los inexistentes y los reales, los que se me ocurre inventar. La casa está vacía y mis pertenencias —unos cuantos trajes, camisas, ropa interior— se hallan perfectamente acomodados en una maleta (hasta ahora) desconocida para mí que está marcada con un sello que dice "Villaranda". En el espejo está la fotografía de Beatriz y una carta de la baraja que representa, a la vez, el Rey y la Reina separados por una montaña partida en dos. Abajo, agua. Mis libros y

papeles han sido encerrados en cajas de cartón. Sobre el escritorio vacío, el cuaderno de notas del señor Villaranda. A su lado, un papel con estas palabras: "Fac ut portem Christi mortem, passionis, fac consortium, et plagas recollere. Fac me plagis vulnerari, cruce fac inebriari, ob amorem filii."

Recorro la casa, grito, fumo, bebo un ron —no sé qué hace esta botella aquí. La señora nos advirtió: "Este lugar es respetable, no se admiten las visitas de mujeres; sólo a los caballeros está permitida la entrada. Pueden fumar sin tirar colillas en el suelo. Estrictamente prohibido tomar." ¿Quién pudo traer esa botella? ¿Dónde está la señora? Dígame: ¿Quién preparó mi equipaje, quién ordenó mis libros, quién trajo esa maleta? ¿Vino el señor Villaranda a dejar ese cuaderno? ¿Quién escribió esas palabras? ¿Por qué se ha ido? ¿Por qué se fueron los otros sin haber dejado un mensaje, sin habérmelo dicho, como si este lugar estuviera contaminado?

Abro la botella y bebo un vaso de ron. Creo que es la primera vez que bebo si efectivamente no asistí a la fiesta de Leonor y Teresa. Fumo, bebo, grito, abro las ventanas, recorro todos los rincones, bebo otro vaso de ron. De pronto, descubro un papel clavado con un alfiler en una de las paredes de la cocina. Casi no veo la letra pequeñísima. Dice: "Mi amor, me voy. Después de lo que ha pasado esta noche no puedo permanecer aquí. Ese señor Villaranda... esas gentes que vinieron con él. Me voy a vivir con mi hermana que está enferma. Tose mucho ¿sabes? y los médicos temen una enfermedad indigna, pero todas las enfermedades lo son ¿no es cierto? Las otras noches te he esperado, te he espiado. Llegabas tarde y te encerrabas en tu cuarto. Te dejo ese cuaderno y la fotografía porque el señor Villaranda y los que vinieron con él me amenazaron, me advirtieron que mi vida corría peligro. Me he atrevido a abrir el cuaderno y sentí un miedo inexplicable. Mientras ellos arreglaban tu ropa y los libros, me encerré en mi cuarto, horrorizada. ¿Sabes?: esa fotografía es mía, de cuando yo era

joven. Te repito que estoy horrorizada: fue como verme otra vez, como ver a mi madre —decían que me parecía a ella. Cuando salí del cuarto, me di cuenta de que se habían llevado los muebles. No me explico cómo lo hicieron. Tampoco comprendo por qué los otros muchachos se fueron sin decirme nada —me debían un mes de renta, además—. Creo que también tú debes irte. Esta casa está maldita, le ha pasado algo, la han embrujado. No sé qué habrá sucedido contigo pero no puedes, no debes seguir aquí.

“Amor mío. Me he pasado la vida aburriéndome. Todos los domingos escucho la banda municipal. Veo la televisión en las noches. Estoy perdiendo la vista y casi no puedo leer ni escribir. Toda mi vida me he repetido que no me casaría nunca porque siempre he odiado a los hombres. Son sucios, indignos de que cualquier mujer adquiriera su apellido y borre el que heredó de sus padres, el que tuvo de soltera. Pero un día llegaste tú. Amor mío: todas las noches te he esperado, te he espiado, he seguido tus mínimos gestos, tus más leves movimientos. Pero nunca conseguí soñar contigo porque se me olvidaba tu cara. Me decía: quiero soñar con él, bailar con él, dormir con él, sentirme suave y cuidadosamente penetrada por él. Pero despertaba, sobresaltada, porque escuchaba ruidos extraños en la cocina. Nunca pude verte en sueños; me conformé con repetir tu nombre.

“Te digo: tengo miedo. Algo malo está sucediendo aquí. Piensa en mí cuando veas ese retrato. Hubiera podido ser la posibilidad de no haberme olvidado de mí misma.”

Firmaba un nombre irreconocible, que no decía nada. Señora: ¿puedo inventar tu nombre? ¿Pueden llamarte de alguna manera quienes compartieron conmigo esta estrecha habitación? No, ellos no. Tú, la que me esperabas por las noches, intranquila, incapaz de soñar conmigo, te bautizo ahora como una reina. Te llamas Rosalinda. Sé que un día, cuando me anuncien que has muerto, te encontraré en una

esquina. Nos miraremos y pronunciaré tu nombre. Rosalinda. Y me devorarás como el perro tigre.

Rompo el papel, tomo otro ron. ¿Qué estoy haciendo, qué estoy diciendo? Corro a mi habitación y abro el cuaderno del señor Villaranda. Está forrado de cuero, las hojas son casi transparentes, la tinta negra, la escritura firme.



Una hoja: *Quis est homo qui non fleret, Matrem Christi si videret in tanto supplicio? Quis non posset contristari, Matrem Christi contemplari dolentem cum filio? Pro peccatis suae gentis vidit Jesum in tormentis et flagellis subditum.*

Otra hoja con una simple anotación. “Hoy es, como todos los días el aniversario de la muerte de tu madre. Hemos encargado flores para su tumba y nos ha dicho que piensa en ti. *Stabat Mater dolorosa juxta crucem lacrimosa, dum pendeat Filius.* Pero la hemos tranquilizado y prometió que no lloraría por ti cuando llegue la hora de la crucifixión.”

Otra hoja: “ $FeS + SO^2, HO = FeO + SO^2 + Hs$. En esta preparación, como la del hidrógeno, se puede reemplazar el ácido sulfúrico con el ácido clorhídrico, en lo cual se tiene una ventaja, la de que el cloruro de hierro es muy soluble, al paso que el sulfato se cristaliza fácilmente y envolviendo el sulfuro de hierro detiene la reacción resultando entonces $FeS + HCL = FeCL + Hs$. Consultar, para la perfecta comprobación de estas combinaciones que nos son indispensables para los experimentos que estamos efectuando, el tratado escrito por el profesor Troost, catedrático del Liceo de Bonaparte, París, 1875.”

Una hoja, otra, otra más: "Orfeo dijo: 'Ach, erbarmet euch mein! Furien!'"

Cierro el cuaderno. Tomo otro vaso de ron. Tengo que salir de aquí, inmediatamente.

Tocan la puerta. Tengo miedo de abrir. Al fin me decido. Es Marcos que me estrecha la mano. Sonriente, pregunta: "¿Estás listo? El coche espera abajo."

—¿Te gusta? —preguntó Marcos.

Así que ésta será mi nueva casa. Un gran departamento, solo para mí. Grandes ventanas, una enredadera horadando la pared, reproducciones de pinturas famosas, el suelo alfombrado, lámparas que otorgan luz discreta. Marcos me señala unas tablas de madera colocadas en dos paredes de la estancia: "Ahí estarán todos los libros en perfecto orden y en el sitio que les corresponda. Yo me encargaré de colocarlos. Mañana te enviarán otros, muchos más. Todos los que necesites y los que el señor Villaranda juzgue que te ayudarán en tu trabajo." Abro una de las ventanas: unos niños juegan en un jardín que es una especie de basurero presidido por un extraño objeto lleno de herrumbre. En la esquina, unas señoras hablan de sus pequeños, sus grandes problemas. Veo desiguales alturas, antenas de televisión. El departamento está situado en una esquina en la que convergen tres grandes avenidas. La mayor se divide y subdivide en pequeñas callecitas. Al centro, un camellón alberga jacarandas que florecen. Me asomo un poco más: el edificio se prolonga: enredaderas trepan por todas las paredes recién pintadas. Me parece estar en otro sitio, en otro país, en otra ciudad. El edificio ocupa una manzana completa y su construcción —según me dijo Marcos— se remonta a principios de siglo. Un viento ligero entra por la ventana y miro las calles, deslumbrado por la luz. Marcos me guía por las otras habitaciones después de asegurarme que el tocadiscos acababa de ser comprado por el señor Villaranda, de entregarme la factura extendida a mi nombre, de mostrarme unos treinta o cuarenta discos de música clásica y

de canciones y bailes de moda. Mi recámara es pequeña pero agradable. Me detengo a mirar los retratos antiguos que adornan las paredes. "¿Quiénes son?" "Los Villaranda, todos muertos. Los abuelos Villaranda, los tíos Villaranda, la Villaranda que se metió de monja, la Villaranda que nunca aprendió a pronunciar una sola palabra. Mi abuela la conoció y dice que era una mujer poseída por el demonio. La llevaron con los mejores médicos de la ciudad y hasta aseguran que solicitaron consulta con especialistas extranjeros, que se trasladaron a Europa para confirmar, de nuevo, lo que habían dicho los médicos desde que era una niña: No encontramos lesión alguna. Estimamos que se trata de un caso extraño. Todas las pruebas practicadas nos revelan a una persona dueña de una inteligencia normal. Pero esta Villaranda se negó a hablar. Nunca pudieron arrancarle una sílaba, ni el más leve gruñido. Mi abuela decía que era perfectamente normal porque jugaba con las niñas de su edad, escuchaba atentamente lo que le decían y cumplía órdenes; aprendió a escribir. Aseguran que, por las noches, todos los Villaranda vigilaban su sueño. Nada. Desde pequeña decidió no hablar. Y esta Villaranda: (Marcos me guiñó un ojo y sentí miedo) era una de éstas. Bonita, dicen. En un viaje de vacaciones a cierto puerto conoció a una persona muy prominente de ese lugar. La familia dice que hechizó al hombre, que lo obligó a abandonar a su mujer y a sus hijos confiando la tutela de éstos a un pariente cercano. La Villaranda regresó algunos años después con su familia, no dio explicaciones y se dedicó a viajar periódicamente a distintas ciudades —prefería los puertos— para pasar un tiempo con un amante. (Pasó una mano por los vidrios que protegían los retratos.) Están un poco sucios, pero no importa: todos están muertos. Fíjate bien en esta Villaranda. ¿No te recuerda a alguien a quien has conocido durante mucho tiempo? Una vieja estupenda, eso decía mi abuela. Tenía la manía de coleccionar gatos. Los compraba, los recogía de las calles, los sacaba de los basureros, pagaba fuertes sumas por una raza especial después de haber

investigado cuidadosamente todos sus antecedentes hereditarios y patológicos, recomendaba a sirvientes y amigas que cuanto gato no quisieran le fuera regalado o vendido. Eso sí: sólo hembras que aullaban espantosamente en ciertas noches. La Villaranda las escuchaba, extasiada, feliz, ante las protestas de sus parientes y vecinos. Mi abuela dice que decía: ¿No les gusta cómo lloran? Son como criaturas recién nacidas. Un día previsto de antemano, se dedicaba a ahorrarlas. Hoy, estrangulé a diez, decía, de pronto, satisfecha, y después del almuerzo, reposaba, fatigada y tranquila, en su cama, dormitando mientras acariciaba a alguno de los animales elegidos para la semana siguiente: Mischu, Mischu, anda, ven, mishito, que te queda poco tiempo. Pero, ¿de verdad no te recuerda a alguien que has conocido? Sí, habrá que limpiarlos, aunque no tiene mucha importancia: todos están muertos y seguirán igual de feos." (Marcos me mira y sonrío.) "Este espejo sirve para que te estés viendo todo el tiempo. Los espejos son importantes y uno tiene que verse continuamente porque cada día uno cambia."

—Marcos...

—Anoche me vi en el espejo de tu antigua casa. ¿Quién es éste?, me pregunté. Eras tú, evidentemente.

—Marcos...

—Te voy a mostrar las otras habitaciones.

(Lo detengo):

—Marcos, dime ¿quién de todos estos que están retratados aquí es el señor Villaranda?

(Marcos, mirándome extrañado, luego sonriente como burlándose):

—¿El señor Villaranda?... Pero, ¿qué te sucede? El señor Villaranda no ha muerto. Todos estos retratos están fechados a fines del siglo pasado. Mi abuela asegura que el artista fue pintor de las más importantes y distinguidas familias y conseguía que el modelo muriera en el instante mismo en que el cuadro quedaba definitivamente terminado. Un pequeño detalle, una pincelada aquí o allá, la firma

y muerte inmediata. No necesitaba corregir nada. Los familiares estaban vestidos ya de luto riguroso y observaban, atentos, al modelo que sonreía, tratando de llegar a ese momento supremo con tranquilidad, con dignidad, sin mostrar el menor signo de cobardía. Dice mi abuela que ese pintor fue expulsado del país (o asesinado) porque muchas familias solicitaban su trabajo a fin de deshacerse de algún pariente cuyo fallecimiento se prolongaba. Ya sabes... rencillas personales, odios, envidias, herencias... Pero, ¿por qué se te ocurre pensar que uno de éstos sea el señor Villaranda?

—Marcos, no entiendo nada de lo que pasa. ¿Qué hago aquí? ¿Quién es el señor Villaranda? ¿Qué significa este cuaderno? ¿Qué debo hacer con él?

—Puedes decir, si quieres, aunque existe la posibilidad de que lo niegue, que el señor Villaranda es mi padre.

Sonrió, me golpeó la espalda. Luego, encendió un cigarro:

—No sé por qué te inquietas. Muchos desearían tu suerte. Porque tienes suerte, ¿eh? El señor Villaranda es muy exigente con las personas que elige. Ha rechazado a muchos candidatos después de haberlos sometido a exámenes muy rigurosos. Tú fuiste señalado. ¿Qué más quieres? El señor Villaranda paga la renta de este departamento y mensualmente te proporcionará honorarios que yo mismo envidio. Tienes discos, libros, ropa nueva confeccionada a tu medida, una sirvienta que atenderá tus menores necesidades o tus caprichos... En resumen: eres un príncipe, ¿qué más quieres? Muchos desearían estar en tu lugar. Yo, por ejemplo, para no ir más lejos.

—Marcos, comprende: estoy confundido. Esto no es normal. Así, de pronto... este departamento... ese dinero... No sé qué hacer con ese cuaderno, no sé lo que significan esas palabras, esas fórmulas, no comprendo en qué consiste ese trabajo. Marcos: tengo miedo, te lo confieso.

Sonrió, benévolo. Apagó el cigarro.

—Paciencia. Ten paciencia. Eso es todo lo que se te

pide por el momento. Lo sabrás todo a su debido tiempo. Lo único que puedo decirte ahora es que el señor Villaranda está realizando unos experimentos que asombrarán a la humanidad. Por ejemplo —y abrió una de las hojas del cuaderno—: aquí hay una frase fundamental: "No te desesperes y sobre todo no toques." Tienes que encontrar su significado exacto. Mira —y buscó otra hoja—: Strindberg quería realizar el milagro de fabricar oro y elaboró una fórmula que el señor Villaranda desea comprobar asegurándose que no produce quemaduras en las manos: "Soluciones extremadamente débiles de: vitriolo de hierro, nitrato de cobre, nitrato de plata. Calientese de preferencia con un pedazo de papel del utensilio utilizado. Puede ser cambiado extensivamente por una solución o un precipitado como reactivo. De este modo cualquier metal puede ser producido." No, no cualquier metal: el oro. O-r-o. Comprobar que esta fórmula es correcta y que no produce quemaduras en las manos. Y sobre todo y ante todo: relacionar la fórmula y su resultado con la posición de los astros. Hace un momento te preguntaba si la Villaranda de los gatos no te recordaba a alguien que has conocido. Medita un poco y encontrarás una necesaria relación con esta fórmula. Eso tienes que hacer.

—Marcos, yo no puedo, yo...

—Aquí hay algo más fácil. "¿Cuál es la causa de la enfermedad de Dühring? ¿El líquien plano puede curarse, radicalmente, con un comprimido de Stovarsol de 0.25, tomado tres veces al día durante cinco días por semana en el lapso de un mes, o ¿son más efectivas 5 gotas de Largaetil tres veces por semana?" ¿Qué dificultad representa este problema? Ninguna, en mi opinión. ¿Qué debes hacer? Elegir, siempre elegir. Primera posibilidad: consultar a un especialista y comprobar su experiencia personal. Segunda: revisar exhaustivamente todos los tratados de dermatología que estudien esas enfermedades. Tercera: contaminarte, aspirar al contagio y sujetarte a tratamiento. (Rió.) Algo más, fíjate bien: estamos ahora en un terreno diferente que

se ha estudiado mucho pero cuyos resultados son contradictorios: la conjunción de letras y colores, de colores y sonidos. El señor Villaranda está convencido —pero le falta la prueba definitiva— de que Rimbaud se equivocó y de que las teorías de Scriabin son falsas. Demuestra lo contrario o ratifica. No te inquietes: el señor Villaranda te dará todo el tiempo y el material que necesites. (Un gesto de sorpresa.) Mira: una frase absolutamente contemporánea: "Dios sabe si soy dichoso con frecuencia pero nunca más, nunca tanto como en este instante dicha desdicha pero podemos charlar." Yo, créeme, quiero charlar contigo. ¿Quién dijo lo primero? ¿Quién lo segundo?

—Marcos...

(Marcos enciende otro cigarro. No cesa de mirarme y sonreír. Se está burlando de mí.)

—Bueno, basta por hoy. Dejemos el cuaderno en paz. Ven. Esta es la sala-comedor. Aquí recibirás al señor Villaranda, a...

—Marcos...

—Sí, es cierto. El anterior inquilino pintó así la cocina. No sirve, borraremos esas figuras. Estaba borracho. Y, a propósito, vamos a tomar un ron.

—No me gusta beber.

—Idiota. Beber es como si Dios estuviera contigo. Mira: éste es el baño, una especie de trono. Ahí, harás tus necesidades fisiológicas como un rey. Anda, toma otro ron. Así, apúralo de un sorbo. ¿Por qué pones cara de asco? Eso. ¿Verdad que te sientes mejor, que todo está completamente claro, que ya comienzas a darte cuenta de lo que se trata? Quiero advertirte que en este mueble —y señaló una especie de armario— el señor Villaranda ha ordenado para ti una extensa y muy variada colección de licores, de los más finos a los más baratos. Podríamos haber tomado ahora un buen whisky, pero me acordé que te gusta el ron. ¿No es así? Por lo menos en casa de Leonor, en la fiesta aquella... y hoy en la mañana, ¿no es cierto? Te dejamos anoche una botella de ron. Hoy tomaste... Pero lo impor-

tante es que bebas y así, borracho, descifres el cuaderno. El señor Villaranda está muy interesado en este experimento y los días pasan y cuestan dinero. No es que el señor Villaranda sea mezquino pero lleva ya muchos años de trabajo y...

(Me sirve otro ron.) (Yo le digo, tratando de que mi voz sea clara, pausada:)

—No, Marcos. Esto es absurdo. (Esa sonrisa, por Dios, Marcos, basta, no te burles de mí.) No logro adivinar lo que es, lo que quiere ser este experimento. (Tomo más ron. Respiro. Enciendo un cigarro. Me tiemblan las manos.) Además, tengo que ir a la Facultad. (Apago el cigarro. Un trago más de ron.) Y está Beatriz.

Marcos me mira ahora fijamente, serio: "¿Qué dices?"

—Beatriz, Beatriz. Está Beatriz.

El rostro de Marcos se desdobra, se multiplica. Intento caminar, pero no puedo. Tengo que permanecer sentado, clavado en este sillón.

—¿Quién te habló de ella, cuándo, en qué sitio?

—Enrique, anoche, en la Catedral.

—C'est donc vrai.

—¿Qué dices?

Marcos encendió otro cigarro, le pedí que me ofreciera uno y el cerillo me quemó los dedos.

Esperó un momento antes de responderme. Echó el humo por la nariz y por la boca, intentó hacer una especie de círculo pero se rompió. Se secó unas gotitas de sudor que aparecieron, de pronto, en su frente. Estaba terriblemente pálido. De un sorbo, terminó el vaso de ron. Su risa sonó falsa.

—Así es que Enrique, anoche, en la Catedral... Vaya, vaya, con que ésas tenemos, ¿eh?... Bueno, vamos por partes. No puedo contarte más acerca de lo que se propone el señor Villaranda simplemente porque no sé más. Puedes decir, si quieres, que es mi padre, aunque lo niegue o lo afirme según me convenga. No, no irás a la Facultad. No tienes nada que hacer ahí. Tu trabajo está aquí, aquí. Los

estudios en la Facultad sólo te reportarán un título, un pergamino, una constancia. El experimento, en cambio, te permitirá el conocimiento de Dios. ¿Me has oído? El-co-noci-mien-to-de-Dios, ¿eh? ¿Qué te parece? Ni más ni menos. Eso es, imbécil, lo que te ofrece el señor Villaranda, por eso y para eso estoy yo aquí, acompañándote. Eres el elegido. TÚ, imbécil, ¿me escuchas? No los otros: TÚ. (Silencio momentáneo. Marcos intentó otra sonrisa. Ahora, calmado:) Anda, toma otra copa. Tienes que estar borracho.

—Marcos... ¿y Beatriz?

—Luego hablaremos de eso. Mira: acabo de encontrar este disco. ¿Te gusta el *Orfeo* de Gluck? No me preguntes nada, voy a contestarte: Triumph sei Amor, und alles, was da lebet." Toma otro ron, emborráchate, así comprenderás mejor las cosas, ya te lo dije. Eso que acabo de cantarte corresponde al personaje que representa el Amor. Yo no soy el Amor.

Oscurece. Marcos enciende una lámpara. No lo veo bien. Está desdoblado, triplicado, múltiple.

—De modo que Enrique te ha hablado de Beatriz... Bueno, bueno. Y, además quieres que yo te cuente de ella... Bueno, bueno... Te confieso que nunca pensé que Enrique hiciera eso...

(La voz, su voz: cada vez más lejana. Llega a mis oídos como si Marcos se hubiera puesto un pañuelo en la boca. Parece que se golpea, leve, suavemente los labios, leve, suave, repetida y rítmicamente sus labios.)

—¿La conoceré? ¿La veré?

—Depende de Enrique. Nunca pensé que ese hijo de... Está jugando sucio. Debió haberme advertido, debió haberme consultado. ¿Qué es eso?

Mi mano lentamente había ido en busca de la fotografía de Beatriz. Se la muestro a Marcos.

Marcos me la arrebató. Ríe a carcajadas.

—Te propongo un juego, imbécil. Anda, a ver quién gana.

Apareció un alfiler en sus dedos y empezó a clavarlo en

los ojos que Beatriz debe haber tenido, en la boca oscurecida que esboza una triste sonrisa, en el claroscuro de aquella sonrisa, en la muerte que tuvo antes. Con furia el alfiler en la fotografía. Traté de detenerlo. No Marcos, no, es Beatriz, no puedes hacer eso. En los ojos, en la boca, en toda la cara, en el cabello. Una y otra y otra vez. El perro tigre, Beatriz. El retrato cae al suelo. Me inclino, tambaleante, sudoroso, y escondo la fotografía entre mis manos. Marcos se levanta, se acerca a mí vuelve a quitármela. Ahora, sin violencia, otra vez el alfiler en los ojos, en la boca, en toda la cara, en el cuello. Yo lo miraba, fascinado, comprobando que el rostro permanecía intacto.

—¿La conociste?

—No pienses en ella, no pienses en ella. Es una mentira de Enrique. Dame más ron. Toma tú también. Tengo que concentrarme. Tengo que romper los ojos, desfigurar la boca. Ya no existe, ya no existe. Quiero beber. Dame otro ron. Es inútil. No puedo.

Entonces, con el mismo alfiler, se arañó la palma de una mano, el brazo. Se quedó, de pronto, inmóvil, me miró me miró me miró. Escucho su risa, veo cómo se sacude todo su cuerpo. Luego, cierra los ojos, me extiende la fotografía (yo la tomo: Beatriz está intacta), se recuesta en un sillón y parece dormido.

—Estoy completamente borracho —dice.

(Mi voz. Casi no me escucho. Me he atrevido a decir en voz alta:)

—Estoy enamorado de ella, ¿comprendes? Así, de pronto. No sé que ha sucedido pero estoy enamorado de ella. Desde anoche. Sí, ya sé que es absurdo, pero estoy enamorado de ella. Es la primera vez que... Tengo que encontrarla, es preciso que yo... que le diga que... que la vea... que...

(Marcos: el nombre de Beatriz suena distinto en tus labios. Háblame de ella. Tu voz: de nuevo ronca. ¿Estás cansado?:)

—Enamorado... Imbécil. Un perfecto imbécil. Eso mis-

mo me dijo Enrique: "Estoy enamorado de ella." Hablaba como tú. ¿Cómo se atrevió? Es indigno, vergonzoso.

Enciende otro cigarro, me sirve más ron.

—¿La conoceré, la veré, podré decirle que...?

—Depende de Enrique.

Volvió a recostarse en el sillón y dijo (no recuerdo bien): "Mientras los niños crecen, tú, con todos los muertos poco a poco te acabas. ¿Conoces ese poema? No, ¿verdad? Está en el cuaderno." Luego dijo otras palabras confusas, repitió que estaba borracho, me preguntó dos veces si me gustaba el departamento, reía, tosía, trataba de levantarse, caía.

—Marcos...

—No me llamo así. Mi nombre es Enrique.

—Háblame de Beatriz.

El sol cae rotundo, claro. Pero es de noche. La lámpara está encendida. Acabo de hacer una pregunta que he olvidado. Marcos responde: "He aquí que las tinieblas cubrirán la tierra y los pueblos quedarán sumidos en la oscuridad; pero el Señor se alzarán sobre ti y los gentiles se acercarán a tus reyes y a tu esplendor."

Marcos me sirve otro vaso de ron. (Bebe. Para descifrar enigmas hay que estar borracho.) Sonríe. (No tengas miedo, tómame la mano —la derecha. Enrique te espera en la Catedral. Mi verdadero nombre es Enrique y no Marcos; el señor Villaranda puede ser mi padre —o no. Adriana, tu hermana, ha sido bautizada ahora con el nombre de Beatriz. ¿Cómo se atrevió Enrique a hablarte de ella? Es indigno, es indecente.) Se queda callado un momento y vuelve a preguntarme si me gusta este lugar.

—¿Quieres oír un disco? El catálogo es éste: Leporello recita la lista de mujeres que se enamoraron de Don Juan. Las mujeres engañadas. Todo es demasiado semejante; decimos las mismas cosas. Dentro de poco vas a preguntarme ¿ya se cambió de peinado, Beatriz? Eso le preocupó mucho a Enrique, no sé por qué. Estoy seguro de que vas a preguntarme si Beatriz cambió de peinado. Enamorado...

Eres un perfecto imbécil, eso es lo que eres. Te iba a proponer un trabalenguas, pero estoy completamente borracho. A ver si puedo: Duttiminfo, gravatocopio, innabayad. (Se rió.) No es un trabalenguas, imbécil. Simplemente, me gusta inventar palabras. ¿No te parece hermoso decirle a alguien gravatocopio y que el otro se quede pensando en lo que eso quiere decir? Gravatocopio es, según mi humilde opinión, Padre nuestro, Dios te Salve María, que estás en los cielos, llena eres de gracia. Y el gravatocopio resuena en el coro (hizo un ademán). Lo importante de la oración es el gravatocopio y lo importante del gravatocopio es la voz principal: una soprano. Como podrás imaginarte —si tienes imaginación—, Beatriz es la que canta mirando las velas del altar, el vacío de las naves. Ergo, Beatriz es el Gravatocopio, ahora con mayúscula. ¿Me entiendes? Así es que vamos a charlar. Nada de Beatriz. Muera Beatriz. Dicha desdicha pero podemos charlar de otras cosas. Del Gravatocopio, por ejemplo. Ahora que ya comprendes tienes que escribir ese nombre con mayúsculas, pronunciarlo con mayúsculas.

—Marcos: no me mires así, no te burles de mí. Me miras como si tuviera la cara sucia. No hables ya, no digas nada más. Afuera están los coches. Veo una larga hilera de cipreses. Una tumba negra con el nombre de mi tío. No consigo ver la tumba que un día será el lecho de Adriana. Estoy borracho, Marcos, y te confieso que me gusta sentirme así. Mira: aquí está la fotografía de Beatriz. No le ha pasado nada, no conseguiste destruirla. Sigue borrosa, amarillenta, vieja, pero está intacta. No hables más. Sólo dime una cosa: ¿conociste a Beatriz?

Hizo un gesto de fastidio.

—Déjame en paz. También estoy borracho y me siento muy bien. No me molestes. Estoy viendo cosas. ¿Te acuerdas de Graciela? Cada vez que quería besarla ella cerraba los ojos. Pero le ordenaba que viera mis labios, la obligaba la obligaba. Veo una montaña partida en dos. La pareja está separada. El rey y la reina se miran, desolados, inca-

paces de cruzar el abismo. Abajo, las olas se estrellan en las rocas. Pero él y ella se tienden la mano y consuman el coito. No es la primera vez que veo esto. Además, esto ya lo vieron otros. Pero el rey y la reina son siempre distintos. Espera, estoy viendo algo nuevo: ¿Quién es ahora el rey, quién la reina? Tú eres el rey y yo la reina. ¿O prefieres al revés? La mano derecha de él logra alcanzar la mano izquierda de ella. ¿O prefieres al revés? Estoy viéndonos en la cima de la montaña partida en dos y tú preguntas imbecilidades. ¿Qué te importa todo lo demás? El rey se vuelve y mira a la reina. Nos estamos mirando. Tú y yo. ¿O prefieres al revés? Estoy viéndonos en la cima de la montaña, preparando el acoplamiento único y perfecto y tú preguntas idioteces. "Quiero ver al señor Villaranda, no entiendo nada, no sé por qué se fueron los que compartían esa habitación conmigo, quiero saber por qué se llevaron los muebles, por qué me trajeron aquí, por qué no quieren que regrese a la Facultad." Eso dices, eso preguntas mientras que... Espera. Veo otra cosa: Ahora es Enrique. ¿El rey o la reina? ¿Quién es Enrique? ¿O al revés? Ya no veo nada. Las manos no lograron tocarse. Está bien. Eso está muy bien. Otro día será. Ya. Pregunta más idioteces. ¿No me engañas? ¿En verdad no comprendes nada? El señor Villaranda está en el sótano explorando los cadáveres. Beatriz está cantando, en estos momentos en la Catedral. ¿No me crees? Yo tampoco. Digo mentiras. Ya sabía todo. Había olvidado decirte que Enrique me pidió que te llevara a la Catedral para que conocieras a Beatriz, para que escucharas el Gravatocopio. El Gravatocopio ¿sabes? es un rito sagrado. Nadie puede librarse de su hechizo. Te produce una especie, ¿cómo te diría?, de vivir el instante perfecto, de sentirte cerca de Dios, como yo, ahora, borracho. Lo único que tienes que hacer es concentrarte, no lo olvides. Concentrarte. Entonces sentirás el placer máximo, el placer no inventado todavía: formar parte del Gravatocopio. Puedo adelantarte que ése es uno de los capítulos definitivos de los experimentos del señor Villaranda. No, no quiero más luz.

Me siento bien así, en la oscuridad. Te veo y te reconozco. Te pareces a Enrique. Todos hablamos de las mismas cosas y tenemos rostros idénticos. Ya le llegará su turno a Esteban. No pongas esa cara de sorpresa: los he visto. Dentro de poco tiempo, Esteban se llamará como tú, como Enrique, como yo. Ya no me fastidies: no quiero hablar de Beatriz. Podríamos matarnos en su nombre. Pero no vale la pena. Enrique contaba que, de niña, Beatriz era rubia. Acaso sea verdad pero en la fotografía es imposible distinguir el color de su cabello. Quiero charlar contigo. Hablemos de otras cosas. Mejor vamos a tomar otro ron y a reírnos un poco. Reírnos de ti, de mí, de Enrique, de Esteban. Ayer me encontré con Graciela y me contó lo que hizo contigo en la fiesta de Leonor. Pensé: ¿qué se cree esa estúpida para tutearme y andar del brazo conmigo por la calle? Atrás atrás, cinco o seis pasos atrás. Yo soy el rey y ella no está en la parte derecha de la montaña partida. Hermosa cosa es el amor, me dijo, un poco molesta. Hermosa cosa. Así que el nené está enamorado de Beatriz. Hermosa cosa. No se lo digas a nadie y así serás más feliz. Graciela se enamora de cualquier hombre, se lo comenta a todo el mundo a la menor provocación, cuando los demás hablan de otras cosas, y se siente, claro, infeliz. Sírveme otro ron. Mira, nené, tienes que aprender una cosa que te será de extrema utilidad en los experimentos del señor Villaranda: para que haya amor se necesita haber traición. Dime, ¿has traicionado a alguien?

—No, todo ha sucedido al revés. En una ocasión, cuando yo era niño, apareció, de pronto, un perro. No sé de dónde venía ni cómo se llamaba. Apareció, simplemente. Un hermoso perro, dócil, atento a mi menor signo, echado siempre a mis pies, durmiendo al lado de mi cama, vigilando mi sueño. Un día me mordió y lo maté.

—Otro ron.

—Y Adriana, mi hermana, el objeto de mi amor, dejó de jugar conmigo, huyó del jardín encantado, ya no pudo

ser hechizada. No me escribe, no me habla. Ya no la conozco.

—Otro ron.

—¿Por qué quieres que me emborrache? Nunca lo había hecho. No me siento bien. Estoy mareado. Estoy en un barco y las olas suben, bajan. En esa hermosa embarcación, tú escribes, Enrique escribe, Adriana escribe, Esteban escribe. La única palabra es "Beatriz". Anda, despierta. ¿Por qué quieres que me emborrache?

Marcos: "Acabo de escuchar una puerta que se cierra. Vamos a jugar a las cartas. Tercia de ases, dos pares, póker de reyes. Te gané. Siempre te ganaré, pero un día tú serás el vencedor con otros jugadores. Esteban perderá. No pongas esa cara de idiota. Ya sé quién es Esteban y, sobre todo, lo que va a sucederle. Así pasó conmigo, con Enrique y ahora contigo. Gánale a Esteban. Trampas, sobre todo aprende todas las trampas posibles. Sólo gana el que juega sucio. Mira: esta tercia de ases no existe. Repartí la baraja de modo que tú salieras perdiendo. Tienes que aprender a colocar las cartas de tal manera que no pierdas nunca. Otro ron."

Yo: "Marcos, háblame de Beatriz. Necesito saber todo de ella."

Marcos: "Es muy fácil. Vamos a la Catedral. Ella cantará en el coro y Enrique la escuchará. Es tarde. Estoy borracho. Ayúdame. Enciende la luz porque ahora sí tengo miedo de la oscuridad."

Yo: "Por última vez, Marcos, ¿qué significa esto, por qué estoy aquí?"

Marcos: "Porque eres el perfecto imbécil que se necesita para estos experimentos. (Me miró, como advirtiéndome algo importante:) Sólo los imbéciles se prestan a estas investigaciones. Anda, imbécil, vamos a la Catedral. No preguntes más cosas y, sobre todo, no comentes los experimentos del señor Villaranda. Son un secreto." (Me dijo, murmurando, al oído:) "Además, ya no puedes retroceder. Estás marcado."

Busqué el apagador, la mejor manera de cerrar las ventanas.

Marcos: "No te preocupes por eso. Una persona está encargada de hacer estas tareas. ¿Me sirves un último ron?"

Yo: "No quiero beber más."

Marcos: "Tienes que hacerlo. Es indispensable. Recuperas los años de olvido. Así me sucedió. Mi experiencia personal es infinita. Ya es tarde, vámonos. Concéntrate. Escucharás a Beatriz. Acaso no la veas, pero conocerás su voz. Eso es el principio. ¿No sientes una especie de inmovilidad? Vámonos, pronto amanecerá."

Yo: "Estoy borracho, Marcos."

Marcos: "Me alegro. (Se levantó y me mordió un puño. Luego me arañó un brazo con el alfiler.) 'Pacto', dijo, 'hagamos un pacto'. Somos los tres mosqueteros. Primera condición: vivir con Beatriz. Segunda: te propongo cambiar nuestros nombres: yo me llamo Enrique, Enrique se llama Marcos y tú serás nombrado como Enrique-Marcos o, si lo prefieres, pero todavía no es tiempo que lo hagas, como Esteban. Ya no quiero escuchar este disco porque cantan mentiras. Madamina, il catalogo e questo. Mentiras, mentiras. Las mujeres no pueden ser objeto de engaño. Ellas son las que mienten."

—Mi padre engañó a mi madre. Fue él y no ella quien dijo mentiras.

—Trampas, hay que aprender a jugar sucio. Ya ves: toda la tarde te he dicho mentiras, te he jugado sucio. Ya sabía que Enrique te había hablado de Beatriz. Es más: vi cuando te entregó el retrato. Me suplicó que te llevara a la Catedral esta noche. Ahora pregunta: ¿me crees, te digo mentiras? Te jugué sucio, es todo. Además, tienes que saber una cosa: Beatriz te traiciona en este momento. Pregunta: ¿qué quieres decir con eso? ¿que está enamorada de mí? Apuesta y lo sabrás. Es tarde, vámonos.

Nuestros pasos resonaron por las naves vacías. Enrique

estaba ahí, con las manos cruzadas, en un reclinatorio. Me acerqué y Marcos se hincó atrás.

—Sabía que vendrías —dijo Enrique tomándome una mano.

Marcos gritó en el silencio de las naves: "El Gravato-copio, concéntrate, escucha."

Enrique, apretando mi mano:

—No le hagas caso, no lo escuches. Está jugando sucio contigo. Se está burlando de ti.

Yo: "Sale el sol. Todo está lleno de luz. La Catedral ha desaparecido. Se mueve una figura clara."

Marcos: "No es Beatriz. Ella nunca ha cantado aquí."

Yo (a Enrique): "¿Por qué no está aquí?"

Enrique (a mí): "No pudo venir, sus padres se lo prohibieron. Pero quiere verte, conocerte, hablar contigo."

Marcos (sonríe).

La Catedral está desierta.

Yo (recitando un párrafo que leí en el cuaderno del señor Villaranda. No me asombra escuchar mi voz, repitiéndolo): "En noches de luna arden los ojos de los gatos, que bufan y maúllan en tormentos de amor, sobre los tejados bañados de plata." (Veo a Enrique, con las manos cruzadas, hincado.) "¿Dónde está Beatriz?"

Enrique: "Enferma, sus padres le prohibieron que viniera. Hablan de una enfermedad indigna, pero todas lo son, ¿no crees?"

Yo: "¿Enferma? Quiero verla, necesito verla."

Enrique: "Mañana estará curada. La verás."

Marcos (a mí): "Escucha con atención el Gravato-copio. Concéntrate. Olvida los recuerdos. Todo tiempo es presente y esa voz es la de Beatriz. Sanctus, Sanctus Dominus Deus. Pleni sunt coeli et terra gloria tua. Hosanna in excelsis. Benedictus qui venit in nomine Domini. Hosanna in excelsis. Agnus Dei, qui tollis peccata mundi: dona nobis pacem. Es la voz de Beatriz."

Yo: "¿Dónde está Beatriz?"

Enrique: "Enferma, siempre está enferma. Se fue a

vivir con su hermana mayor. Tose mucho, ¿sabes? Los médicos dicen que se trata de una enfermedad indigna, pero yo pienso lo contrario. Digno, indigno, no comprendo la diferencia. La enfermedad es real y eterna, eso es todo. Así, que mañana gozará de salud."

Yo: "¿Es ella la que canta?"

Marcos: "Es el instante perfecto. Es el Gravatócopio."

Yo: "Estoy enamorado de Beatriz."

Enrique: "Ella quiere conocerte. Cuando subía al carruaje que la llevaría a casa de su hermana mayor me pidió, me suplicó que hiciera todo lo posible para que tú la buscaras. Tienes que buscarla. Tienes que encontrarla."

Yo: "¿Dónde está?"

Enrique: "Ignoro su dirección, pero si la supiera no podría decírtela. Tienes que encontrarla tú solo."

Marcos se acerca a los reclinatorios.

—Háblame de Beatriz —dice, con una voz extraña. No sé si se dirige a Enrique o a mí.

Enrique: "Está enferma, siempre está enferma."

Marcos: "¿Por qué hiciste eso? Esa fotografía no debe, no puede estar en otras manos que no sean las de ella. Profanación. Mentiste al decir los nombres: el tuyo no es el verdadero, no corresponde al bautismo. Dile la verdad de Beatriz y, sobre todo, dile que nunca se ha llamado así. Su verdadero nombre es Rosalinda y tuvo que abandonar la casa porque está enferma."

Yo: "Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem, factorem coeli et terræ, visibilium et invisibilium. Credo in unum Deum."

Lo que debe ser la voz de Beatriz inunda las naves vacías de la Catedral. Se desploma el altar mayor y los ángeles sonrientes descienden gozosos, desprovistos de su obligado sitio.

Yo: "¿Rosalinda? Anoche he soñado ese nombre y hoy lo he inventado. ¿Dónde está Beatriz?"

Enrique: "Quiere conocerte, le he hablado mucho de

ti. Pero está enferma. Me ha dicho que te espera mañana en la puerta del cine Chapultepec. Yo estaré ahí."

Marcos: "No es necesario. Beatriz y él se reconocerán enseguida."

Enrique: "No. Tengo que estar yo también."

Marcos: "En ese caso... Yo estaré también."

Yo: "Mañana, mañana. Es mucho tiempo mañana. No puedo vivir más sin ella."

Marcos (a Enrique): "Es indigno, es innoble. No puedes hacer esto ¿Qué te propones?"

Enrique enlaza sus manos con las mías. Sonríe. "Nada, estoy pensando. Se me ocurre que podríamos destruir, incendiar este lugar. Pero no tiene importancia." (A mí): "¿No puedes vivir ya sin ella?" "No puedo, no puedo." Es todo lo que tengo que decirle. (A Marcos): "¿Qué piensas de mí?" (Marcos): "Que eres indigno." (Enrique-Marcos a mí): "¿Te gusta el juego?" (Enrique a Marcos): "Creo que es todo por hoy." (Marcos, a Enrique): "Un poco más. Algo más, aunque sea pequeño. Todavía no tengo sueño." (Enrique a Marcos): "Él tiene que irse ahora. Tú y yo podemos jugar más tarde."

Salí corriendo, tambaleándome. Afuera, la noche podría parecer incrédula. Resonaban en mis oídos las risas de Enrique y Marcos, sus últimas palabras. ¿Te gusta el juego? Más aprisa, hasta llegar a mi nueva casa. Y la voz de Beatriz: Sanctus, Sanctus.

La puerta estaba abierta y en la oscuridad se adivinaba la figura de un hombre que se balanceaba en un sillón, fumando un puro.

—Joven amigo —me llama con voz ronca.

—¿Quién es usted, qué hace usted aquí?

El viejo se acomodó el aparato para la sordera y siguió balanceándose.

—Repita la pregunta, si es tan amable. Como puede usted advertir fácilmente, no estoy bien del oído. Quiero

decir que estoy un poco sordo, por si usted no ha comprendido.

—¿El señor Villaranda?

Encendí la luz. El viejo se cubrió los ojos y echó una bocanada de humo. Volvió a acomodarse el aparato para la sordera.

—¿Qué dice usted?

—¿El señor Villaranda?

El viejo empezó a toser, a reírse.

—Qué pregunta . . . (Chasqueó los dedos.) Tráeme coñac. El señor Villaranda te ha surtido espléndidamente. Licores finos y baratos para todos los gustos. Yo prefiero los baratos pero siempre consumo los finos.

Como un autómatas fui al armario. Había de todo. Serví dos copas, me tomé una, me serví rápidamente otra. El viejo saboreó el coñac. Me miró. Luego, mordió el puro y lo mojó con el licor.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro —mi voz sonaba distinta, débil, como la de un niño miedoso.

—¿Puedo saber de dónde vienes ahora?

—De la Catedral.

El viejo saboreó el coñac. Carraspeó.

—Supongo que estarás ansioso por saber el motivo de mi visita, ¿no? Pues bien, amigo mío. Como puedes haber notado, tengo llave de la casa. Tengo cosas que ver contigo, así que debo hacerte unas preguntas. ¿Cuánto quieres?

Lo miré extrañado, esbozando una sonrisa. Sigo sin comprender. Me ahogo, abro la ventana, tengo necesidad de beber más coñac. El viejo se ríe. Detrás de la luz amarillenta, descubro que le faltan algunos dientes.

—Eso, mi joven amigo, beba, emborráchese. Hay que gozar de la vida. Además, el licor es indispensable para el tratamiento.

Dios de Dios: no sé qué decirle. Debo responder con

otra cosa. Tartamudeo. El viejo abre el cuaderno del señor Villaranda.

—El libro sustituyó a la palabra. Así que tienes que descifrar, que traducir. No destruir las palabras que aquí están escritas, sino devolverlas a su origen, hablarlas. Perfecto. De eso se trata. ¿Cuánto vales?

—No sé qué quiere usted decir con eso.

El viejo dio un puñetazo en el sillón.

—Imbécil. No me gusta la gente así. Estoy acostumbrado a hablar claro y directo, sin rodeos. Te he preguntado cuánto cuestas. Estamos hablando de negocios.

¿Qué es esto? ¿De qué se trata? El viejo se calma y me sirve otra copa de coñac. Me mira, sonriente.

—¿Verdad que esto cae bien? Uno empieza por tomar un trago, así porque sí, y luego se vuelve una necesidad. No se puede vivir ya sin estar borracho, sin tomar por lo menos media botella. Mira, afuera está lloviendo y la lluvia se mantiene. (Se acomodó el aparato para la sordera.) Por última vez, ¿cuánto cuestas?

—No sé a qué se refiere. Tengo miedo. Le confieso que tengo miedo. ¿Quién es usted, quién le dio la llave de mi casa?

Tosió.

—Joven amigo: estamos en el segundo sótano. No has hecho nada por descifrar el cuaderno del señor Villaranda. El imbécil de Marcos trató de romper, de profanar, de destruir el retrato de Beatriz y él sabe perfectamente que no puede hacerlo. Sólo tú. Por eso estoy aquí. Por eso te propongo el negocio. ¿Cuánto vales, cuánto cuestas, cuánto quieres? Ése es el negocio. Vengo a proponerte el doble, lo que quieras. ¿Qué tienes que hacer? Lo mismo, simplemente. Descifrar el cuaderno. Sólo que ya no trabajarás para el señor Villaranda sino para mí. Tengo que saber todo lo que está oculto en ese cuaderno. ¿Entendido? ¿Está claro?

Tronó los dedos y entraron cuatro hombres.

—¿Qué significa esto? (Tengo miedo, tengo miedo. Quisiera gritar, pedir auxilio, pero no puedo. Beatriz, Beatriz.

Enrique, auxilio. Marcos, auxilio. Pero no puedo hablar.)

El viejo se acomodó el aparato para la sordera:

—Si no me equivoco has preguntado qué significa esto. Ya lo verás.

Se dirigió a los otros con una seña. Quiero verlos, comprobar si los conozco, qué edad, qué apariencia tienen, cómo están vestidos. No puedo. Uno de ellos me pega en la boca, otro en la nariz, el tercero me da una patada en una costilla. El último observa, complaciente. El viejo ríe.

Beatriz: ¿dónde estás ahora? Rosalinda: ¿por qué se fue usted de la casa? Madre: sal de tu tumba de virgen y ayúdame. Adriana: ¿te casaste, me abandonaste?

—Las gotas.

Entre los cuatro me sostuvieron. No pude defenderme. Sentía sus manos sudorosas apretarme los brazos, las piernas, la cara. Un líquido amargo penetra por la nariz. Conozco a una muchacha que llora con los libros de novelas románticas. Veo una nube y la muchacha que llora. Veo un gato y la muchacha lo ahorca. Escucho la risa del viejo desdentado. Su aliento fétido penetra con las gotas. Siento una fiebre pálida en las mejillas. Oigo la dulce, inexistente voz que canta en la Catedral. Los que deben ser negros y hermosos cabellos de Beatriz se agitan en el viento, bajo la lluvia. El viejo dice: "Estamos en el segundo sótano." Un eterno silencio. Otra vez el viejo: "Ahora vamos con Beatriz. No podemos perder más tiempo."

Me duele el tórax, los ojos. Los cuatro hombres me miran y preguntan al viejo si deben pegarme más, darme más gotas.

—Emborráchate —grita.

El licor resbala por mis labios. Sí, es cierto. Es como una necesidad y tomo el coñac ávidamente, rechazando su ayuda, su orden. Adriana, Beatriz, Marcos, Enrique: ésta es una inacabable vergüenza. Recuerdo que era un niño que jugaba al héroe desencantando a esa princesa que es (que fue) mi hermana. He recibido mensajes de amigos en

los que mis hermanos preguntan dónde estoy, qué sucede conmigo. Una inacabable vergüenza.

—Más gotas, más coñac —aúlla el viejo (la risa, esa risa).

Los cuatro vuelven a sujetarme e introducen el líquido por la nariz. Luego, me dan más coñac.

—¿Te gusta? —dice el viejo con su voz ronca. Así se empieza. Ahora tienes que terminar con Beatriz. Marcos no pudo hacer nada porque no tenía raticida en las manos. Y Beatriz es un ratón. Tú —y se dirigió a uno de los tipos— moja el alfiler en el raticida y haz que proceda.

Beatriz: viéndote todo es duradero. Mi sed es duradera, casi tanto como el anhelo de mirarte siempre y de esta manera transcurrir por todas las edades. Cierro los párpados y te retengo. Así, consigo que me mires. Inclino la cabeza y ese simple movimiento es como penetrar en ti y conocerte. Estás viva. He escuchado tu voz en la Catedral: tiene que ser tuya: "Qui tollit peccata mundi"; y luego entonaste otra más dulce canción y vi tu cabellera, perfumada, sedosa, descendiendo sobre mi vientre, contra la espalda, entre mis manos.

Uno de los tipos me pega en la cara: "Apúrate, estamos perdiendo tiempo y tenemos que cumplir con otros trabajos pendientes."

Tomo el alfiler y atravieso con fuerza, gritando, dando alaridos —mientras el viejo y los otros ríen, aplauden— el sitio donde debieran estar tus ojos. Y la boca. Toda tú, Beatriz. Te desgarró con un odio que no conocía, con una fuerza insospechada en mí. Ahora todo se mezcla y se confunde. No soy tú, como hubiera querido ser. Resisto la tentación de quemarte, de devolverte el ardor. Acabo de descubrir que ese rostro arrugado y amarillento, ese rostro que puede ser el mío porque se me parece, que puede ser también el de la vieja Villaranda que coleccionaba gatos y luego los ahorcaba, que puede ser el de Enrique, el de Marcos, el de Esteban y, sobre todo, el de la señora reina Rosalinda, sonrío, un poco triste, como si ya supiera

que no puedo ser feliz, que se ha roto —yo, yo lo hice, Marcos no pudo— el perfecto equilibrio del mundo. Te veo: irreconocible, como esas fotografías viejas que se decoloran y de las que no queda nada. En la pared, en el espejo, fija, eterna. Te contemplo, temblando, porque voy a conocerte —y eso no lo saben el viejo, los otros— suponiendo ya —porque he escuchado— el tono de tu voz, adivinando la manera que tienes de sonreír, de mirar, de corresponder a mis caricias.

Iba a quemar tu retrato —así me lo ordenaron— pero el cerillo se ha pegado a mis dedos.

El viejo ríe a carcajadas: "Por la ventana, rápido. El retrato por la ventana."

Yo: "No, eso no."

El olor sigue penetrando por la nariz. Uno de los tipos vuelve a pegarme. "Para que aprendas", dice. "Que tu ignorado pie siga pisando el suelo", suplico a Beatriz, "pisando el suelo, siempre", sin saber lo que digo.

—Se llama Rosalinda —grita el viejo. Y toma otra copa de coñac.

Me duelen la nariz, los pómulos, los labios y, sobre todo, el tórax, las costillas. Tomo otro coñac ("¿Verdad que es necesario?" dice el viejo). "Se acabaron las gotas." Dicha desdicha. No he escrito a mis hermanos. Deben, seguramente, estar preocupados. Hubo una vez un niño que se encerraba en su cuarto, que inventaba funciones de títeres mientras sus hermanos se aburrían y sólo Ella, la ya innombrable hermana, daba muestras de entusiasmo, reía, lloraba, aplaudía. Hubo una vez un niño que jugaba en el jardín-selva, en el mar embravecido. Ahora me obligan a tomar licores caros, licores baratos (y me gusta saborearlos, terminarlos, sentir su llamada imperiosa, saciarla). No voy a la escuela. Acabo de destruir el retrato de Beatriz. Aúllo de dolor, me arrastro, trato de llegar al sillón, a mi cama, trato de tocar algo sólido, fuerte, seguro. El viejo da órdenes de salir y los cuatro tipos empiezan a

destruir libros, papeles. Sólo queda intacto el cuaderno del señor Villaranda.

—Trato hecho. Trabajarás para mí. Necesito rápidamente esos datos. Tendrás un cheque y tú indicarás la cantidad. La que quieras.

Llego, al fin, hasta mi cama. Quiero soñar en el mar, en Adriana diciéndome: "Soy más morena que tú", en la señora reina Rosalinda. En Beatriz, en Beatriz: tengo que verte, que conocerte mañana, que preguntarte: "Ésa era tu voz?" Me persigno. ¿Qué he hecho, qué me ha pasado? Se han ido. Escucho, vagamente, que el viejo me dice al oído: "Para que aprendas." Quiero soñar que estoy en mi casa, en Veracruz, y que todos se ocupan de mí. "¿Qué tienes, qué te pasó?" "No lo sé." Voy a dormir y sueño que todo esto es mentira, una horrible pesadilla.

Beatriz: voy a verte mañana. Me duele la cara, el tórax, los dedos. Hay una nube de muerte. Maté a un perro. Pero eso pasó hace ya mucho tiempo. Iré mañana al cine, no voy más a clases. Estoy borracho. Quiero dormir y pensar en ti, Beatriz. La camisa está llena de sangre. ¿Cuánto cuesta, cuánto valgo? Sueño que inicio una carta dirigida a un desconocido: "Estoy liquidado, ayúdeme." Ya no veo nada. Toco el retrato de Beatriz. Estoy soñando, pero el dolor me impide dormir. Tengo que escaparme. Pero no puedo irme sin haberte conocido.

La ciudad apareció de pronto. Grandes murallas. El ejército avanza y relinchan los briosos corceles. De los agujeros de las torres emergen los cañones. La luna se ha ocultado y se confunden los soldados: disparan sin saber quién es quién. Un caballero atraviesa con una lanza un cuerpo sin armadura: "Soy yo, Enrique, me has herido." "¿Cuál es tu nombre?", pregunta el otro. "Marcos, mi nombre es Marcos. Así fui bautizado, así me has llamado también inventando un nombre que podría no ser el mío, el verdadero, el heredado de padre y abuelo. Tu lanza está clavada en mi vientre. Duele. Quítala de aquí, me hace daño. Estoy herido, me estás matando." Enrique mon-

ta nuevamente en su caballo y Marcos se arrastra, aullando, pidiendo auxilio. La arena se pega en sus ojos, en sus labios, en la herida que sangra. Retumba otro cañonazo y cae un caballo que arrastra a otro jinete. "Esteban, Esteban", grito. Pero estoy inmobilizado y no puedo hacer nada para socorrerlo. El caballo herido levanta las patas, corre y Esteban lo sigue, arrastrado, los pies fijos en los estribos. Yo estoy sujeto a unas cadenas. Un perro tigre avanza, me olfatea, ladra. Luego, baja la cabeza —el cráneo está roto y no cesa de sangrar. Me mira lastimosamente, como pidiéndome perdón. El ejército de caballeros armados ha conseguido llegar a las murallas que se desploman. No queda nada: humo, arena, un perro tigre con el cráneo roto que me lame las manos encadenadas.

El mar está arriba, el cielo abajo. Un mar embravecido de olas gigantescas. El cielo es la oscuridad absoluta.

Soy, de nuevo, un niño. Un ejemplo de niño —decía mi madre levemente orgullosa. En su cuarto tiene un altar donde celebra misas. Lo he estado espiando: viste un ropaje extraño y el altar, con velas que despiden luz amarillo-rojiza, tiembla ligeramente. No sé por qué ha puesto un velo azul que esconde unas figuras fabricadas por él. Una vez levanté el velo y pude verlas: eran unos ángeles multicolores, sonrientes, de barro. Aprendió palabras en latín: *Gloria in excelsis Deo. Et in terra pax hominibus bonae voluntatis. Laudamus te, benedicimus te, adoramus te, glorificamus te.* Y elevaba la hostia con los ojos cerrados y luego la deglutía, sonriendo, como si estuviera en éxtasis. También tenía un teatro de títeres e inventaba dramas y comedias. Sólo Adriana lloraba, reía, aplaudía, lo abrazaba. Los otros niños se aburrían. Voy a ser un gran hombre, me decía, orgulloso, un gran abogado. Todos los compañeros de clase sentirán envidia de mí y cuando tenga un lujoso despacho dirán, cuando se les presente un caso difícil: "Consulten a ese abogado; es el único que puede resolver su problema." Cuando supo que mi esposo tenía una amante, una sucia puta, no me dijo nada: sólo me besó

y lloró entre mis brazos. Casi no hablábamos: nos entendíamos con signos, con miradas, con sonrisas. Hoy estoy muerta y me han enterrado en una tumba blanca, con un angelito en la cabecera, como si fuera una niña, una virgen. Cuando oigo que alguien viene y pronuncia mi nombre después de dejar unas flores que se marchitan enseguida o que alguien roba para ofrecérselas a otro muerto, pienso en lo que será mi hijo porque tengo miedo por él. Además, nunca me ha visitado.

La barca camina despacio aunque los remeros negros se esfuerzan y sudan. Sin embargo, la ciudad está lejos, con las murallas derruidas. Apenas se alcanza a ver la orilla. El río es ancho, como un mar tranquilo. Otra vez la luna se ha ocultado y apenas pueden distinguirse los torsos desnudos de los negros. Yo estoy sentado en la proa y espero, paciente, silencioso. Sólo se escucha el ruido del agua cuando los remos entran y salen, suben y bajan. De pronto el capitán me avisa que los negros están extenuados. Toma uno de los remos y me da otro. Aprisa, más aprisa, ¿no ves que nos persiguen? La noche los favorece. Tienes que hacerme caso. Aprisa, más aprisa. Nos observan con unos catalejos porque la luna está en su favor, se lo han ordenado y ella los obedece. Me quita el remo y pone en mis manos una pistola. "Mata, mata." Disparo. La barca que nos persigue desaparece, hundida en el río tranquilo que parece mar. Vuelvo a tomar el remo y alcanzamos la orilla, la otra ciudad, la capital.

Uno dos tres cuatro cinco ¿cinco meses o cinco años? la Catedral se derrumba estrepitosamente como las murallas de la ciudad en que nací y en la que murieron Enrique Marcos y Esteban en la que permanecí único superviviente encadenado en la boca de un cañón que disparaba sin que nadie lo cargara de pólvora.

Me despierto sobresaltado. Alguien me ha tocado. "No me gusta que me toquen." Es Enrique que me mira sorprendido.

—¿Qué te pasó? Beatriz y yo estuvimos esperándote

varias horas en la puerta del cine. No llegaste y nosotros no entramos. "¿Qué pasa con él?", preguntaba a cada momento. "No sé, no me lo explico. Quedó en venir aquí. Y mientras esperábamos, yo inquieto y ella comiendo dulces, insistió en que le hablara de ti. Es mi mejor amigo, le dije, el mejor de los estudiantes. Además, está encargado de descifrar el cuaderno del señor Villaranda; él es el único que puede hacerlo." No dejó de mostrar su asombro e insistió todavía más en conocerte. (Sonrió.) Posiblemente esté enamorada de ti.

Enrique, ¿estás mintiendo otra vez? Todos dicen que mientes. Marcos lo asegura. ¿Qué pasa, Enrique, qué están tratando de hacer conmigo? Explicame, no comprendo nada. Yo, yo era un niño... Enrique...

—Enrique: anoche llegaron unos tipos con un señor gordo, viejo, desdentado. Me hicieron que tomara, me emborrachara, me pusieron unas gotas en la nariz. No sé qué cosa era. Me pegaron. Me obligaron a horadar el retrato de Beatriz con un alfiler. Dijeron que era un ratón y lo llenaron de un líquido que olía a un ácido muy penetrante. Luego, arrojaron mis libros al suelo, rompieron un vidrio. Mira, Enrique, mira el retrato de Beatriz lleno de perforaciones de alfiler. Mira mi cara, toca las costillas: estoy seguro de que están rotas porque casi no puedo respirar. Mira los libros en el suelo, el vidrio. ¿Quién era ese hombre, Enrique, quiénes eran los tipos que me golpearon?

Enrique me miró, asombrado.

—Estás delirando. El retrato de Beatriz está intacto. No tienes huella alguna de golpes en la cara. (Me palpó el tórax.) ¿Te duele?

No sentí nada.

Enrique pasó a la estancia. "Todo está en orden", gritó. "No hay un solo vidrio roto."

Me levanté haciendo un gran esfuerzo. Respirar era un dolor intolerable.

—¿Cómo entraste, Enrique?

Regresó a mi habitación y me observó como si no com-

prendiera la pregunta. Al fin dijo, con una voz que ya se me había olvidado, aquella que tenía cuando era el rey de la Facultad y estaba rodeado de vasallos, aquella que me dijo —o que inventé: "No sé lo que hago. Quiero ser tu amigo. Ando solo entre demasiados amores":

—Me parece una pregunta inútil. Entré con mi llave. Todos tenemos llave de esta casa porque tenemos derecho a entrar en ella. Nos pertenece. Somos sus dueños.

Sentí cómo se humedecían mis mejillas. El llanto silencioso se convirtió en sollozos. Enrique, de pie, al lado de mi cama seguía observándome.

"Cálmate", dijo, y me tocó en un hombro. No me gusta que me toquen ya te lo he dicho, me hubiera gustado repetírtelo, rechazándote. Pero me duelen los labios.

—Has tenido un mal sueño, una horrible pesadilla. No pasó nada. No te preocupes. Lo único que debe interesarte es que Beatriz está intacta y desea verte. (Cambió el tono de su voz.) ¿Quieres que te cuente de Beatriz?

Hice un esfuerzo para decirle que sí. ¿Qué otra cosa me puede importar más que Beatriz? Un millón de veces se lo hubiera rogado. Me sentí tranquilo sabiendo, comprobando que el retrato de Beatriz estaba inalterado.

Se sentó en la cama: "Beatriz —dijo (y su voz era lenta, dulce)— es la mujer más hermosa que puedas conocer en tu vida. Sus cabellos rubios flotan en el viento. Su voz es armoniosa. Sus manos suaves: al tocarlas parece que palpas el aire. Es una niña, así que no puedo calcular cuántos años tiene. Cuando camina, sus pequeños pechos saltan, como si nada los sujetara. Saltan, sueltos, asomándose apenas por el escote. Le gusta vestirse de verde porque dice que así está como llena de hierbas. Hace tiempo que la conozco y siempre tiene la misma edad. Sin embargo, se enferma con frecuencia; al menos eso dice ella sin especificar de qué sufre. De repente, cuando caminamos juntos, se detiene y hace una reverencia: 'Me gusto porque soy bella', dice, sonriendo, después de mirarse en un espejo o en un escaparate. Pero lo que más debe inte-

resarte es que constantemente pregunta por ti, se inquieta por ti, desde el primer día que le dije: 'No sé lo que hago. Tengo un amigo. Ando solo entre demasiados amores.' Y ella respondió sonriendo: 'Necesito conocerlo. Debe ser el Ángel de la Muerte'."

Me levanto torpemente, corro al baño. Siento cómo resbala el chorro de agua fría por mi cara. Balbuceo unas palabras. Escucho a Enrique que continúa su relato:

—Efectivamente, creo que padece de una enfermedad que no han podido diagnosticar. Me ha dicho que en su familia se hereda un destino extraño. ¿Ya te dije que le gusta vestirse de verde porque así parece que está habitada por hojas? Me ha confesado que sus padres son las raíces, sus hermanos las ramas y ella el esplendor de las hojas verdes. Supongo que se interesa por ti porque te llamó el Ángel de la Muerte —le pregunté por qué decía eso y sonrió haciéndome comprender que yo no entendía nada. 'Porque me puede salvar de la vida', dijo entonces. ¿Comprendes eso? Te repito que quiere, que desea, que necesita verte. Pero sólo podrás conocerla en la noche. Como tú, duerme todo el día.

Deja de caer el agua y vuelvo a acostarme. Insisto:

—Enrique: mira los golpes, siente la costilla rota. Me duele todo el cuerpo. Me golpearon. ¿Quiénes eran esos tipos?

Ha vuelto a tocarme. Me estrecha las manos. Lo veo estremecerse:

—¿No querías que te hablara de Beatriz? Pues bien: dentro de un momento estaremos en el café Viena. Vístete, te esperamos. Ella estará allí.

Veó mi camisa manchada de sangre:

—Estoy vestido, Enrique, estoy lleno de sangre.

Quiere decirme algo —acaso la verdad— pero se limita a arreglarse el nudo de la corbata, a alisarse el cabello, a comprobar que los pliegues del pantalón están firmemente delineados.

—No tienes la camisa manchada de sangre. No tienes

sangre. Además estás desnudo. —Consultó el reloj—: Tengo que irme, dijo. Debe estar esperando. (Buscó entre los bolsillos de su saco:) Mira, te ha escrito algo.

Tomé rápidamente el papel, arrugado, amarillento. En letra pequeñísima, alcancé a leer: "Ángel de la Muerte, sálvame de la vida." "Hoy estuve en la tumba de tu madre, llorando. Espera el momento de tu crucifixión. Estaba tranquila porque la convencí de que ibas a salvarme. Es tiempo ya de que prepares mi asesinato." Rompí el papel: la caligrafía era la misma de la señora Rosalinda.

—Enrique: ¿qué es esto, qué significa esto, estoy despierto, estoy soñando, cómo sucedió todo esto, quién es Beatriz?

Me levanté con esfuerzo, a pesar del dolor en el tórax. Sacudí violentamente a Enrique que no hizo nada por defenderse. Esbozó una sonrisa, luego me retiró bruscamente y volví a caer en la cama. Se inició un acceso de tos. Enrique se levantó y me trajo una copa de coñac.

—Bebe, te lo ordeno.

—Enrique: ¿de qué se trata, por qué quieren emborracharme todo el tiempo?

Enrique retiró la copa vacía de mis manos y la colocó sobre la mesita de noche.

—¿Sabes que Marcos es ahora el primero de la clase? Le acaban de otorgar un diploma por su aplicación y buena conducta. Algunos maestros le han ofrecido ya ventajosos trabajos y lo recomiendan para casos difíciles. ¿Te acuerdas de mí rodeado de los que llamabas mis vasallos? Ahora me cuento entre ellos.

Volvió a arreglarse el nudo de la corbata, a alisarse los cabellos. Consultó el reloj.

—¿Es de día, Enrique?

—No, siempre es de noche.

Buscó otra vez entre los bolsillos de su saco.

—Este mensaje lo escribió Beatriz el día que cantaba en la Catedral. Léelo. Te concierne.

—Tengo miedo.

—Es de ella, para ti, ¿por qué vas a tener miedo?

—No entiendo qué pasa, necesito que me lo expliques.

Enrique sonrió. Me palpó el hombro. No me toques, no me gusta que me toquen. Además me duele.

El papel temblando entre mis manos. "No puedo —le dije— no debo. Apenas comprendo lo que dice. La letra es muy pequeña y me duelen los ojos. Por favor."

Enrique tomó la hoja. Su voz era un espantoso sonido. Me recosté sobre los almohadones pero me sentía incómodo y me costaba trabajo respirar. Enrique leyó:

"Tú, cuyo nombre ignoro, has pasado a ser el Fundador. Ya no lo son Marcos ni Enrique. Es tu turno. Tú eres el Fundador y yo la que tengo que estar presente porque sin mí no podrás llevar a cabo tu tarea. Lo que hagas, lo haré yo, porque somos los mismos. De la misma manera que Enrique es Marcos y al revés. Búscame esta noche, a la salida de la Catedral o mañana u otro día, en el sitio que Enrique te señale. Búscame todas las noches y si quieres no me llames Beatriz sino Rosalinda o con el hermoso nombre de tu madre virgen: Aurora. ¿Recuerdas mi cántico en la Catedral? Sanctus, Sanctus. Pero voy a dedicarte otra, más dulce, cuando llegue el día fijado."

¿Estoy soñando de nuevo, he conseguido dormirme? Enciendo un cigarro y esta vez el cerillo no se pega a mis dedos. Nada me quema. Cierro los ojos. De pronto, las manos de Enrique aprietan mi cuello. Me ahogo, me ahogo. Trato de defenderme, de quitar esas manos que me aprietan fuerte, más fuerte. Grito. Toso. Al fin, Enrique me suelta y empieza a reírse a carcajadas.

—Fue sólo un juego.

No puedo responderle.

—¿Sabes por qué lo hice? Porque necesitas obedecer a un orden: cuando te mire tienes que bajar los párpados y cerrar completamente los ojos. (Creo que consultó de nuevo el reloj.) Tengo que irme. Beatriz debe estar esperándome, esperándote a ti sobre todo. No dejes de ir. Por

cierto, en el mensaje que te escribió hay unas palabras que no quise leerte: "Fundador, ¿sabes que estoy viva y eso es lo peor que le puede suceder a alguien? Haz el milagro: mátame, estrangúlame como la vieja Villaranda que compraba gatos para tener el placer de evitarles esta vida insostenible. Por el momento, refrena tu corazón. No tengas miedo. Yo te indicaré la fecha, la noche, el sitio." Así —añadió Enrique— ya sabes todo. (Corrigió:) O casi todo. No faltes esta noche, queda poco tiempo y ella espera. Se irá pronto. Como la Cenicienta, sale corriendo apenas suenan las doce campanadas de la iglesia más próxima. Sólo que no pierde las zapatillas para que no la reconozcan. (Se levantó.)

Trato de incorporarme, de mantenerme erguido, de simular dignidad, fuerza. Enrique vuelve a reírse de tal manera que le sobreviene un ataque de tos y se toca el estómago como si tuviera náuseas.

—Pareces un payaso —dijo, después de calmarse—. Un pobre payaso al que todavía reservo otra sorpresa. El párrafo final del segundo mensaje de Beatriz dice así: "Todos somos los mismos. Todos somos demasiados. Yo soy Rosalinda, Adriana, Aurora. Tú eres Enrique-Marcos. Pero, a la vez y contradictoriamente, nadie es el otro. Sólo escasas noticias han llegado hasta nuestro tiempo acerca de este fenómeno. De nuevo, adiós Fundador, Ángel de la Muerte, prepara el asesinato porque no puedo seguir viva." ¿Qué te parece? Tienes un buen trabajo. A mí me fue encomendado en una ocasión pero estaba imposibilitado para hacerlo, era incapaz de conjugar muerte y resurrección. Antes, le tocó el turno a Marcos, pero él no puede separar la mano de lo que ya fue consumado. Pesa sobre él una herencia maléfica y nunca sabe si lo que está pasando sucedió ya hace varias generaciones. Tú eres el elegido. Basta con inventar a Beatriz, soñarla, comprender que todo está escrito de antemano, que eres el ojo destinado para mirarla siempre a fin de que esté viva en la condenación de la imposibilidad de la muerte, que eres el

oído y el tacto que inventarán continuamente su soñarla, el gusto por la paciente espera, el acecho.

Trato de levantarme, pero Enrique no me ayuda.

A punto de salir, se vuelve y me dice después de un silencio que identifico con el color blanco:

—Estás muy interesado en saber quién es ese hombre que vino anoche acompañado de los cuatro tipos. Más interesado que en lo que te ha escrito Beatriz. No quiero que te preocupes suponiendo cosas, haciendo esfuerzos por recordar todo desde el principio. Si sigues así, terminarás por inventar, por falsear. De una vez por todas voy a decírtelo: los cuatro tipos son los planetas acompañados de sus satélites y convertidos en elementos esenciales. El viejo que los guiaba, el jefe, se encuentra en el segundo sótano y es el enterrador oficial. ¿Estás satisfecho? Pero tengo que hacerte dos aclaraciones: en primer lugar, eso que me cuentas no sucedió anoche sino la noche anterior, después de que estuvimos juntos en la Catedral. Todo el día de ayer dormiste. Beatriz y yo te estuvimos esperando en el cine pero no llegaste. (Una sombra apareció a sus espaldas.) Doña Tula, dígame otra vez, delante del señor, lo que me contó antes.

Alcancé a escuchar la voz sofocada, temblorosa:

—No me he separado un momento de él. Anteanoche llegó y lo noté muy agitado. No pude dormir porque toda la noche escuché ruidos. Al fin me levanté. Creo que el señor bebió más de la cuenta. Estaba en el suelo, hablaba solo. No pude comprender lo que decía. Trataba de levantarse pero le fue imposible sin mi ayuda. Con trabajos, le ayudé a acostarse. Se durmió enseguida pero no pude separarme de su cama porque se mostraba muy nervioso. Estaba soñando, seguramente. Debe haber tenido una espantosa pesadilla. Hablaba de un viejo, de cuatro hombres que lo golpeaban. Y se tocaba la cara, el pecho, agitaba las manos como si se tratara de defender de alguien que quisiera atacarlo. Al fin se durmió.

—¿Estuvo alguna persona aquí esa noche?

—Nadie, señor. No vino nadie. Cuando él llegó cerró la puerta con llave. Yo estaba aquí y no vino nadie. ¿Cómo no me iba a dar cuenta? El señor tomó demasiado coñac, se cayó, se lastimó un poco. Eso es todo.

—¿Rompió algún vidrio? ¿Pasó algo con sus libros, con sus papeles?

—Nada, señor. Todo estaba en orden. Sólo estrelló la botella de coñac. Cuando él se quedó en el suelo, ¿sabe?, la botella estaba vacía. Todo el día ha dormido. No me he separado de su lado hasta que usted llegó.

Enrique me miró, serio:

—¿Lo ves? Has estado tomando, te emborrachaste, soñaste. No te ha pasado nada. Está bien, Tula. Tengo que irme ahora. El señor saldrá dentro de un momento. Posiblemente regrese tarde. Le suplico que esté pendiente de él. Creo que ha tenido un poco de fiebre además de... del licor. No se preocupe. Aviseme si sucede cualquier cosa.

Enrique cerró la puerta y traté de levantarme. Me cambié de camisa. Me da horror la sangre, me da asco, me asusta. Recuerdo que una vez, cuando yo era niño, el tío Esteban le abrió un absceso a una de las sirvientas. El médico no llegaba y lo tuvo que hacer él, rápidamente. El olor de la sangre me produjo un desmayo. En otra ocasión vi a un hombre que habían asesinado en la calle. Tenía el vientre abierto y la sangre fluía. Me escapé. Pero ahora tengo que darme prisa. Pronto serán las doce y debo ver a Beatriz. El relato de Enrique y las palabras de Tula han desaparecido, volado. He soñado con ellas. Lo otro fue verdad.

Llueve. Ni siquiera es refrescante la lluvia. Cae, furiosa. Pasa un autobús pero no puedo subirme porque me duele el tórax y los pasajeros van colgados de la puerta, aferrados a un punto minúsculo. Pasa otro, pero no se detiene. Van a dar las doce. Un taxi. No tengo dinero, lo he olvidado en la casa. Estoy totalmente empapado y tengo frío. Érase una vez un niño que nació antes del tiempo previsto. Causó dolores a la madre y el padre dijo que no

quería saber nada de niños prematuros. La hermana menor, en cambio, era hermosa, pesaba los kilos adecuados y no provocó molestias en el parto. A mí me encerraron en una incubadora; ella dormía en una cuna amplia y cómoda. Aprendí a llorar; ella supo sonreír desde los primeros días. Los planetas con sus satélites, el segundo sótano, el enterrador oficial. Los autobuses pasan llenos y los pasajeros, colgados de la puerta, se protegen como pueden de la lluvia. Un estremecimiento. Alguien me ha tocado la espalda: "¿Me regala un cigarro?" No tengo, no. "Por favor, le suplico que me regale un cigarro." Lo veo: es un hombre joven que me mira como nadie lo ha hecho en mi vida. Toda la cara, todo su traje están mojados. Pero está llorando. Le doy un cigarro. No tiene cerillos. Tengo que encenderlo porque sus manos tiemblan. Me mira, agradecido y me extiende una botella. "¿No quiere tomar un trago?" No, no, muchas gracias, tengo prisa, tengo que ver a alguien. "Sólo un trago. Para que no tenga frío. ¿No tiene frío? Yo estoy temblando. Estoy muerto de frío." No, no. Otro autobús, no se detiene. Pateo el suelo, camino, el muchacho me sigue, hablándome, con el cigarro ya mojado colgando de sus labios, llorando, ofreciéndome la botella. "Un trago nada más, conmigo, para que no me sienta solo." Empiezo a correr. No me importa pisar los charcos de agua, sentir los zapatos mojados, toda el agua cayendo por mi cara. El tipo me sigue, tambaleándose, gritando: "¿Tiene miedo? ¿Usted también tiene miedo?" Al fin, lo pierdo de vista. Una calle, otra, otra y otra más. Llego al café.

El mesero se levanta y sonríe:

—¿Usted es usted? Quiero decir... ¿usted es quien...? La señorita Beatriz le dejó un mensaje en una zapatilla. Estuvo esperándolo. Dijo: "Que comprenda que soy la Cenicienta", y se fue porque aseguró que tenía que estar a las doce en punto en su casa. Es una zapatilla de cristal, muy bonita.

Me desplomé en una silla, conteniendo todavía la agitación de la carrera. Una vez más he fallado.

—No pude llegar antes. No encontré en qué venirme —digo, como si hablara conmigo mismo, como si tratara de justificarme y, al mismo tiempo, dar explicaciones al mesero que había vuelto a su sitio y leía un periódico—. He fallado lamentablemente otra vez. Beatriz pensará que no quiero verla.

—¿Estaba sola? —pregunté, con voz cansada.

—Un choque, ¿sabe? acaba de "suceder" un choque espantoso. Un camión de carga se incrustó contra un tranvía. Todos muertos. La lluvia, el asfalto mojado, esos choferes que son unas bestias... (Dejó el periódico.) Creo que sí, al principio. Luego llegaron dos jóvenes comentando que habían ido al cine a ver unas actualidades sobre la guerra de Vietnam. Ellos se fueron y la señorita permaneció un momento más.

El mesero me pregunta si deseo un café:

—No, no, gracias. Hábleme de ella, cómo es, cómo es su cara, cuénteme por favor.

El mesero pareció animarse:

—La tierra estaba seca. Hace tiempo que no llovía, que no caía una sola gota de agua. Imagínese usted la tierra seca...

Me impaciento, casi grito:

—No me importa. Usted vio a Beatriz. Hábleme de ella.

—¿Beatriz? —El mesero encendió un cigarro y movió la cabeza como dudando—. No, no. Posiblemente me equivoco, pero casi estoy seguro que los dos jóvenes la llamaban de otra manera. Pero no me haga usted mucho caso: el patrón nos ha ordenado que no escuchemos las conversaciones de los clientes. Yo oí algo porque, como usted verá, ya no viene nadie. Hoy fue la lluvia, ayer el calor... pero ya no viene nadie. Uno se aburre y oye algo de lo que hablan los que vienen porque no van a otro lado. No por curiosidad, desde luego. Sólo porque uno está aburrido y... Pero casi estoy seguro que la llamaban de otra

manera. Escuché cosas... No mucho, claro. Pero algunas cosas... Las actualidades que vieron en el cine, las noticias de los periódicos... ¿Beatriz? No, creo que no.

—¿Y ella?, ¿qué hacía?

—Nada. Estuvo casi todo el tiempo callada. Los otros decían cosas, no sé, algo así como octavo turno de madrugada, enterrador oficial, nadie devolvió nada, la perrera estaba vacía y sólo le perro tigre se atreve a morder. Los nacidos en este mes poseen una tendencia al sentido comunitario, altruismo, abnegación, sacrificio.

—Le he preguntado qué hacía ella, qué decía...

—Nada. Escuchaba, fumaba... Nada...

—Usted tuvo que haberla visto cuando le entregó la zapatilla...

El mesero se golpeó la frente:

—¡La zapatilla! —caminó hacia el fondo del café. Regresó con ese extraño objeto que desprendía pequeñas lucécitas blancas. Al tomarlo entre mis manos sentí la terrible quemadura. Me rogó que se la entregara personalmente porque se trataba de un recuerdo. Luego encendió otro cigarro y se puso a hablar sola. Dijo algo así como... No sé, tengo mala memoria, uno está viejo, ya no viene la clientela...

—¿Qué dijo? ¿Cómo era?

El mesero se rascó la barbilla, aspiró el humo del cigarro:

—No pude verla. Sí, créame. No pude verla. Cuando estaba con los otros mantuvo la cabeza baja. Luego, se protegía la cara con una mano. Cuando me habló y me entregó la zapatilla... No pude verla.

—¿Por qué, por qué?

El mesero tosió, sonrió, volvió a toser:

—Si usted quiere... Bueno, porque soy un poco miope... Pero, bueno, usted creerá que estoy loco pero la verdad es que... es que... tuve miedo...

Me levanté, dejé la zapatilla sobre la mesa y lo sacudí de los hombros.

—No me pregunté más cosas, joven, no sé nada, sólo me encargó que le entregara personalmente esta zapatilla. "Es un recuerdo", dijo. Iba a explicarle que no le reconocería. Me refiero a usted, claro está. Pero, no sé por qué, supe que sólo vendría usted. Como ya le dije, la clientela...

Lo solté y me dirigí apresuradamente a la puerta. Me detuvo.

—Quiero advertirle —su voz era otra—, es decir, quiero prevenirle... Usted está en peligro. Los otros hablaron mucho de usted. Murmuraron cosas, y traté de escuchar lo que decían. Pero, ¿ya ve? Estoy viejo y la mente se atrofia. No puedo recordar exactamente lo que dijeron. Cosas extrañas. Como: Ah, Euh, Evidentemente, ¿Perdón?, Cerrar la puerta con cuidado. Y cosas así. Como: Eh, Auh, De ninguna manera, ¡Perdón!, Abrir las ventanas abiertamente. Y cosas así. Estoy acostumbrado a las palabras de todos los días, a servir café y pasteles. Me equivoco al dar el cambio, al hacer las cuentas. El patrón se enoja, se molesta, me amenaza con despedirme si sigo haciendo tonterías, me ha dicho que los clientes se quejan, que los clientes protestan, que los clientes... Pero eso es mentira, ¿verdad?, porque ya no viene nadie.

Traté de zafarme de su brazo.

—Quiero advertirle. Tengo intuición, ¿sabe? Ayer me dolió una rodilla. Va a llover, dije. Pero nadie me creyó. La tierra estaba seca, hacía tanto tiempo que no caía una sola gota de agua tanto... Y ya ve usted. Vi el choque. Vi la cara del chofer. Pensé (estaba soñando, claro está) en buscarlo por todas partes hasta encontrarlo para avisarle que tuviera cuidado. Pero, ¿cómo saber dónde vivía ese hombre, cuál era su apellido, la línea de camiones que manejaba, la esquina en donde sucedería el accidente? Por un momento soñé (estaba pensando, claro) que lo más lógico era llamar a los agentes de tránsito, ponerlos al corriente, detenerme en ese lugar y gritar a todos los que allí se encontraban que se fueran. Llegué a suponer (pero

ya no estaba pensando y me había despertado) que lo mejor, efectivamente, era pararme en medio de la calle y hacer señas al chofer para que se detuviera. Te vas a matar, viejo, le hubiera dicho. Y vas a matar a todos los que están parados en esta esquina, viejo. Y no sólo no lo sabes tú. Ellos tampoco. Los pobres, tú y ellos, viejo, anda, detente, es fácil: frenas, frenas, dulcemente, simplemente, rápidamente, exactamente en el momento preciso, unos cuantos pasos antes de llegar a la esquina, velozmente, sabiamente, como si ya supieras que con ese simple acto nadie puede morir. Y luego, acabas de hacer el servicio y te vas a tu casa y estás con tu mujer después de cenar. Y ellos, los que están parados en la esquina, se van al cine, a cenar, a dormir y a levantarse mañana para poder ir al cine, y dormir y levantarse pasado mañana. ¿Está bien, no? No. Porque hubieran creído que yo estaba loco, ¿no le parece? ¿No? Sí, que estaba loco. Y, por consiguiente, me hubieran metido en un sanatorio y yo hubiera sido el que efectivamente no durmiera para poder levantarme pasado mañana... Algo espantoso. Me refiero al accidente, ¿claro, no? No. Muertos. Todos muertos. Huesos rotos, fuego, sangre... Por eso...

—Suélteme, tengo que irme, no quiero escucharlo.

Me apretó fuerte, más fuerte.

—Por eso... por eso quiero decirle... bueno... que se me quedó grabada una frase... quiero decir: que se me quedó... dó... graba... No: que se me quedó, ¿cómo decirle?, molestándome algo que e... e... ellos dijeron. Ellos dijeron que usted estaba, bueno, que estaba... eso... loco... o algo así, eso dijeron. La señorita se rió pero luego se quedó callada, como si diera vueltas a una idea. Dijeron también (y eso lo recuerdo perfectamente porque entonces supe que usted estaba en peligro y que mi obligación era avisarle): "Vamos a conseguir que te vuelva fea."

Volvió a detenerme.

—Es la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Se parece a una de esas estampas en que retratan a la Virgen. Se parece a una mujer que conocí hace mucho tiempo, una noche como ésta, cuando llovía, después de que la tierra había estado seca durante muchos meses. Ten- ga cuidado.

Sali corriendo, con la zapatilla de cristal de la Cenicienta apretada contra mi pecho.

Beatriz: las calles están oscuras. Esta ciudad me da miedo. En una esquina, un grupo de muchachos grita y pelea. Cuando paso a su lado, alguien dice algo y empiezo a correr. Las palabras, las palabras. Vas vas apretado rajón miedoso coyón. Vas vas y vienes y el buen socio el cojonudo te va a dar si no te paras cabrón rajón coyón ¿quién va a ser el abusado? ningún hijo'e puta capaz de partirte la vida sino el cojonudo capaz de echarse a tres a la vez contando un hombre o un marica o un mayate o algo o alguien capaz de salar y de hacer que uno luego coma mierda... Sigue lloviendo y el agua resbala por toda mi cara, se acumula en los ojos. ¿Qué dicen? Dicen: Ah, jijo'e puta y de quien te parió en sangre cabrón coyón maricón pedazo'e mierda te escapas porque si te quedas nos la pelas no tienes madre ni putamadre eres a la vez huevón y coyón y cabrón hijo'e la porque el gusto que me queda es que me la pelas y nos la pelas así deacape- rucita y deabotón en cambio tú deja ver el pantalón te measte y te quedaste en impelado y comemierda cabrón y coyón y huevón y con el consuelo de la puñeta y de como no te vienes te vas y ya no preguntes si te sientes mal porque ai te vas sin quedarte y sobre todo sin venirte... No veo. Tropiezo. La zapatilla de cristal puede rom- perse. Aparece un carro de la policía. Me detengo. La luz empieza a moverse entre los árboles. Escucho unos gritos agudos, unos grititos, ah, y uh, y oh, y eh, y iii, maldi- ciones, palabras, las palabras... Ya nos agarraron güera ay güerita de mi vida ya nos cogieron brincos diéramos vienen a buscar a la negra no a ti güerita cabrona pero a las tres nos agarraron que cogernos ni madre nunca ya

nos van a dar pa nuestros chicles que hijoeputos por favor no sean cabrones ni coyones sean... Y yo también me escondo, arrastrándome en la tierra, sintiendo cómo el lodo se pega en todo mi cuerpo. Contengo la respiración y así permanezco —uno dós tres, no sé cuántos minutos—: la cara contra el lodo, todo el cuerpo temblando, una mano sosteniendo fuerte la zapatilla de cristal, la otra mano apretando los labios para no gritar. La luz pasa cerca de mí y cierro los ojos, más más fuerte, aplasto más más más la cara contra el lodo hasta que todo queda nueva y definitivamente en silencio, oscuro.

Ya no más las palabras: *Je te croque, je te croque... je t'aime je t'aime... je t'adore, je t'adore... Attends, attends... C'était chouette... en plein sur le ventre à Arlette... sous sa jupe... je t'adore, je t'adore... au secours... la barre au dernier trou... Il touche jamais... dix fois de même... il extirpe une pièce, deux ronds... retour, au dernier trou... très fort, en l'air, en l'air... dans les deux sens... comme ça... comme ça... une fois... deux fois... trois fois de même... un vrai oiseau... c'est toi... je t'aime, je t'adore... oui, oui, les filles aussi...*

Ya no más las palabras. Las mujeres salen de sus escondites, sigilosamente, observando por todos lados. No puedo verles los ojos, pero sé que tienen el mismo miedo que yo. Hablan entre sí, murmurando, muertas de miedo, mientras tratan de limpiarse los vestidos.

Lo que ellas hablan: palabras, palabras. Las muchachas también hablan. Digo: las muchachas que se esconden cuando las iluminan con el reflector del carro de policía. *Surtout le cinquième jour qu'elles sont devenues... piratas, iratas, ratas, tas, as, ssssss...* Hablan entre sí de cosas como éstas y yo me arrastro lentamente y consigo avanzar un poco a pesar de que siento que todo mi cuerpo está íntimamente adherido al lodo como si la tierra quisiera devorarme. Al fin, consigo ponerme de pie y me aferro a un árbol. Ahora tengo que huir otra vez de este lugar. Vuelvo

a tropezarme. Me han linternado como a un animal, como a un asesino, como a una puta.

Ahora estoy en un callejón oscuro. La zapatilla tiembla en una de mis manos; el corazón golpetea a pesar de que la otra mano trata de contenerlo. Me repito que no tenía por qué haberme escondido. Estoy soñando. Lo que acaba de suceder es una pesadilla. Pero ya estoy despierto. Sí, despierto. No ha sucedido nada. Fui al café a buscar a Beatriz, ella ya se había ido, me dejó la zapatilla de cristal con el mesero. Luego, caminé y tuve miedo. Eso es todo. Tengo que encontrar el camino seguro hasta la casa. Por aquí, en la oscuridad, para que nadie me descubra, para que nadie pueda asegurar que me ha visto. Pero la mirada me traspasa: en esa esquina unos ojos me observan. No puedo regresar a aquel lugar, tengo que seguir adelante. Los ojos se agrandan a medida que avanzo. Entre las sombras, alcanzo a distinguir una figura. No me he equivocado: es el hombre que me habló antes. Tiene una botella en la mano izquierda y me indica que me acerque.

—Váyase —le grito, con miedo—. Déjeme pasar, tengo que salir de aquí, que llegar a mi casa.

Lo mataré (eso pienso, eso digo en voz-casi-alta). Eso pienso, eso digo porque, si me callo, dirá que robé la zapatilla de cristal, dirá que me vio salir con ella del café, dirá...

—No se acerque —le grito. Pero ya está a mi lado. No puedo moverme. Siento que caigo, que todo oscila, que las cosas van a derrumbarse, que el suelo se abrirá.

Ya está aquí, a mi lado. Puedo sentir su aliento. Sonríe. Huele a loción después de rasurarse. Huele a loción después de bañarse. Huele a loción. Sonríe. Me ofrece la botella para que tome un trago. Pero no puedo hacer nada. Huele a loción después de hacer todas las cosas que ordena la higiene. Sonríe. Pero no puedo hacer nada. Entonces... ya está pasando por la garganta... la raspa (la garganta), la desgarrá (la garganta). Huelo, huele... No

puedo hacer todo: beber y no beber, por ejemplo. No sé. He bebido el licor.

—¿Por qué tienes miedo? —pregunta. Su voz es tranquila—. No tienes por qué tener miedo. No te haré nada.

Una vez me dijeron: cuando te digan: No te haré nada, tú, haz todo. Nunca te harán nada.

Me siento seguro. Desaparece el miedo. El corazón ya está tranquilo. Trás, t. t. . t. . tr. . á. . ssssssss. Así, y me toma del brazo y comprendo que nada puede sucederme si ese desconocido está conmigo, si confío en su protección. Porque confusamente adivino que trata de ayudarme, de no dejarme solo, en manos de los otros, los que tratan de robarme la zapatilla, los que quieren acusarme de un crimen no cometido.

—Te llevaré a tu casa —me dice. Se trata de una orden que no puedo desobedecer.

Y de pronto, le suplico:

—Por favor, ten piedad de mí, no me dejes, llévame, te obedezco, no me hagas nada, tengo miedo, por favor.

Y de pronto toco la botella. El desconocido se ha detenido y la acerca nuevamente a mis labios. Caminamos lentamente, oscilando. A lo lejos, el edificio de departamentos apareció, súbitamente, como algo informe y monstruoso. "Una vez —le digo tartamudeando— vi a un niño recién nacido que no era como los otros. Tenía pelos por todas partes. Pero no quiero contarte esas cosas." "Sí, sí" dice él y me invita a tomar otro trago. "Bueno, sucedió que el niño creció y que le salieron más pelos por todos lados. Sus padres contrataron a un peluquero y a tres barberos y cuatro depiladores de cejas y a cinco depiladores de brazos y piernas y de todos los otros lados. Pero no quiero contarte esas cosas." "Sí, sí", repite él. Y yo pregunto: "¿Por qué?" Y él contesta, simplemente: "Porque tienes que hablar." Y yo le digo, riéndome: "Te estoy diciendo mentiras." Y él sonrío y creo que dice: "Por eso." No lo entiendo porque ahora le pido que nos detengamos un minuto para descansar porque no me siento muy bien y por-

que me sofoca subir la escalera. Pero me obliga a seguir avanzando y a seguir hablando. Y yo le pregunto otra vez: "¿Por qué?" Y él vuelve a contestar: "Porque para eso te han contratado y elegido: para no quedarte callado." Y yo, claro, me he reído como un imbécil. Empujo la puerta, enciendo una lámpara, tropiezo, caigo en un sillón.

No sé cuánto tiempo habrá pasado pero cuando abrí los ojos él estaba sentado frente a mí y me miraba. Sonrió.

—¿Te sientes más tranquilo? —Creo que moví la cabeza afirmativamente. Había servido dos vasos de ron y me indicó que tomara uno. Obedecí. Su voz me llegaba todavía lejana.

—No pensé que fuera así. Quiero decir: no creí que el departamento estuviera arreglado de esta manera.

Ahora: vuelvo a tener miedo. Antes: lo encontré en la calle y después pensé en matarlo. Ahora: habla de mi casa en términos familiares, como si me conociera desde hace mucho tiempo, como si supiera del señor Villaranda y de... Debe ser un... No. Debe ser un... ¿Qué quiere?, ¿quién es?... Mañana pedirá dinero. Contará cosas y va a exigir más y más dinero. Podrá decir lo que quiera. Tengo que sacarlo de aquí.

—Vete.

Él sonrío (un poco triste, creo):

—Eso. Habla. Entiende que tienes que hablar. Ya te dije que para eso te contrataron, para eso te eligieron. Lo importante es que no te quedes callado, ¿no entiendes? Eres, para decirlo en lenguaje culto, el que concede el testimonio. Habla, pues. Di lo que quieras.

—Tengo miedo.

—Eso está bastante bien.

—No. Sí. Es decir...

—Mejor.

—Vete.

—No puedo. No te oiría. Alguien tiene que escucharte. Alguien puede ser yo. Yo quiero, necesito oírte para saber.

—Bueno, no sé...

—Es fácil. Di, por ejemplo: "La mano del amor ahora es grave."

—No puedo, no sé decirlo.

La luz de la lámpara oculta casi completamente sus rasgos. Sólo sus manos aparecen claramente cada vez que toman o dejan el vaso. Como si adivinara mi temor, él se levantó y dio unos cuantos pasos hasta que pude verlo completamente.

Debe tener mi edad pero es más alto. Los ojos, muy negros, brillan. Sus labios firmes no dejan de sonreír (yo diría que dulcemente) y de repetir: "La mano del amor ahora es grave" (yo diría que siento un inmenso peso dentro de mí que no me hace daño y que, tristemente, me alivia de algo que no sé, de algo que...). No son los ojos, los labios: son los pómulos, la nariz, esa arruga que le parte en dos la frente lo que le otorga ese aire triste y fuerte. Lleva unos pantalones oscuros de dril, un suéter. Enciende un cigarro y al aspirar el humo veo cómo se dilatan las venas del cuello. El cabello, negro, está en desorden, mojado.

Habla (estoy soñando, eso me digo. Otra vez las pesadillas, este no saber con seguridad dónde estoy, si duermo o he despertado, si este hombre es el mismo de antes o, claro, otro, si invento esto que está sucediendo):

—Cuando la mano del amor se vuelve más grave —acaba de decirme— uno tiene, por paradójico que parezca, que pedir disculpas. Te suplico que me perdones si me he portado mal contigo. No debí haber hecho esto. Había pensado acercarme a ti de otra manera y esperaba una ocasión favorable. Pero no se puede esperar todo el tiempo porque los días pasan y los meses pasan y ¿ya ves?, precisamente la mano del amor ahora es grave. Quiero decir que ya he esperado demasiado tiempo, "lejos terriblemente de tu nombre", y que ese tiempo ahora puede ser incierto, y han pasado cosas como entrar y salir, subir y bajar, no estarse quieto, un solo momento no estarse quieto, todo el día de todos los días desde hace ya no me

acuerdo cuántos días, caminando, buscándote y buscando y esperando el momento propicio, el único, el día de decirte "el otoño está en tu casa" que puede ser el mismo día de decirte "el vaivén de los dos será el tejido", ese momento del día de ese día que tiene que ser sólo ese día y no los otros porque ya no habrá después otro exacto igual minuto, otra ocasión. Años de buscar y de preguntarse cosas tan tontas como ¿por qué? y otras muchas cosas que todos se preguntan; hasta que supe lo que buscaba y por buscada encontrada y eras tú y tú simplemente podías ayudarme porque yo también podía ayudarte; porque ahora hablándote es como si hablara conmigo mismo y por eso quiero que hables para escucharme; y eso he hecho durante largos años todos los días y sobre todo en las horribles noches de todos estos años; hablar por ejemplo conmigo mismo frente al espejo; sólo que ahora alguien me escucha tú me escuchas tú dices: "Yo iba a decir algo"; y tú respondes: "Hablabas de algo así, no recuerdo cómo"; y dices que yo digo: "Ésta ha sido la historia de nuestro regreso."

El espejo, ése que no conozco y que está en mi casa porque lo he invitado a entrar. El espejo, ése quien sabe quién será que me habla porque está en mi casa porque lo he invitado y yo he aceptado lo que él llama su protección y ayuda y ahora está diciendo que me ayuda porque yo puedo ayudarlo. El espejo, ése que dice que habla conmigo como antes hablaba solo o frente al espejo. El espejo, ése al que ya no me atrevo a preguntarle nada porque no tengo fuerzas, porque no tengo miedo, porque me estoy durmiendo, porque estoy descansando en este sillón. Aunque, claro, puedo preguntarle muchas cosas. ¿Quién eres? No, eso no. ¿Por qué preguntas todas estas cosas? O mejor: ¿qué es ese olor que viene de lejos, de la calle, a través de la ventana abierta? ¿Qué es ese olor que penetra por todo mi cuerpo y me inunda, contribuye a adormecerme? No quiero hablar, no quiero saber nada más. Que se vaya,

es todo. Que me deje tranquilo, es todo. Beatriz, Beatriz. Es todo.

—Largos años de búsqueda, de no permanecer quieto. De un día a otro día y de uno a otro sueño, del orfanato a este departamento. Y mientras tanto: los sitios en que se permanece una noche y que hay que abandonar a la mañana siguiente; las calles que son buenas camas; el arte de adivinar las personas que contemplan este mi cuerpo extendido en el exacto sitio que perturba su cómodo tránsito; las tantas y tan interminables noches sin recuerdo que se apartan con miedo; el transitar del hospital a un hotel de lujo y del hotel a un cuarto sin ventanas y del cuarto a la cárcel y de la cárcel a la calle y de la calle a la iglesia y de la iglesia al jardín y empezar otra vez y perseguir a quien no me persigue y a ostentar a quien no me ostenta y a avergonzarme de quien no se avergüenza de mí; y luego, tú, y acabar por abrir la mano derecha y desear que siga así, como la ves ahora, esta mano así abierta sólo para mostrar que un día va a cerrarse de un golpe, no dedo por dedo sino los cinco al mismo tiempo y así, tras, nada. Y acabar por decirte: quiero ayudarte a hablar. Cuenta esto, por ejemplo. No te cuesta trabajo. Además, es tu chamba.

El no se parece a nadie —así que podré olvidarlo pronto, digo sabiendo con toda evidencia (aun la imaginaria) que me engaño. Pero ya lo he olvidado en este mismo exacto momento. Enrique es Marcos y yo soy Esteban mientras que tú eres nadie. Voy a soñar —pienso— que cuando pasen muchos años y nos encontremos en algún lugar, no responderé a tu llamado porque no habré conocido nunca antes jamás día o noche como este momento en que está ocurriendo esto ahora.

—Me encontraron en la calle y me dieron nombre y apellido. Pero no hay papel, documento alguno que certifique la autenticidad de las firmas de aquellos que aseguraron ser mis padres. No tengo nombre, nacionalidad, familia. Nadie me conoció antes de que me encontraran.

Siempre he estado solo, buscando, escapando, echado a patadas de todos los lugares, abandonando sitios seguros, en el instante en que me permitirían el descanso que me correspondía. Y después de todo, ¿me escuchas?

Beatriz: el filoso tacón de tu zapatilla de cristal se hien- de en mi costado, penetra suave y dulcemente rompiendo mi carne. Este extremo, intolerable, irreplicable dolor me procura una placentera seguridad. Se parece a esta inmen- sa paz que me inunda después de buscarte y no encon- trarte. ¿Otra vez? Beatriz: este desconocido que está en mi casa, a mi lado, de tal manera cerca de mí que puedo aspirar el olor de su cuerpo, de su ropa mojada, de su aliento, él, también ha sentido esa inexplicable seguridad que representa el dolor que... ¿qué cosas digo?... El filoso tacón de tu zapatilla de cristal desgarró mi costado y ya no trato de negar esa mañana que será la de mañana porque estoy dormido. Hablo.

La pregunta se ha quedado detenida en el aire fresco que entra por la ventana, en el olor del cuerpo del des- conocido que se halla en mi departamento, a mi lado, en esa voz que antes me hablaba, en esas palabras que des- truyen todo lo que he creído ganar en estos días. Me preo- cupan los números: uno, dos, tres, cuatro. ¿Serán apenas cuatro las noches que llevo de vivir en este departamento que me ha sido dado por algo que todavía no sé qué es a ciencia cierta? ¿Cuatro las noches de vivir y dormir vigilado por los retratos de los Villaranda, por ese cua- derno de notas, por la música y los libros y la ropa y los muebles que me han sido dados sin saber por qué? ¿Cuatro las noches que busco a Beatriz y cuatro las que presiden su fotografía? ¿Cuatro las cuatro noches que se fueron, las cuatro ya perdidas para siempre?

—Mentira.

Su grito me ha despertado. Más que sus brazos que me sacuden, que quieren obligarme a abandonar esta paz, ha sido el grito. El desconocido me mira. Y ese otro grito se ha escapado de mi garganta, ese alarido ha roto toda mi boca.

El desconocido gritó y ahora me mira. El tacón de la zapatilla de cristal está lleno de sangre.

—Mentira: cuatro meses. Cuatro meses de esperar el momento propicio, de luchar contra el miedo, la esperanza, esta bebida. Cuatro meses de repetirme: espera un poco, un poco más. Cuatro meses de desear que llegue este momento porque una vez llegado va a pasar, ya está pasando, ya pasó. Ahora estoy de nuevo solo, como antes. Por favor, por piedad, bebe conmigo, habla. Posiblemente logremos que este momento se detenga, al menos un poco. Así, más, toma más hasta que repitas que son meses estas cuatro noches. Hasta que recuerdes las otras que has olvidado. Las cuatro más que han perdido peso en tu cuerpo y tu memoria, las otras otras cuatro en infinita repetición multiplicada, las ya más lejanas otras cuatro que has decidido no vivir pero que tienen voz memoriosa, las otras cuatro más cuatro por cuatro que estamos dejando pasar en esta verdadera cuarta noche que es sin embargo la primera y la única. Pregunta qué pasó con esas otras noches, que sucedió con ellas, en qué lugar puedes recuperarlas. Habla, cuenta en voz alta lo que te he contado de mí.

—Beatriz.

—El orfelinato y la huida; la escuela y la expulsión; la sala de juego; la cárcel; la calle; estos cinco dedos extendidos y esta mano abierta que un día voy a cerrar y aplastar en mi cabeza para que no quede nada, absolutamente nada.

—Beatriz, Beatriz.

—La adivinación. ¿Por qué no me has preguntado quién soy si eres incapaz de adivinarlo?

—Beatriz: el tacón de tu zapatilla ha desgarrado vestiduras y carne.

—Mírame, exijo que no apartes tus ojos de los míos. Adivina.

—Beatriz: ¿cuánto tiempo durará esta espera, esta felicidad impensable que transita ahora por todo mi cuerpo y que se origina en la dichosa herida que ha producido el

tacón de tu zapato? Quiero sentir tus pies, Beatriz, horadando mi piel, llagándola, provocando una cicatriz indeleblemente blanca.

—Adivina. Todo el mundo. Vecinos y curiosos. Adivina a todo el mundo. Habla. Te estoy contando mi historia, algo que vale la pena. Pregunta: ¿De dónde vienes? Y yo te contestaré: ¿Y tú? Juguemos pues los dos a las adivinanzas.

El desconocido con la zapatilla: la ve largamente y larga y suavemente la acaricia. No sé en qué momento pasó de mis manos a las suyas. Otra vez su rostro se pierde en la sombra que proyecta la pantalla de la lámpara. Veo el cristal deslumbrando sus manos. Veo, también, la botella. Vacía.

Estoy caminando por el corredor que me lleva al lugar donde el señor Villaranda ha colocado los licores. Abro el armario y cuento hasta seis. El contacto de las botellas provoca el regreso a las noches olvidadas. Aquí está ya una de ellas, gobernada por Enrique y Marcos y aquel séquito que traducía, de rodillas, las órdenes del sastre llamado Gran Capitán Ben Gunn. Las telas cortadas van tomando la forma de mi cuerpo, modelándose a él de acuerdo con las precisas indicaciones del sastre llamado Gran Capitán Ben Gunn que, de vez en cuando, levanta la cabeza calva para preguntarme si el corte es de mi agrado. Y la noche de los libros que saltan de las cajas de cartón a los estantes vacíos. Y aquella otra en que manos desconocidas me mostraron toda la música. Pero sobre todo están las otras noches, las insomnes, aquellas que terminaban con mi cuerpo entero investigando, explorando (nunca saciándose), la fotografía de Beatriz. Y aquellas de las que sólo queda un impaciente caminar por calles, un ir y venir sin sosiego, la repetición de una cita ordenada por ti, Beatriz, a la que no asististe "porque está enferma, porque hubo visitas en la casa y tuvo que atenderlas, porque llovía, porque hacía calor" (según explica calmadamente Enrique), la cita a la que no llegué porque... Y de esas

noches sólo el instante en que una casa apareció ridículamente atemorizada ante mis ojos: algo de nada: unos ladrillos, un muro, un fragmento de la fachada que ha decidido despojarse de la pintura que la protegía; o una voz que dice algo a lo lejos, la palabra suspendida que pregunta ¿me oyes?

—¿Me oyes? —ha preguntado el desconocido mientras consigue que desaparezca la zapatilla y otro vaso ocupe sus manos—. Quiero saber si eres judío.

Las noches irrecuperables, Beatriz, como ésta lo será mañana, lo está siendo ya. Asírla, atraparla, no dejarla escurrir. De pronto, no sé por qué, quiero retenerla a toda costa porque sospecho que ya la he soñado y que estoy obligado a no olvidarla a fin de poderla vivir plenamente cuando se repita.

La estrella de David se balancea alrededor de mi cuello.

No preguntaré su nombre: te bautizo ahora: te llamas Daniel.

Me toma de la mano y me lleva hasta la sinagoga.

La lluvia se ha convertido en un vapor húmedo que nos envuelve.

—Sométete al rito de iniciación —ordena dulcemente—. Yo asistiré como único invitado. Habla.

Ahora estamos otra vez en la calle. Daniel camina con la zapatilla brillando entre sus manos.

—Es tiempo de que encuentres a Beatriz —dice, besando la zapatilla.

Ahora estamos en un lugar que no conocía. Voces, ruido, líquido que desgarró la garganta.

—No es en los lugares convenidos donde ella puede ser encontrada sino aquí, en uno de éstos, en los que nadie puede pensar que exista, aquí, en mi único reino y conmigo.

Daniel grita algo en palabras extranjeras y se hace un silencio doloroso.

Las mujeres están sentadas y sus pies descalzos bailan en el aire. Sonríen.

Daniel indica que la primera es Jeanne, la espantosa judía, y el fiel siervo, Mr. Lockwood, coloca la zapatilla en su pie derecho, en su pie izquierdo. Jeanne suplica tímidamente a Daniel que le sea concedida la oportunidad de recortarse los pies a fin de mostrar que "eso" le pertenece a ella. Daniel acepta la petición y ordena que se proceda en el acto. Mr. Lockwood procede en el acto.

La segunda es Olalla. La tercera, Cathy. Luego siguen Rose, Sofía, Aurelia. El gran salón está inundado de sangre y cien dedos navegan enfrentándose a los remolinos.

El cuerpo de Mr. Lockwood se dobla y cae sobre nosotros. "Ayúdame", ordena Daniel, "tenemos que llevarlo a su casa." Vuelve el ruido. Los hombres invitan a bailar a las mujeres.

Caminamos hasta el canal de desagüe. Veo cómo Daniel toma la zapatilla y la hunde en el costado derecho de Mr. Lockwood. Ese cuerpo ahora resbala de nuestras manos y choca en el agua sin hacer ruido. Se va, se hunde.

Daniel ríe: "Nunca será encontrado." Me toma nuevamente de la mano y me obliga a verme en el agua. "No tengas miedo: es un espejo." Su rostro poco a poco desaparece en los círculos que ha formado el silencio de la caída del cuerpo abierto. Mi cara también se borra. Estamos reflejando a Enrique.

Juste judex ultionis

Sólo la completa inmovilidad disminuye el dolor que siento en el brazo derecho. Sólo así se borra el extremo cansancio que domina mi espalda, la certeza de que ha soporado, durante muchas horas, un peso excesivo. El mínimo movimiento reaviva la tensión de los músculos y todo mi cuerpo se contrae. No puedo evitar un gemido y confusamente adivino que he estado en peligro de muerte. Llega hasta mí un tumulto de palabras y me veo, sin saber por

qué, escapando de un rostro que me observa fijamente desde el fondo de aguas estancadas. Me veo corriendo y siento ese repentino desfallecimiento, un golpe seco, la progresiva disminución de las voces que me perseguían.

Consigo abrir los ojos y me hiere una luz intensa. Poco a poco todo aparece claramente. Un punto negro, casi invisible, es lo primero que consigo ver con toda precisión, un punto que se desplaza en todos sentidos, que se acerca a mi rostro y que inmediatamente retrocede para fijarse en las sábanas: es una mosca. Luego, un largo, agudo chillido —prolongación de calles y casas que desfilan vertiginosamente, desaparecen por un instante y vuelven a correr frente a mis ojos en sentido inverso: sellac, sasac. Unas manos huesudas se deslizan por mi frente. Ahora alguien limpia toda la cara. Un suave, fresco olor a colonia me inunda.

Y ya me veo en mi habitación. Marcos me toma una mano y contestó afirmativamente cuando me pregunta si me siento bien.

—Hemos estado muy preocupados. Cuatro días y cuatro noches buscándote hasta que, al fin, anoche la señora Tula me avisó que había escuchado un ruido en la escalera y que ahí te encontró, sin conocimiento.

Tula empezó a gimotear:

—Ay, joven, muy preocupados... El señor Villaranda se molestó conmigo porque dice que no le atendía a usted como usted merece y necesita y como él me había indicado, y sobre todo por haber permitido la entrada a esa gentuza horrible. (A Marcos:) Pero yo, señor, no pude hacer nada. Ese hombre abrió la puerta y dijo que tenía órdenes del joven para entrar. Le pregunté su nombre pero no contestó nada. Sé quienes pueden entrar aquí y se lo dije pero él no me hizo caso. Al contrario: empezó a insultarme, me dijo que yo no era más que una criada y a cada momento repetía que el joven le había dicho que podía entrar. (A mí:) Le pregunté por usted, le dije que estaba muy nerviosa porque no había llegado a dor-

mir. No me contestó. Entró por la fuerza, empujándome, insultándome. Entró con esa gentuza horrible. (A Marcos:) Ay, señor, no puede imaginarse todas las cosas que hicieron. No me atrevo a contarle. No es posible, me decía yo misma, no es posible. Ya ve usted cómo están las paredes, en qué estado dejaron los muebles. Los vecinos se quejaron, amenazaron con llamar a la policía. Ay, señor, les supliqué que no hicieran ese ruido infernal, que no rompieran las cosas del joven. Pero no me hicieron caso. Traté de escapar por la puerta de servicio para pedir ayuda pero la habían cerrado con llave. (A Marcos, a mí:) No tengo la culpa, se los juro. Estaba aterrorizada, pensé que iban a matarme. (A Marcos, a Enrique —que acaba de entrar:) Se fueron al amanecer. Yo estaba escondida en la cocina pero pude ver cómo salían, cómo se llevaban libros y discos y papeles. Todavía, desde la calle, lanzaron piedras y rompieron más vidrios. Recé un Padre nuestro y me dije que tenía que avisarle al señor Villaranda. Cuando abría la puerta, oí ese ruido, me asomé y vi al joven, desmayado...

Escucho mi voz. Acabo de preguntar qué ha sucedido, pero tan leve, tan calladamente que repito las palabras tres veces. Enrique habla, nervioso, agitado, con voz ronca:

—Eso es lo que quiero, lo que queremos preguntarte. Necesitamos una explicación. Todos, ¿entiendes? El señor Villaranda, nosotros, Beatriz... ¿Quién era ese tipo? ¿Por qué le diste las llaves? ¿Quién eres tú para permitirte ese atrevimiento inadmisibles para el señor Villaranda? ¿Quién crees que eres para hacer sufrir a Beatriz como lo has conseguido? ¿Te imaginas que el señor Villaranda te ha concedido el honor de trabajar con él así como así, por tu bonita cara? He revisado el cuaderno pero, por fortuna, esos tipos no lo destruyeron. ¿Te imaginas lo que representaría si lo hubieran hecho? ¿Años y años de investigación para que todo terminara en manos de esos asesinos, de esas bestias? ¿Qué explicación le vas a conceder al señor Villaranda? ¿Cómo vas a justificar tu conducta, tu falta de res-

peto, el no haber hecho hasta ahora nada de la tarea que te han encomendado y para la que fuiste elegido entre cientos de aspirantes? Contesta, imbécil.

Veo que Marcos intenta calmarlo con un gesto, con un ademán. Pero Enrique lo interrumpe, se acerca a la cama y de golpe arranca algo de mi cuello. Miro la cadena con la estrella de David.

—¿Y esto? ¿Qué quiere decir esto?

Muevo la cabeza, trato de decir que no sé, que no recuerdo nada.

—Basta de mentiras. Primero el cuento del hombre que te ofreció dinero y los tipos que te golpearon. Ahora esto. Es inadmisible. El señor Villaranda no tolerará lo que ha sucedido. No cierras los ojos y basta de hacerte el idiota. El médico diagnosticó una conmoción cerebral leve, unas contusiones y luxación del hombro derecho. Conseguimos que te atendiera aquí, que no diera parte a la policía porque él insistía en que podía tratarse de un asalto. Tuvimos que pagar para evitar el escándalo, para que fingiera no advertir el estado en que te encontrabas, que limpiara la sangre que tenías en la cara y las manos, sí, sangre que no era tuya por la sencilla y estúpida razón de que no te habías abierto nada; que pagar por un silencio que podía comprometer a ese médico y del que ahora nosotros somos responsables. Que pagar como tendremos que pagar las demandas por alteración al orden público, por daños y perjuicios en propiedad privada, por todo lo que hicieron esas personas que entraron anoche, a los que facilitaste la llave, a los que te obsequiaron en cambio esta cadena, este signo, este distintivo, a los que no sabemos si revelaste los trabajos del señor Villaranda. ¿Te imaginas que no comprendemos las consecuencias de tu conducta? Esos tipos son más poderosos que nosotros, siempre triunfan. Andan por todas partes, buscando todos los secretos, adivinándolos, robándolos. Por eso son poderosos, por eso van a terminar con nosotros, a exterminarnos, siendo los amos de algo que hemos buscado y que nos pertenece por derecho

propio, por justicia. Y tú, el elegido, has sido precisamente el que les regala el tesoro. Tenemos que saber quién es el jefe, el que te dio este signo y averiguar si conoce el cuartel del señor Villaranda.

La luz hiriéndome los ojos, el dolor en el brazo, en la espalda, en todo el cuerpo. Un solo dolor progresando, oprimiendo, lacerando. La estrella de David baila, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, más aprisa, produciendo un tintineo largo, agudo, estridente. Les he dicho, les he tratado de explicar que no sé de qué me están hablando, que no recuerdo nada. Sobre todo, que me dejen un momento en paz, que no tolero este dolor. No: les he dicho que he estado buscando a Beatriz. Ahora es Marcos el que grita:

—¿A Beatriz? ¿Y se puede saber en qué sitios, a qué horas? (Quisiera decirles —he estado a punto de hacerlo— que en otros lugares y a horas diferentes. Pero algo me ha impedido abrir la boca, algo —una mano que no he reconocido— que me indica silencio, Marcos no ha advertido ese deseo ahogado.) Ella te ha concedido tres citas en estos días y no has aparecido. Ni una palabra, ni la más elemental muestra de cortesía. (No, Marcos, la he buscado, quisiera decirte que la he buscado desesperadamente. No está. Nunca está. Ni allá ni acá, ni en los sitios que ustedes señalan ni en los otros. Ahora acabas de decirme que ella ha venido aquí, a mi casa, que se ha atrevido a venir desafiando la prohibición de sus padres, arriesgándose a salir, por la noche, y a dejarme mensajes por debajo de la puerta. Acabas de mostrarme unos papeles que tiemblan en tus manos, esos papeles que arrojas a mi cara, que busco entre las sábanas, que consigo sostener, que leo: "La espera en el café ha sido larga e inútil. Te dejo una zapatilla de cristal como constancia"... "Creo que todos me han mentado. Por un momento llegué a creer en ese amor que aseguran tienes por mí. Y de tal manera he creído que conseguí inventar tu rostro y hasta otorgarte el nombre que tiene, forzosamente, que ser el único que te

corresponde y, en todo caso, aquél con que podré llamarte para que nunca desaparezcas de mis labios. En fin, llegué a creer en tal forma que no sentí, acaso para nuestra desgracia, el terror de amarte por el simple hecho de saberme amada. Sin embargo" . . . "Otra espera. No puedo estar ya tranquila, permanecer a un lado. Desobedezco órdenes, pero peor que el castigo es la cotidiana aceptación de que he sido engañada sin conocer el motivo. Acabo de leer algo que me gusta: Sólo copiada en tus ojos se puede leer mi vida." Beatriz: ahí está tu retrato, visible únicamente para mí. Y aquí está todo lo demás: estos golpes, estas noches que no han dejado recuerdo, el no preguntarme ya más, nunca más, qué hago aquí. Ya no pienso en los retratos de los Villaranda que están colgados en las paredes porque a fuerza de no pensar en ellos ya no los veo, ya no están. En cambio, tú permaneces en esta habitación y cada vez que salgo a buscarte desapareces. Tienes que creerme.)

—Tienes que creerme —he dicho en voz alta, casi gritando. Marcos y Enrique se miran, acaso preguntándose a quién de los dos ha sido dirigida esa súplica.

—Es inútil —dice uno de ellos—. Será mejor dejarlo descansar. El médico lo ha indicado —luego, Enrique me advierte: Volveremos mañana. Ahora tenemos que ocuparnos de esto (y agitó el papel en que se me acusa ante la policía) y sobre todo de esto (y la estrella de David volvió a tintinear). Permanecerás acostado y para evitar otro disturbio cerraremos la puerta con llave, quiero decir que cambiaremos la cerradura.

—¿Y Beatriz? —pregunto atemorizado.

—Pronto tendrás noticias de ella. Ahora está recluida en su casa. Otra vez enferma.

Tula los acompañó a la puerta. Me llegó el ruido de la llave dando una, dos vueltas. Cerré los ojos.

—Hay cosas que no les dije.

En medio de la habitación, la figura de Tula aparecía alargada. Su vestido negro aumentaba la palidez de su cara

sembrada de arrugas. La boca abierta trataba de esbozar una sonrisa cómplice. Se frotaba las manos.

—Por ejemplo, que hablé con él.

De pronto volvió a aparecer una sensación inexplicable pero ya sentida antes, un cierto poder de fascinación que me obligaba a no apartar los ojos de aquella figura que ahora me parecía extraña, nunca antes vista. ¿De dónde sacó ese gato que acaricia lentamente, ese animal que ronronea inquieto y que me mira, acechándome? Debo haber demostrado mi asombro porque Tula, inmediatamente sonrió (de otra manera, diría que maternalmente). Su voz cambió repentinamente, en el exacto momento en que sonreía así y de un paso ágil abandonó el rayo del sol.

—Es el Misho, mi pobre Mishito. La Señora estaba tan sola . . . Yo, por lo menos, tengo al Mishito, me dije. En cambio la pobre Señora no tiene a nadie. Así que bajé la escalera, toqué la puerta y le dije: "Señora, le presto a mi nene. Unos días, claro, unos cuantos días. Para que Usted tenga compañía." Pero hoy tuve que recogerlo. La Señora ya no existe y el pobrecito nene no está acostumbrado a estar solo. Pero ha cambiado mucho: no quiere que le dé de comer, no quiere que lo cargue, que lo acaricie, que lo arrulle como antes. Quiere arañarme. Siento cómo se estremece todo su cuerpo preparándose para el salto. Y yo le digo: "No, Mishito, con mamá no se hace eso. Mamá es buena y te quiere. Tú eres su Misho, su nene, su hijito y no te escaparás de aquí." Pero no me hace caso. Así es la vida: uno preocupándose por los nenes y apenas crecen, así, un poquito, se van. O simplemente se olvidan de todos los desvelos, las lágrimas, los sacrificios, las noches sin dormir, las enfermedades. De todo. Quien sabe cuántas cosas malas aprendió en casa de la Señora. Tal vez nunca debí prestarle al Mishito. Pero la pobre Señora estaba tan sola . . . Vamos Mishito, pórtate bien, no tengas miedo, estás con el joven y con mamá que te quiere mucho, nadie te va a hacer nada malo, no te muevas así, no me arañes gato de mierda.

El gato saltó de los brazos de Tula y desapareció.

—No es nada, joven, no se preocupe. Un arañazo, eso es todo. No tiene importancia, no me duele. No sé qué le pasa. Antes no era así. Al contrario: un pequeñito y suave Misho. Obediente, cariñoso. Lo encontré una tarde, temblando de frío, en la calle. Misho, Mishito, le dije y permití que lo cargara, lo besara, lo arrullara. Dormía conmigo. Estaba pendiente de sus menores caprichos. Le di vitaminas. Eso fue poco tiempo después de que entré a trabajar aquí por órdenes del señor Villaranda. ¿Verdad que nunca le ocasionó a usted molestias el pobre Mishito? ¿Verdad que nunca se dio usted cuenta de que en esta casa hubiera un Mishito? Así era de bueno y de callado, de obediente. Y ahora, ya ve usted lo que acaba de hacer. Pero no se preocupe, no es nada serio, nada de peligro (Tula se volvió y buscó con sus pequeños ojos miopes a punto de llenarse de lágrimas el retrato de la vieja Villaranda, la que estrangulaba gatos). Ni usted tampoco, señorita. Voy a esperar más tiempo, a estar segura de que voy a quererlo más, de que me resultará indispensable para seguir viviendo. No se preocupe, señorita, lo haré bien, sin equivocarme. Puede usted estar segura.

Otra vez es Tula, la de hace un momento:

—Hay cosas que no les dije. Por ejemplo que había hablado con él.

No debiera escucharla. Tengo miedo. Acaso sería preferible no saber nada. Tengo miedo. Cállese, eso quisiera decirle. No obligarme a recordar, no aumentar este dolor, dejarme en este estado, no despertarme.

—La noche que vino con usted lo miré. Nunca había visto un ser tan hermoso. Nunca había visto un ser tan terriblemente triste. Es un Ángel, me dije. Pero enseguida comprendí que era otra cosa, alguien venido de un mundo desconocido, no un ángel precisamente sino otra cosa. Diferente. Escuché todo lo que le decía y cuando se fueron lloré. Lloré por no haberme atrevido a entrar y decirle: "Quiero ser tu madre. Puedo abandonar al Mishito. Yo

tampoco tengo a nadie ahora." Y lo hubiera besado, acariciado, arañado. Hubiera vivido con él muchos años. Dormiría entre mis brazos y escucharía su sueño. Pero me quedé escondida, como si algo me impidiera romper esa especie de encantamiento.

"Volvió después, solo. ¿Puede usted imaginarse lo que sentí al verlo? No puedo explicárselo. Pero estoy segura de que todo mi cuerpo estaba ardiendo. Pero estoy segura de que tuve que apoyarme en la puerta para no caer. Pero estoy segura de que hubiera sido mejor que no volviera, no verlo nunca más. Si no hubiera regresado acaso ahora podría olvidarlo, o mañana, o el día de mi muerte. Lo hubiera olvidado fácilmente porque ya me estaba repitiendo que eso no era posible, que me estaba portando como una niña, que se trataba de un sueño. Eso, sobre todo, que se trataba de un sueño y que estaba despierta y que ya lo estaba olvidando. Pero regresó, solo. Ahora estoy condenada sin remedio. No me dejará en paz, no me dejará dormir, ni siquiera me dejará soñar otra vez con él. Tengo que aceptar que no me dejará morir en el seno de Nuestra Santa Madre Iglesia.

"Entró tambaleándose y se dejó caer en el sillón. Yo no sabía qué hacer. ¿Estará enfermo, estará herido? Me miraba con unos ojos muy tristes. Me pregunté si los otros podrían sufrir así, como él, de esa manera. Me pregunté si usted sufriría así por la señorita de la fotografía. No, imposible. Sólo yo. De otra manera y acaso por diferentes razones pero sólo yo me podría comparar en ese espantoso sufrimiento. Entonces se sirvió un vaso de ron y empezó a hablar.

(Tula ha tomado un vaso y apretando mis manos las obliga a sostenerlo mientras busca una botella. Lo llena, lo lleva a mi boca. Un relámpago. Los ojos del gato. La voz de él en la boca de ella.)

"Otra vez he sido expulsado. Acaso hubiera sido mejor no haber encontrado el sitio seguro. Pero ya está consumado y no tardará el tiempo que anuncie el contagio. Voy a de-

jarle otro mensaje. Usted le dirá que fui otra cosa hace ya algunos años. Usted le dirá que tuve todo, absolutamente todo lo que se puede tener. Que llegué a tener más de lo que nos es permitido. Que conseguí cambiar el orden. Pero he caído de nuevo y más profundamente que antes. Dígame que estoy dispuesto a cerrar la mano y a desaparecer definitivamente, así, plaf, reventado. Que busque en los lugares que le he indicado porque ahí encontrará. Ahí y aquí, dentro de él mismo pero siempre y cuando se decida a hablar. Mi mayor equivocación ha sido creer que era la encarnación de lo que antes otras bocas habían anunciado, que yo era la realización de un presentimiento. Dígame que no caiga en esa trampa. Todavía no llega aquel que esperamos y por tal motivo muchas personas, por maldad o por inocencia o por no querer o poder esperar más, engañan y se mienten. Dígame que no desespere: alguien más fuerte que yo lo ayudará.

"Se sirvió otro ron. Luego, en este papel escribió algo para usted. Se levantó y me miró, sonriendo dulce, tristemente. No se vaya, por favor no se vaya, no te vayas, le dije, le grité, yo, esta pobre, miserable vieja. Quédate aquí, conmigo, encerrado, escondido, le supliqué, llorando, enloquecida, a sus pies. Me obligó, me ayudó a incorporarme. Lo conduje aquí y se quedó conmigo hasta el amanecer.

"Pero anoche volvió, con una horrible guntuza. Nunca debí haberle dado la llave. No me reconoció. Ya sabe usted lo demás, lo que pasó. Yo gritaba en la cocina: Acábame, acábame, no puedo más. Se fue. Se fueron. Después usted estaba desmayado en la escalera. Eso es todo."

Me extendió un papel arrugado en el que estaba escrito Mane. Tece. Fares.

Desperté sobresaltado: estaba soñando que alguien entraba en mi habitación cuando aún no terminaba el festín. El crimen coincidió con el largo, agudo alarido del gato.

Enrique, Marcos, Graciela, Leonor, Teresa están sentados a mi alrededor y observan, atemorizados, las palabras te-

ribles. Daniel las ha descifrado y se retira, sonriendo. Uno por uno se levantan, abandonan sus lugares, dejan que el vino corra manchando el mantel, sus ricos atuendos. Sólo permanezco yo contemplando el desastre, aguardando la mano que consumará el magnicidio. Poco tiempo duró mi reinado y antes del asesinato ya los ministros se reúnen para designar al nuevo soberano. Las copas siguen derramando el licor rojo, empapando las frutas, los restos del festín. Espero en silencio, llenando mis ojos de aquella antigua riqueza, apropiándome de ella, pensando que fue mía y que no supe aprovecharla. El poder duró menos que esta espera. Se abre la puerta, rechina un poco, los pasos resuenan en la habitación. Cierro los ojos. El gato avanza, se detiene, me observa: ya saltó sobre el retrato de la vieja Villaranda cuya efigie desaparece rápidamente entre maullidos triunfadores.

Me escondo otra vez entre las sábanas. Grito: "Tula" y aparece la vieja. "¿Qué le pasa?" "Un accidente, dos coches, toda la calle está sembrada de muertos, de sangre." Tula sonríe con su cara arrugada y me indica que no comprendo lo que digo. Se parece a Beatriz. Eso acabo de descubrir. Es Beatriz vieja y fea, en estado de descomposición. No quiero verla. Se asoma a la ventana y dice, tranquila, que la calle está desierta. "Todo el mundo duerme, joven, y usted también." Se retira a la puerta pero antes de salir se vuelve y dice, avergonzada, que lamenta haber olvidado las gafas.

Y ahora escribo: "¿Sabe usted que estoy liquidado? Ayúdeme, acuérdesse de mí, tiéndame su mano, cubra mi cuerpo que ya no conoce sino el desgarramiento de carne y vestiduras. Encuentre a aquel que desapareció y pregúntele el sitio exacto en que Beatriz se oculta." Kershenovich, Skornik, Kessel, Kleinburg, Lichter, Rubisewski. Tiene razón, Tula: no terminaré nunca. La vieja observa la lista y comenta que nunca creyó que "esos" fueran tantos. "Tiene razón el Padre —añade—, sí, ahora entiendo que tiene razón el Padre: se multiplican como los gatos." Pero estoy

seguro de que ella también espera que alguno de esos sobres llegue a su destino.

¿Cuántos días han pasado, Tula? La vieja se apoya en la escoba y trata de recordar. No sé, joven. Muchos, demasiados, incontables. Pero todavía no ha conseguido borrar las inscripciones de las paredes. Pienso en las palabras terribles y levanto los ojos y aunque me he prohibido repetir las sigilo los trazos indelebiles: "Aducía razones inquietantes." Bajo la cabeza, avergonzado. Muchos, demasiados, incontables días. ¿No la encontró en aquella fiesta, joven? Los señores habían jurado que allí estaría. No lo sé, Tula. Fui, eso creo, eso dijeron, eso aseguran. Pero me sacaron borracho. Un escándalo, dijeron. Otro escándalo. No estaba tampoco aquella noche en casa de Enrique, cuando por primera vez me invitó a cenar. Una casa muy bonita, vieja Tula. Un negro nos abrió la puerta y atravesamos un jardín poblado de árboles enanos. Hay que bordear tres estanques y subir cien escalones para llegar a la entrada de la casa. Miraba a Enrique, a Marcos, a los otros invitados y trataba de adivinar qué tesoros se escondían detrás de esos armarios. Pensé que otras vajillas, más lujosas, aguardaban tranquilas a personas que todavía no habían llegado. No estaba Beatriz, pero recuerdo que alguien dijo que algún día se anunciaría su presencia. ¿En el lago? ¿Tampoco estuvo en el lago aquella tarde? Sabes perfectamente que no, vieja Tula. Lo sabes porque fuiste conmigo. Sí, era una tarde muy hermosa. Caminamos por el paseo central sintiendo cómo se deshacían las doradas hojas bajo nuestros pies. A lo lejos se escuchaba una música muy triste. Pero estaban también las risas de otros paseantes, llantos de niños, gritos de coche a coche, palabras murmuradas apenas y que no sabían que el viento las obligaba a crecer al chocar con nuestras orejas. Y estaba el ruido de los surtidores, el ruido de los remos moviendo el agua. Tomé solo una barca. Sí, joven, recuerdo que le dije avergonzada que ya estaba demasiado vieja para esas travesuras. Y me quedé en la orilla viendo cómo se alejaba usted. Sí,

vieja Tula, me alejaba en la barca pensando en Beatriz, buscándola entre todos los pascantes que ocupaban barcas iguales a la mía. Pero no se puede llegar a ninguna parte: todas las orillas son la misma y forzosamente hay que regresar al punto de partida. Ir y volver es idéntico. Sí, vieja Tula, me advertiste a gritos, agitando las manos, señalándome un punto. No comprendí lo que tratabas de decirme y sin embargo me dirigí hacia la derecha, esquivando las otras embarcaciones, temiendo zozobrar, acaso buscando el choque, el naufragio, el rápido hundimiento y el no poder liberarme del lodo que me aprisiona, del agua que penetra en todo mi cuerpo. Y después me dirigí hacia la izquierda porque tú, vieja Tula, señalabas ya otra dirección. Y de nuevo a la derecha y otra vez hacia la izquierda y adelante y bajo el agua que salta y cae y me ciega. Hasta que ví que Marcos y Enrique me saludaban desde otra barca. Frente a ellos estaba una mujer. Y de pronto habían desaparecido y te observaba, vieja Tula, riéndote, saltando, tapándote la boca, apretándote el vientre, agitando tus diez dedos en todas direcciones. La barca empezó a girar y dejé que los remos se fueran al fondo. Pero la barca me condujo a la orilla. Sí, joven, recuerdo. Recuerdo que le dije que los señores llegaron antes que usted, que desembarcaron acompañados de una mujer y que se fueron corriendo. No, joven, no. Ya me lo ha preguntado usted cien veces: no pude verla sencillamente porque no tenía puestas las gafas. Los señores me avisaron que usted había perdido los remos, eso es todo. No me preocupé porque el dueño del embarcadero me explicó que todas las lanchas regresan al puerto. ¿Está usted seguro que no la encontró esa tarde, en el paseo? No, vieja Tula. Fuiste conmigo, lo sabes. No estaba Beatriz.

Tampoco en la sinagoga. Por Dios, joven, es pecado entrar en esos lugares. Tampoco en esa otra iglesia, sin santos. No figuraba en el cortejo de niñas coronadas con velas y flores. ¿Y en el mercado, en esa feria? No estaba, no estaba. Ni en el domingo aquel en el pequeño poblado donde

se celebraba la fiesta ni en el ese otro domingo aquel en el parque de diversiones. Beatriz no está en ningún domingo, en ninguna parte.

No, vieja Tula, ya no preguntes, voy a salir, voy a buscarla.

Pero la vieja Tula me detiene. Me advierte que se le ha olvidado contarme algo de suma importancia. Me conduce hasta el sitio que guarda el retrato de Beatriz. Tula sonríe, se arrodilla, esconde su rostro entre las manos, reza, Dios Padre, no nos atormentes más, ten piedad de nosotros, pobres pecadores. Hace la señal de la cruz y murmura: "Recibí noticias de él. Me pide que cuide de usted y que le anuncie que mañana vendrá el Mensajero."

Se sirve un vaso de ron y me ofrece otro. Tula y yo bebemos hasta que el retrato de Beatriz empieza a alejarse, a perderse. El viejo cuerpo flaco de la sirvienta tiembla entre mis brazos. Todavía alcanzo a ver su boca que sonríe, que se pega a mis labios, que me muerde.

"¿Estás contento?", me pregunta. Pero, en verdad, acaba de decir mi nombre.

Cuando entro en el cementerio suena una campana. Me detengo, sorprendido. Un ataúd avanza lentamente seguido por cuatro mujeres viejas. Sus rostros ajados están cubiertos por afeites que resbalan con el sudor. Caminan con pasitos tambaleantes, sosteniéndose unas a otras. De trecho en trecho, se detienen, respiran profundamente, se arreglan los sombreros, el cabello grisáceo, las mechas que caen o se revuelven, las faldas. Luego, dan una carrerita y siguen al ataúd. Sus gemidos, sus voces se confunden con el lamento de la campana. Empiezo a llorar. Veo cómo se detienen, al fin, sofocadas por el calor y el esfuerzo. Veo cómo descende el cajón negro. Las veo, inclinadas, arrojando flores marchitas, fotografías, reliquias, en el agujero. Tratan de contener los sollozos. Se ha ido —dicen en coro—, se ha ido y nos ha dejado solas. ¿Quién de nosotras nos abandonará primero? Eso nos preguntamos todos los

días después de persignarnos, desde hace ya no sabemos cuántos años. Se murió primero ella, la más olvidada del mundo. Las mujeres regresan después de echar la última mirada a la tierra que se amontona tontamente. No tuve tiempo de esconderme y las mujeres me han visto que estoy llorando. Era una gran artista —eso dicen, en coro—, la mejor artista del mundo. Pero ya nadie se acuerda de ella. Rece usted por ella. Rece usted por la salvación de su alma. Solicite usted el eterno descanso de ella. Yo, siento una gran vergüenza.

No, no es ésta. La tumba blanca de tu madre virgen se halla en otra ciudad cuyo nombre te parece extraño. Tampoco está aquí la tumba de tu tío por la sencilla razón de que él morirá tres años más tarde. Eso, al menos, anunció la Presencia. "Hágase Tu voluntad así en la tierra como en el cielo." Sólo el murmullo de las oraciones interrumpe el silencio tranquilo. Los cipreses se balancean lentamente. Por primera vez, comprendo que el silencio, los cipreses, las tumbas, son otra cosa y, por tanto, lo único que me pertenece. ¿Una de estas tumbas es la de mi madre? ¿O la de mi padre, el que desapareció, el que decidió ser un nómada, el que se fue —acaso— en busca de la honra, el que quiso fundar otro hogar, el que se fue —acaso— para vivir, todavía vivo, pensando en fundar la ciudad que sólo podrá edificarse con su palabra, con la única palabra por él inventada, él, todavía vivo, bautizado con el nombre de Abel, oculto bajo otro nombre? Padre Nuestro. Tu ataúd pasa frente a mí. Nos hemos perdido. Hoy, esta tarde, te encuentro, te reconozco. Estoy suponiendo que te quería, padre, tú, desconocido, quiero decirte que soy tu hijo, para que así, padre, tú sepas que fuiste mi padre, padre, yo, el siempre fiel, el único capaz por tanto de traicionarte.

Ya no quiero preguntarme qué hago aquí, a esta hora. Voy al sitio en que acaban de enterrar a esa mujer cuyo cortejo formaban las cuatro o cinco mujeres disfrazadas.

Murmuro, tontamente: "Ruego por la salvación de tu alma."

A lo lejos apareces. "Beatriz", me digo, tratando de aplacar el golpeteo del corazón. Pero no; es Graciela que camina con pasos lentos, tan lentos que parece no avanzar porque estoy en el presente. No es hoy o mañana; tampoco sueño ni soy víctima del recuerdo. Es de día. El sol no se ha oscurecido. Palpo ávidamente todo mi cuerpo. Permito que el aire inunde mis pulmones hasta que me duelan de tanto tragarlo. Graciela avanza. Reto al sol: a ver quién cierra primero los ojos, a ver quién es más fuerte. Graciela avanza y eso quiere decir que estoy en el presente, en el primer día, que ella va a invitarme a una fiesta, que todo está en orden y en su sitio. Al fin, ya está a mi lado y toma una de mis manos. Caminamos en silencio. Graciela es otra. No podría precisar exactamente en qué consiste la diferencia. Adivina mis pensamientos y sonrío, apenas. "Sí, he envejecido." Luego, me mira con ojos bondadosos. "Tú también", murmura. "Tú también ya no eres el mismo." La pregunta: "¿Y Enrique, y Marcos, y Esteban, y Rosalinda, y Beatriz?" Vuelve a mirarme, sorprendida y se encoje de hombros. "No tienen por qué estar aquí. Vine a visitar a Leonor." Señala una tumba, a lo lejos. "Es ésa —agrega—, desprovista de los santos óleos por haber cometido suicidio. Leonor está presa en la tierra. A veces puedo escuchar su voz pidiendo que la desentierren. Asegura que no promete ni niega nada. Pide auxilio. Llama a Teresa. Ahora tú y yo estamos con ella. ¿No quieres rezar conmigo?"

—He olvidado todas las oraciones.

—Repite entonces: Dios te salve, María, llena eres de Gracia, el Señor es Contigo y Bendita seas entre todas las mujeres. ¿Sabes una cosa? Emilio le dijo al que cuenta la novela que Leonor era una idiota porque estaba molesta por algo, pero que era guapa. Sí, ya sé: estamos ofendiendo a Leonor, pero ¿qué quieres? (Caminamos unos pasos en silencio.) Guapa, hasta bonita, hermosa si así lo deseas.

Teresa y los otros consiguieron que se volviera vieja y fea, que se matara.

—¿Lo mismo va a suceder con Beatriz?

Me miró con tristeza, un momento:

—Todavía piensas en Beatriz. . . Sí, creo que sí. Acaso porque eso es lo que en el fondo, a fin de cuentas, sin quererlo verdaderamente, asegurando lo contrario, es lo que descamos. Me resulta difícil explicártelo porque vine aquí a ver a Leonor y no para hablar de Beatriz. Además, porque estaba segura de que la habías olvidado.

Grité:

—No, nunca. Al contrario. Está siempre aquí y aquí, sin abandonarme un solo momento. Todos los días de todos los días durante ya no me acuerdo cuántos. La he buscado, me he perdido, me he hundido. Estoy lleno de vergüenza, de oprobio. Soy otro, una especie de enfermo que escapa por temor al contagio.

—Sí, lo sé. Todos lo sabemos. Yo tampoco soy la misma. ¿Recuerdas a aquella Graciela, la de la fiesta de Leonor? ¿Te parecía que yo era guapa, o al menos bonita, o si quieres, digamos, simpática? ¿Te parecía que no era fea? No, no contestes, no digas nada. Soy una ruina. No sé cómo ha sucedido esto. Simplemente, un día me miré en el espejo y vi que tenía canas y arrugas. ¿Qué ha pasado?, me pregunté, horrorizada. Nada. Envejecí, eso es todo. Envejecí de tal manera que llegué a pensar que Tula y yo teníamos la misma edad. Tula. . .

Tuve que repetir la pregunta porque Graciela no me escuchó. Permaneció callada un momento, se sentó en una banca. Los cipreses se movían con el aire levemente fresco.

—Por supuesto. La he visto. Pero no la conozco, no podría decirte quién es, describirte la forma de su nariz, el color de sus ojos, la manera que tiene de sonreír, de caminar. Los otros también la conocen. No entiendo por qué preguntas estas tonterías. ¿Guapa, bonita? No, más que eso. Hermosa. No sé. Enrique dice que es una especie de alucinación. Pero yo creo que es algo más. Es como. . . Enri-

que dice que... bueno. Marcos asegura que Beatriz es alguien que no se parece a nadie. Sí, eso creo. Beatriz no se parece a nadie porque...

—Me pregunto por qué Enrique no quiso seguir enamorado de Beatriz. Como respuesta, lo único que se me ocurre pensar es porque nunca podría retenerla. Ni él ni nadie. Tú, en cambio, sí. Tú, ¿quién eres tú? ¿No te han asegurado bajo juramento que eres el elegido? Qué gran honor. Ya comienzo a ver los resultados de esta maravillosa tarea que te han encomendado. ¿No te das cuenta? Durante mucho tiempo me he torturado tratando de saber exactamente qué es lo que Beatriz se proponía contigo. Tuve que envejecer para aclarar este asunto. Voy a tratar de explicártelo. Por una parte, Enrique y Marcos y... y otros... muchos más... han buscado a Beatriz, quiero decir que han buscado en ella una especie de perfección. Pero cada vez que creían haberla alcanzado, Beatriz se escapaba. Al ser designado tú, el elegido, todos esperábamos que lograras ese objetivo en nombre de los hijos, los que tratamos de fundar, por segunda vez, esta ciudad, nosotros, los paricidas, los pastores. Pero, por otra parte, deseaban que te enamoraras de ella, que la desearas, ¿comprendes?, no como ese ideal de que tanto hablan sino... sino carnalmente, quiero decir: como mujer. Así, ellos podrían retenerla y tú la perderías. Al entregarla, mancillada, sucia, ellos tendrían la oportunidad de tenerla intocable, perfecta, eternamente pura.

La fealdad de Leonor está tranquila en su tumba. Yo, Graciela, trato de explicarte algo que, después de todo, no acabo de comprender cabalmente. Ya ves, hace un momento, te decía lo contrario. Tu compañía me rejuvenece. Quisiera llevarte, Graciela niña, a casa de Leonor y bañarte. Pero la casa de Leonor está clausurada y tengo miedo que me lleves a un burdel. No, te lo suplico, te lo ruego, ya no preguntes nada, no me obligues a hablar. Estamos aquí profanando la tumba de Leonor mientras que Beatriz se encuentra en una casa de campo, en una especie de

sanatorio, ocultando el nombre de sanatorio para que no se asusten los clientes. Ayer la visité. Me preguntó por ti, insiste en saber por qué no quieres verla, está obsesionada por saber si su retrato permanece en tu recámara. Y yo le respondí que no has dejado de buscarla mientras ella me describía el retrato viejo, amarillento, arrugado. Estaba sentada en un gran sillón y sonreía. Me preguntaba si deseaba algo, si no tenía frío, si estaba o no cansada. Estaba pensando en ti. Ella, claro. No me toques. Siento asco de ti, de todos, de mí. Sobre todo de mí. Un asco infinito, inacabable. Quiero rezar por Leonor.

Llegamos a la puerta del cementerio. En una pared se leen estas palabras: "Hoy por mí, mañana por ti." Quise decirle algo a Graciela, muchas gracias o no sé qué. De todos modos —sí, eso quise decirle—, de todos modos muchas gracias. Pero no dije nada. Ella, en cambio, murmuró: "No te preocupes. No nos habíamos visto en mucho tiempo. Es lógico que preguntemos: '¿Cómo estás?' y que nos demos la mano, como buenos amigos, asegurando que pronto volveremos a encontrarnos. No me olvides." No, Graciela, no te olvido.

Me soltó la mano y desapareció. Volví los ojos a la sucesión de tumbas. Los cipreses se agitaban con el viento. Oscurecía. Graciela, ¿por qué no me dijiste en qué casa, en qué ciudad está Beatriz? Anuncian que es la hora de cerrar. Quisiera decirle algo a la pobre Leonor. Pero no se me ocurre nada.

Dos pisos abajo de mi casa vive una mujer que regala la mayor parte del día y de la noche asomada a la ventana. Apenas puede verse su cara porque se oculta tras las gruesas cortinas amarillentas. Cuando subo las escaleras —ya tarde— puedo adivinar su figura; la mujer espiaba la calle con la ayuda de un leve resplandor luminoso. Durante las breves horas que salgo por la mañana, la veo ahí, inmóvil, la vista dirigida a un punto lejano e impreciso. Una vez hizo un ligero movimiento de la mano, algo que interpreté

como un saludo. Y yo le respondí, sonriendo. Apenas podía adivinarse su vestido negro, el cuello de encajes, una especie de sombrero que cubría largos mechones grises. Al principio, Tula no sabía quién era, con quién vivía, a qué se dedicaba. "Todo el tiempo está asomada a la ventana y tiene sobre su regazo una tela roja que cose y descose", me explicó. Nunca me inquietó esa figura eternizada en la ventana, pero un vago impulso me obligaba, a todas horas, a buscarla y el saberla allí, clavada en ese sitio, me tranquilizaba en cierto modo. Un día, Tula me contó que nadie sabía nada acerca de ella, que el administrador del edificio le había dicho, simplemente, que tenía muchos años de vivir en ese departamento, sola, y que nunca recibía visitas.

Pero Tula no quedó satisfecha y siguió investigando, cada vez con mayor insistencia. Al fin descubrió que alguien, "otra", la había conocido. "Dice que era muy hermosa y que tenía fama como actriz o cantante de ópera. Se vestía con trajes elegantes y caros y muchos señores la visitaban. Dicen que su nombre salía casi todos los días en los periódicos y que después de regresar del teatro organizaba fiestas hasta el amanecer, que recibía regalos y que, puntualmente, todas las tardes, durante muchos años, un señor de la confianza del presidente, descendía de su automóvil, con un ramo de flores, y se quedaba con ella. Un día, una tarde, el señor no volvió y ella se encerró en la casa. Dicen que se quedó muda."

¿Quieres escuchar algo de música? Sí, las *Escenas de niños*. Por una razón: Beatriz, en este momento, toca estos pequeños, hermosos trozos en la casa de campo cuya dirección ignoro o quieren ocultarme. Ensueño, el caballo de madera, el poeta que al fin habla. Releo el mensaje que acaba de enviarme Beatriz y estoy seguro de que la firma es falsa. No sé si es de día o de noche pero salgo a buscarla porque tengo que encontrarla en algún lugar. Pasa una patrulla de policía y dos mujeres se esconden entre los

árboles, dando pequeños gritos, evitando la luz del reflector. Voy al cine Chapultepec —pero un negro me advierte, después de escupir en el suelo, que por órdenes superiores el salón ha sido cerrado. Voy al café Viena: el mesero ha sido sustituido por un muchacho parecido a Daniel. Recuerdo (ahora) que la taquilla del cine estaba atendida por el viejo gordo con el aparato para la sordera. "Te espero, búscame", decía el mensaje. Recorro la ciudad, las calles oscuras, me detengo en los hoteles. Los faroles y los anuncios luminosos se van apagando. He olvidado el rostro de Beatriz. Sí. Completamente olvidado. Una muchacha se acerca y sonríe. Digo que sí (he comenzado a decir sí a todo) y subimos a un taxi. Me lleva a un cuarto lleno de flores, de imágenes de santos. La tomo entre mis brazos mientras se desnuda, despacio, riendo descaradamente. Siento estremecerse su cuerpo bajo el mío y yo una gran satisfacción por haber llegado a ser como un animal. Cuando terminamos, la muchacha me besa en la boca, me dice "gracias" y sonríe mostrándome una blanca y perfecta hilera de dientes que me muerde la boca, los brazos. Entonces recuerdo que una vez soñé que me visitó un doctor y habló de una puñalada en la espalda. No comprendo qué quiso decir con eso, pero la muchacha se vuelve y me muestra un rostro desnudo, con la huella que dejaron mis uñas, mis dientes. Se levanta, se cubre con una sábana y me repite que quiere mostrarme algo: su colección de santos. ¿Cómo te llamas? ¿Qué importa? Llámame como quieras. Pero digo el nombre de Enrique. No. El nombre de Marcos. Mira, el reloj se ha detenido. Una vez leí que cuando sucede eso alguien va a morir. Ni tú ni yo, dice. Toma de nuevo mis brazos y aprieta mi cuerpo. ¿Cómo te gustaría que te llamara?, pregunta, besándome, bajando su mano por mi pecho, por mi vientre, descendiendo toda ella hasta que su cabeza queda al borde de la cama. "Beatriz." La muchacha me muerde la espalda, riendo. "No, así no. Conozco a una Beatriz, que hace las mismas cosas que yo. Es una muchacha extraña que nunca quiso irse definitivamente con nadie. Yo,

en cambio, ¿sabes?, quiero quedarme. Un tipo me dijo que ése era el objetivo de esta profesión: acabar por quedarse con alguien. Beatriz caminaba por las noches y cuando alguien se le acercaba le daba las gracias y seguía caminando, como si estuviera ¿cómo te diré? ausente o dormida. Una vez hablé con ella —porque ella tenía fama por hacer esas cosas— y le pregunté por qué hacía eso y me contestó, figúrate, me contestó nada menos que ella era uno de sus antepasados y que había resucitado. Me reí, claro.”

—¿Dónde está, dónde está? Quiero verla.

—No lo sé, créeme —y seguía bajando la mano por mi vientre—. En todos lados y en ninguno. No la conozco. No me interesa. Es del tipo de... de nosotras que sólo importa ver. Pero nada más. Creo que es una mafufa. ¿Sabes? —y de pronto la muchacha se puso seria—. ¿Sabes? Cuentan que es la única que resistió al Machete. Buena faena. ¿No sabes quién es el Machete? Un tipo que en Cuba ofrecía la mejor variedad del mundo: “A ver, mises, a ver quién resiste al Machete.” Después de lo que sabíamos, aquélla era la mejor oportunidad de subir de categoría. Una, ¿sabes?, se estanca en estos ambientes. Así, que el Machete, ¿no? Pues no. A mí y a otras compañeras nos acabó, ¿sabes?, lo que se dice: nos desbarató, nos dejó casi imposibilitadas. En cambio, ella, Beatriz... Es una reina, ni hablar. Pero me da asco.

Quiero mirar los ojos de la muchacha, pero ella cierra los párpados, sonrío, sigue mostrando su desnudez: es perfecta, pienso. Caigo sobre ella, que ríe, araña mi cuerpo. “Malo, malo”, susurra. “Quiero irme ya.” Dejo un poco de dinero sobre la mesa. “No, eso no”, murmura ella. “Tengo que salir a la calle a buscar a quien busco y eso que acabas de hacer es un insulto. No lo admito. Voy a caminar y estoy segura de que tarde o temprano, lo encontraré. A ésa, a Beatriz, la acosan; yo persigo.”

—¿Por qué sitios caminará ella?

—¿Ella? ¿Beatriz?

La muchacha sonrío, tristemente.

—Por aquí, por allá.

Enciendo un cigarro pero el cerillo se ha pegado en sus dedos.

Dice:

—Tengo tu marca. Perfecto. No me la quitaré nunca. Perfecto, porque eso es lo que quieren. ¿Conoces a un tal señor Villaranda? El cuaderno que él te ha dado es de color púrpura. Lo sé, porque te conozco. Una vez te vi por el cementerio paseando con una muchacha y hablaron de eso. No descifres nada de lo que ahí está escrito. Si lo haces, llegarías a saber algo que está prohibido.

Acabó de vestirse. ¿De verdad no sabes quién es ella? Es la vieja Villaranda que colecciona gatos para estrangularlos. Bueno, en realidad, no es precisamente ella. Es su abuela, es su nieta. De niña, la muchacha acostumbraba leer el libro de la muerte, casi similar al cuaderno del señor Villaranda. Es la loca que camina por las calles leyendo quién sabe qué libros y esquivando —pero buscando— al hombre que la persigue. Ella me dice que también busca a alguien pero que no ha logrado encontrarlo. Camina todas las noches por la ciudad. “No me abandones”, grito. Ella ríe y comenta: “Cuando veo a alguien, cuando estoy haciendo el amor con alguien, estoy segura de que he despertado a la vida. No me llames Beatriz. Soy la vieja Villaranda, la abuela y la nieta, no la que estrangula gatos sino la que decidió irse. ¿No te recuerdo a alguien?”

—Tengo que irme —digo apresuradamente.

—Yo también —asegura ella, seria.

Soy un fantasma que la abraza. Me gusta. No era yo el que buscaba, por eso creo que también le gusto. “¿A dónde vas?”

—A la Catedral, a la Catedral.

Sonreímos al mismo tiempo. Vamos a oír cantar a Beatriz. Mientras yo esté con Beatriz, la muchacha no corre peligro. Refrena tu corazón, dice uno de nosotros dos. ¿Tú, yo? No: tuyyo, yoyytu. ¿Caminamos juntos? Acaso vamos

a encontrar a esa persona. No me tomes del brazo. Me molesta, me duele, así nos fichan. Yo voy por este lado y tú recorre el otro. Hasta pronto, ha sido muy agradable.

Ha sido

¿Cómo te llamas?

muy agradable

¿Cómo te llamas?

gradable

—Mi nombre es Su Alteza Serenísima e Ilustrísima, Doña Rosalinda Beatriz de Villaranda.

Hizo una seña, ella, la muchacha:

—En mi poder están tres gatos. Los mataré esta noche.

Buenos y suaves cuellos, aterciopelados cuellos.

Y de pronto añade:

—¿Eres tú el que me buscas o tú al que busco?

¿Cayó la luna y anda errante?

No hay nadie.

muy agradable

gradable

No hay nadie en mi casa. Sólo un mensaje de Beatriz: "Te he buscado toda la noche. Soy feliz porque te he visto, un momento, al pasar. Te espero en el jardín."

Tula se puso seria:

—Basta de tonterías —dijo—, vamos al grano, ¿Sabe usted que se murió la señora Beatriz?

Y sin darme tiempo para preguntar ¿quién es la señora Beatriz? añadió, tartamudeando.

—La señora a la que le presté el Mishito, la del piso de dos más abajo, la vieja que vivía asomándose a la ventana. Esa, la mala mujer que pervirtió al pobre Mishito. Yo me dije: pobrecita, está sola, no tiene hijos, no tiene a nadie, entonces se lo presto. Le hizo mal de ojo, lo volvió mal educado. El gato es otro. Araña, muerde, quién sabe cuántas cosas malas aprendió con ella. Todo porque estaba sola. Pero ya la enterraron hoy mismo, esta tarde. Llegó la agencia funeraria y dispuso de todas las cosas.

Dicen (pero eso no me consta) que no había nada en la casa. Es decir: muebles, ropa, dinero, esas cosas. Dicen que tenía un vestido manchado de sangre y que apretaba entre las manos agujas, estambres, madejas de otros hilos. Dicen que le dio una hemorragia cerebral. Bajé a verla: era una viejita arrugada y tenía cara de tristeza. Buscaron por todos lados para ver si encontraban un papel, no sé, alguna cosa, algo. Lo único que yo hallé fue este retrato que debió haber sido suyo. Nadie se dio cuenta de que lo saqué de la casa. Se parece mucho a la fotografía que tiene usted en el espejo, ésa que dice "Beatrice". Entonces fui a cortar rosas rojas y las puse sobre su vestido.

Me muestra el retrato. Las dos muchachas quieren verlo también. "No, díles que no, Tula." "Anda, flaco", dice una. "Anda, tú", dice la otra mientras acaricia a su amigo brasileño que se obstina en pasarme las manos por la espalda.

Tula: "Corté flores rojas. Eran rosas."

Muchacha primera: "¿Vas o vienes?"

Tula: "No se te ha quitado lo idiota. ¿Sabes lo que tienes que hacer? Tocar. Tac, tac. Tocar. ¿Qué te crees? Dije tocar. Vamos a ver, primero tú y luego la otra y después el muchacho para que encuentre la cosa caliente, pero no todos al mismo tiempo, dije tocar, a ver, tac, tac."

Muchacha segunda (que es la misma que la muchacha primera): "Quiero verla."

Tula: "Corté rosas rojas."

Brasileño: "Es esta manera de mirarnos, de sujetarnos un momento en los rostros, en el amor, en los nombres." "Me llamo Aldo." "Me llamo Enrique." "Me llamo Marcos." "No: en verdad te digo: me llamo Esteban." "Ven." "Quiero estar contigo."

(Desaparecen las muchachas. Se va Aldo. Sólo queda Tula.)

Tula: "Estuvo bien que se muriera. Esa mujer pervertía gatos." (Y, sin transición:) "¿La pasó usted bien con ellos?"

"Mis sobrinitas son personas educadas." "Pero prefiero a Aldo."

No puedo comer. Quisiera buscar a Graciela para contarle lo que ha sucedido, para que me lo explique, porque estoy seguro de que ella sabe algo. Cierro la puerta con la doble nueva llave, pongo la cadena, el pasador. Miro fijamente los dos retratos: son idénticos, sólo que el de la verdadera Beatrice tiene un moño que sujeta lo que debió haber sido un cabello rubio. No puedo ver ese moño en el otro retrato.

Estoy de regreso. Tula me abraza y me advierte que nuevos inquilinos ocupan el departamento de la Señora. "Es un matrimonio", murmura, mientras me clava los dientes en un hombro. "Y tienen hijos gordos", añade, riéndose. Desde la cama, escucho a los niños correr y gritar en el falso jardín. "¿Quiere que llame a las muchachas, a Aldo?"

Digo que sí.

Hace muchos días que no sé nada de Marcos y de Enrique. Hoy, ¿qué día es hoy?, me levanto temprano, me baño, me afeito y decido ir a buscarlos a la Facultad. Al verme, Tula se ríe y me pregunta si estoy enfermo. Por la habitación vuela una mariposa negra y Tula abre las ventanas. "Mala suerte, alguien se va a morir", grita Tula. No me importa. Le suplico que despida a las muchachas, que obligue a Aldo a despertarse. No quiero verlos. "Hicieron un buen trabajo", dice Tula. No me acuerdo, pero le doy dinero para ellos. Sí, algo me acuerdo. Tula espanta todavía a la mariposa. "Debe venir de abajo. Que se regrese con la muerta." Al salir, me detengo a mirar un momento el departamento donde vivió y murió la señora Beatriz. Todo parece distinto sin su figura asomándose apenas a la ventana. Las persianas están cerradas. Me hubiera gustado conocerla, hablar con ella, guardar el recuerdo de sus ojos, de su voz. Estoy seguro de que me hubiera contado muchas historias. ¿Fue en verdad, ella, una cantante de ópera, una actriz? ¿Es cierto que un día enmudeció? Toqué la

puerta del departamento. Esperé largo tiempo pero nadie abrió. En ese momento apareció el administrador: "¿Qué quiere?", preguntó y yo sentí como si estuviera cometiendo un sacrilegio. "Nada. Sólo quería ver el departamento." "Ya lo alquilaron." "Lo sé, lo sé, pero sólo quería verlo." "¿Para qué?" "Por simple curiosidad." El administrador sonrió, me guiñó un ojo y abrió la puerta.

Polvo. Aparte del sillón donde ella acostumbraba recostarse cerca de la ventana no hay otro mueble. ¿Qué habrá detrás de esa puerta que no se abre? La ropa. Ahí están Mimi, Violeta, Carmen, Isolda. Y retratos, dibujos, un pequeño cajón que guarda cartas de amor. Y una lámpara, el tocador con perfumes, con joyas, con otros retratos, con una violeta muerta, con figurines. Escuché: "Amami, Alfredo."

"¿Quién piensa en mí? ¿Quién habla por mis labios?"

"¿Ese nombre? ¿No te acuerdas de nada?"

Sí. De Mimi, de Violeta, de Carmen, de Isolda.

"¿Quién piensa en mí? ¿Quién habla por mis labios?"

Mimi, y Violeta, Isolda y Carmen.

No es posible esta profanación. No quiero ver. Me duele ver. El administrador debe sentir algo parecido porque se ha puesto pálido, porque me exige que salga, porque ya está escuchando una voz ensordecedora que grita, que suplica, que exige el exilio. La lámpara colocada al lado del sillón está encendida. Revolotea un enjambre de insectos. Una mariposa negra. Una mujer repite la muerte de Isolda.

El edificio de la Facultad también es otro. Lo veo sucio, envejecido. En el centro del patio, Marcos habla rodeado de sus nuevos vasallos y Enrique responde irónicamente a sus frases. Les hago una seña y los dos me indican que espere un momento porque están convenciendo a alguien de algo. Marcos parece inspirado. Una mano me toca. No me gusta que me toquen. Es Esteban.

—¿Ya ves? —dice, indicándome a Marcos—. Ahora él es el Rey. No por voluntad propia sino porque Enrique le ce-

dió el cargo. Estaba cansado el pobre Enrique. Pero Marcos acaba de recibir mención honorífica y ha sido comisionado para trabajar en una oficina muy importante. En los rincones, Marcos se besa con Margarita y dicen que Enrique ha tenido que volver con Graciela. ¿Y tú cómo estás?

—Bien. Aburrido.

—Pensé que ya no volverías a la Facultad.

—No he vuelto.

Esteban tosó:

—Espérame un momento. Hace varios días que tengo algo para ti. Como no sabía tu dirección y ellos no quisieron dármela, lo he guardado aquí, por si volvías. ¿Quieres caminar conmigo un rato?

—Claro.

Enrique y Marcos me saludaron demasiado afectuosamente.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó uno de ellos.

—Qué tú crees... —contesté.

Enrique hizo una caravana y el otro lo imitó grotescamente.

—Precisamente hoy íbamos a buscarte. Sabemos que Graciela te contó cosas en el cementerio y hay ciertos puntos que queremos aclararte definitivamente. Si no tienes nada que hacer esta noche te invitamos al Cardini, canta una muchacha a la que llaman la enigmática inglesa.

—¿Estará Beatriz?

—Por supuesto —respondieron los dos—. Su presencia es indispensable.

Esteban se acercó con un pequeño paquete entre los libros. Dijo:

—No sé lo que hago. Pero me gustaría ser tu amigo. Te he comprado un regalo.

—Es muy buena —comentó, tímidamente—. Todo el mundo lo dice. Trata de unas lesbianas. Al final, una de ellas, que se llama Leonor, se suicida. No sé por qué. Tampoco ella lo sabe. Por todo y por nada.

Miré a la Catedral y repitió:

—Sí. No hay términos medios. Por todo o por nada.

—Hay una verdad.

Esteban me interrumpió, un poco inquieto:

—La verdad sólo pertenece a Dios y uno no puede tocarla, no puede ensuciarla, no puede juzgarla.

Le señalé la Catedral:

—Sí, me gusta.

—¿Has entrado?

—Hace mucho tiempo. Por curiosidad. No soy creyente.

Sonrei:

—Algún día entraremos juntos.

Se despidió con un "Me ha dado mucho gusto verte. No dejes de leer la novela."

Ya no me escuchaba cuando se me ocurrió decirle: "Conoció a Leonor."

Beatriz, Beatriz: acabo de encontrar un mensaje tuyo debajo de la puerta: "¿Cómo estás? He pasado unos días en una casa de campo y me siento mejor de salud. No he dejado de pensar en ti. Y tú, fundador, ¿no me has olvidado? Esta noche iremos al Cardini pero antes quiero verte, a solas, en el parque hundido. Quiero explicarte algunas cosas que no tienen por qué escuchar los otros. Te espera: Beatriz."

Beatriz, Beatriz: te abrazo, beso tu retrato verdadero. Escucharé al fin tu voz, veré tu rostro. ¿Cómo serás, Beatriz? Falta mucho tiempo para encontrarnos: todo este día. Quiero adelantar el reloj para estar a tu lado, para tomarte la mano. Quiero que sea ya la noche para soñarte. Quiero que sea ya mañana para levantarme temprano y salir gritando: la he visto, la he conocido. Si tú quieres, ellos no sabrán nada. Caminaremos tomados de la mano, sin necesidad de decirnos palabra alguna. Pero te sentiré, seré capaz de reconocer todo. Mira: hasta la ciudad me parece hermosa ahora. Viviría en ella, aquí, eternamente, contigo, mirándote. Voy a verte, Beatriz, ¿comprendes?, a verte.

Espera, espérame. Hasta ahora eras como una tiniebla. Pero ya voy a verte. Ya voy, ya estoy. No te encuentro.

He caminado tarde y noche buscándote por todos los rincones. Piso la hierba, aplasto las ramas. Creo adivinarte en todas las mujeres que caminan con pasos lánguidos cuidando a sus hijos. Me siento en una banca y miro el paso torpe de las nanas, de las madres. Es hermosa esta hora de la tarde y, de pronto, ya es de noche. No hay crepúsculos en esta ciudad a pesar de que en la primavera pasada el cielo se incendiaba de un rojo viviente. ¿Por qué no has venido, Beatriz? Recorro el parque hundido de un extremo a otro murmurando palabras sin sentido. Podríamos haber paseado juntos, tomados de la mano, casi sin decirnos nuestros nombres. ¿Dónde te escondes? Te he buscado en el café, no pude ir al cine porque llovía y no encontré ningún autobús y no tenía dinero para un taxi. Tengo tu fotografía verdadera, tu zapatilla de cristal. ¿Por qué te escondes? Quiero, necesito verte. Sólo yo podré ver tu belleza. Pero me has citado aquí y no apareces, no llegas. Otra vez te has escondido.

Y es lunes: el Estadio. El centro delantero no avanza, no le pasa el balón al interior izquierdo y éste no tira a gol. El portero no se lanza a atraparlo. Nadie aplaude la jugada. No hay nadie. Ver duele, así que es mejor imaginarse el partido. No está Beatriz.

Y es martes: Aldo insiste en que conozca el juego: están las dos muchachas, él y yo. Termino por acariciar a alguien.

Y es miércoles: Esteban me ha hablado por teléfono. Quiere verme.

Y es jueves: El Garito. Abre par de ases. No tengo. Abre par de reyes. No tengo. Abre par de reinas. No.

Y es jueves: No, Tula, no quiero, es innoble. Me siento sucio. Digo tonterías. Hago tonterías. Bueno, sí, otro ron. Ven, Tula.

Y es viernes: Te estoy leyendo, pero ya no recuerdo exac-

tamente lo que dices. Lo que dices es: "Algunas noches en este cuarto escucho el engranaje furioso de una máquina desconocida." Tula acaba de entrar en la recámara y asegura que Aldo y las muchachas me tienen reservado un nuevo ejemplo de su profesión.

Y es sábado: ¿Dónde estoy? Aquí, cerca de ti, desconocida. Duermo.

Encuentro otro mensaje: "Tú, cuyo nombre ignoro, Ángel de la Muerte, precursor: subí y bajé las laderas. Estoy viva, pero ya te he dicho que tienes que conocer mi cara. Estuve a punto de reconocerte. ¿Acaso no eras tú el que llevaba de las manos a los dos niños que querían inventar un partido de fútbol? ¿Acaso no eras tú el que leías unos cuentos de hadas? Saliste corriendo del parque, de la misma manera que abandonaste el Estadio y la Plaza de Toros, el Garito, de la misma manera que colgaste el teléfono cuando Esteban te habló en mi nombre. Alcancé a ver tu boca invisible. Te vi perseguido por el diablo. Yo caminaba por el eterno reino de la abundancia con un vestido rojo habitado de hojas. Fui al parque. Hice grandes esfuerzos por reconocerte y pasé a tu lado, subiendo y bajando. ¿No me viste? Era una niña traviesa. Me gusta andar en bicicleta. Me gusta andar en esos patines que... Estabas sentado en un banco. Los otros, Enrique, Marcos y yo estamos poseídos de vicios hereditarios, de males venéreos. Quieren verme, quieren contemplarme, tienen fotografías en las que no soy yo y no puedo jamás ser yo, aunque eso quieran. En cambio, tú, me otorgas el sol, aunque siempre nos veamos por las noches. Hubiera querido saltar, caminar, jugar contigo. Pero permanecías inmóvil, sentado en el banco, murmurando palabras incomprensibles. Lo único que recuerdo: dijiste: Rosalinda. No, mi amor, yo me llamo Beatriz. Tenemos que volver a la Catedral: quiero entonar un himno dulce, de recompensa, de perdón. Te voy a anunciar algo: Te cantaré esto: apparuit autem illi angelus de coelo confortans eum. Et factus in agonia prolixius orabat et factus est sudor eius sicut guttae sanguinis

decurrentis in terram." Pero ya no me escuchas, ya no quieres escucharme. Sé que Graciela te ha transmitido mi mensaje. Pero no todas sus palabras son correctas. Hay una abundancia del rojo crepuscular que me hace escapar del parque hundido. Por cuarta vez está aquí la Presencia: "Estás poseído de un poder tenebroso. En el canal de desagüe una barca conduce al hombre muerto con la cara llena de larvas. Preséntate al tribunal. El cerillo me ha quemado los dedos. Es una agradable sensación."

Et hic cum illo errat.

El cerillo me ha quemado los dedos. Eres un naufragio, Beatriz. ¿Fuiste alguna vez niña? Estuve en el parque hundido y en los otros lugares. Dices que caminaste detrás de mí, persiguiéndome, sin reconocermé. Me miro en el espejo: eres tú que canta en la Catedral. Tu falsa fotografía se ha marchitado y el cerillo me ha quemado los dedos. Todo esto es un naufragio. Algún día, cuando sea el tiempo indicado, iré con Esteban a la Catedral y él será el segundo fundador, el verdadero profeta. ¿Estás viva? Has llenado tu vestido de hojas verdes.

Te escucho, Beatriz. ¿O es a ti, Graciela? Una de las dos acaba de decirme que en este preciso momento Marcos acaba de escribir algo en el cuaderno del señor Villaranda. No, no es posible, nadie ha entrado en la casa. En la estancia encuentro a Tula hojeando el cuaderno. Se vuelve, un poco sorprendida, me mira, se quita los lentes, sonríe. "Qué raro", comenta, "no sé por qué me pareció que alguien estaba aquí. Pero la puerta está cerrada con llave. Sin embargo, alguien estaba aquí porque la tinta está fresca." Me acerco. Otra vez el golpeteo en el corazón. Busco en las últimas páginas y reconozco la escritura de Marcos: *It takes more than manliness to be a man.*

Tula guarda las gafas en un viejo estuche. Me mira fijamente:

—Es la hora —su voz tiembla.

Tomamos ron y me cuenta que anoche soñó con la fotografía de Beatriz. Y me la describe: es una fotografía vie-

ja, de ésas que se hacían en su tiempo, cuando Tula era una niña, hace ya no se acuerda cuántos muchos demasiados años. Beatriz está sentada en un gran sillón y sonríe. Está retratada de frente, con un moño azul sosteniendo sus largos cabellos rubios. Puede tener cien años o trece. Sonríe un poco con su boca entreabierta. Me mira. A mí, nada más. Tula asegura que cuando otras personas ven el retrato, Beatriz esquiva la mirada. Tiene muchos rostros y cada noche se ve distinta: más vieja o más joven, según. Entonces, Tula me acaricia una pierna. Me dice: Es hora de que te muerda la oreja.

Qui tollis peccata mundi

El mesero me pregunta por qué me tiemblan las manos. Le contesto que porque estoy crudo. Sonríe, muy profesionalmente, y me ofrece una cerveza. No, quiero ron. Comenta que he adelgazado mucho últimamente, que debo cuidar mi salud, que advierte unas manchitas blancas en la cara y que tengo que probar una nueva marca de ron.

Ahora me duele menos la cabeza. Pero me sigue molestando esa música que se repite todo el tiempo. Me molesta también —pero sólo un poco— esa luz blanca, fría, que entra por el ventanal.

A ver: ¿quiénes están?

Mesa primera: tres personas. Él debe tener cincuenta años y habla animadamente, moviendo unas hermosas y largas manos con elegancia. Los escasos cabellos blancos están apropiadamente cortados. Maneja los cubiertos con seguridad, con un cierto aire displicente. Deja pequeños residuos de la comida en el plato, levemente escondidos pero también lo suficientemente visibles para que no se olvide que deja restos de un sabroso cocido. A su lado, está la que debe ser su esposa: más o menos la misma edad, más o menos la misma educación, la misma elegancia. Ella no

habla, se limita a sonreír, a mover la cabeza afirmativamente cada vez que él dice, sonriente, levemente sonriente, algo. Detengo mi vista en una perla que sobresale en su mano izquierda, arriba del aro que debe recordarle su matrimonio. Me gusta porque esa pequeña, hermosa, perfecta perla de pronto se ve azul, gris, negra. La mujer que debe ser la esposa de él mira constantemente a otra persona. Cambio de lugar para ver a la otra persona: es una mujer ridículamente vestida: un largo, amplio ropón color rosa pálido con botones dorados. La servilleta se cayó y ese accidente me permite ver que los pies de esta dama no llegan al suelo, que bailan desacompañadamente en un movimiento ridículo, presidido por unas pequeñas botitas negras. Alzo la vista: la segunda dama tiene sus escasos cabellos negros sostenidos por una diadema dorada. Y tiene unos labios ennegrecidos que se agitan, que murmuran algo. Quiero escuchar y oigo: "Mamá, me estoy orinando." El señor tose, la señora acaricia la perla. La otra dama empieza a reírse: "Mamá, te dije que me estaba orinando." El señor y la señora se miran. La señora se limpia una leve gota de sudor debajo de los párpados inferiores con un bonito, muy pequeño, pañuelo. Sólo la dama se ríe.

Mesa dos: el niño pregunta por qué es un gusano y exige explicaciones. Ese nombre nos pusieron, le explica el que debe ser su padre. Nombre o adjetivo, aclara, que para el caso es lo mismo. El niño pregunta qué diferencia existe entre nombre y adjetivo y no puedo escuchar la respuesta. La que debe ser la madre del niño (no le veo la cara) intenta calmar al niño. "Nos salimos de Cuba", creo que dice, "por eso, dile que por eso. Tenemos que pagarlo." El niño insiste en que en la escuela le dicen gusano y que a él eso no le gusta. El que debe ser el padre alza los hombros y comenta algo. "Qué tú sabes", casi grita la mujer que debe ser la madre del niño. "Allí están los viejos, ¿y qué?" El hombre tose y pide un gin and tonic. La mujer se abanica y habla y el hombre le indica que la estoy viendo. "Comemierda", alcanzo a escuchar. Pero no sé si se re-

fiere a mí o a otras personas presentes o ausentes. El niño insiste: "¿Es cierto que nací en Cuba?"

Mesa tres: veo a una pareja. El elemento masculino, torpemente, aprieta la mano del elemento femenino, que cede a la presión. Masculino besa la mano y Femenino la retira después de comprobar que la estoy mirando. Femenino dice algo en voz tan baja que no es posible escuchar y transcribir sus palabras. Masculino empieza a recorrer todas las mesas con sus ojos grandes y negros hasta llegar a la mía. Su rostro amoratado se contrae: sí: sabe que lo estoy mirando, mirando a él y a ella. Entonces Masculino, esboza una deliciosa sonrisa amoratada.

Mesa cuatro: hablan en un idioma que no comprendo. No comprendo, tampoco, sus caras.

Intermedio: otro ron.

Mesa cinco: Ajajá, dice la mujer. Sí claro, dice el hombre. Ujújú, dice la mujer. No faltaba más, dice el hombre. Ríffí, dice la mujer. Por supuesto, dice el hombre. Y de pronto, los dos, deciden ir al baño.

Mesa seis: los dos muchachos se miran. Acaso sin querer, pero al mismo tiempo, retiran los cubiertos. Los dos muchachos se miran. Oigo que uno de ellos pregunta (los dos se parecen): "¿Sabes qué?"

Mesa siete: "Me llamo Mayim", asegura ella, aflojándose el cuello del vestido azul. "Me da gusto conocerle. Mucho gusto." En ese momento, el caballero que acompaña a Mayim ordena al mesero un pollo a la cacerola y Mayim luce un poco triste. De todos modos, Mayim se afana en mostrar largas y agudas orejas.

Mesa ocho (es la misma que la mesa uno): el caballero ordena la cuenta y paga. La que debe ser su esposa intenta una sonrisa. No me gusta cómo frunce los labios. Debe sentirse muy cansada. La dama boba me guiña un ojo. Al menos, eso creo.

Mesa nueve (es la misma que la mesa dos): "No podíamos quedarnos. No se puede vivir así. Mi padre edificó la casa, ¿entiendes?, le costó su dinero, le costó años y años

de trabajo. Era suya. ¿Por que tienen que quedarse con ellas?" La que debe ser la madre del niño mira al niño. De pronto, arroja un tenedor al suelo. "Eres un comemierda", le dice al que debe ser el padre del niño. El niño llora.

Mesa ocho (igual a mesa uno): el señor y la señora se levantan, lenta, un poco ceremoniosamente. El señor camina unos pasos. La señora le dice a la dama boba que es hora de irse y la dama boba se le queda viendo como si no entendiera. La mira un poco asustada e indica que le ayude. La dama boba se ríe y la señora trata de esconder la perla. El señor ya está en la calle.

Mesa diez (igual a mesa tres): Masculino asegura que tienen que ser más discretos mientras acaricia una pierna de Femenino. Femenino se alisa, un poco, el cabello erigido en pirámide.

La otra mesa: "Ajá", dice la mujer. El hombre la mira: "¿No te das cuenta?", dice, casi deletreando la frase. La mujer aparenta asombro: "¿Qué dices?"

La otra mesa: el muchacho número uno: "Esto no es posible." El muchacho número dos: "No seas ridículo." Número uno: "Estoy hartito." Número dos: "No tiene importancia." Uno: "Estoy tratando de ser bien. Por primera vez en mi vida estoy tratando de ser bien. Te suplico que no me falles." Dos: "Tiene razón Luis Mario: eres intolerable. Ya te dije que voy a la fiesta. No sigas fastidiando." Dos: come. Uno: lo mira.

La otra mesa: "Mayim: Tienes que estar a las ocho. Harás buen negocio. Lo invité enseguida." Mayim aprieta la servilleta, sonríe, estúpidamente.

Mi mesa: ahora es el señor que está en la caja el que me invita a salir. Creo que ha dicho que mi comportamiento molesta a los otros clientes. "Está usted un poco borracho", creo que dice, casi en mi oreja. Acabo de escuchar un ruido, algo así como el golpe que hace una mano en la mejilla de otra persona: miro: me están viendo. "Se lo suplico", murmura el hombre de la caja. Me levanto. Dos meseros me ayudan. Uno de ellos me aconseja que descan-

se, que cuide mi salud, que atienda las manchitas blancas que ha visto en mi cara. El otro sube y baja una mano por mi espalda. De pronto, estoy en la puerta de mi casa. Uno de los dos meseros sonríe. Le digo que suba.

Llegué al Cardini con una hora de retraso. No me explico porqué hice eso. Tenía toda la tarde sin hacer nada, me vestí rápidamente y luego me quedé acostado en el sillón. Tomé un vaso de ron y otro y otro. Me vi en el cementerio, de nuevo, con Graciela. ¿Qué van a decirme Marcos y Enrique, qué van a aclararme definitivamente, cuál es la verdad de todo esto? La tumba de Leonor, sin flores, sucia, abandonada. ¿Podrá estar aquí la supuesta tumba de Adriana? En algunos seres muere de tal manera la hora de la muerte que casi no queda nada. Mira: ése es el hombre que hundiste en el canal de desagüe: no tiene tumba. ¿Viste qué hermoso sol? Es verano y por primera vez contemplo el crepúsculo. No: anochece. ¿Es ésta la tumba de Beatriz? No: ella está viva, hermosa y dolorosamente viva. Camino con Graciela. Los cipreses. De nuevo la tumba de Leonor. "El reposo, dice, no el descanso." Marcos es ahora el rey. Oye Marcos, señor barón: no hice nada para ser el viento norte que empieza a soplar ahora. De nuevo la tumba de Leonor: no hice nada por ella, nadie hizo nada por ella. Nadie hará nada tampoco por mí. El reposo, no el descanso. Está putrificada, como esa Adriana que ha muerto de tal manera a la hora de la muerte que no queda nada de ella. ¿Qué van a decirme Marcos y Enrique? Hay ciertos puntos que queremos aclararte definitivamente. Eso dijeron. Graciela te contó cosas en el cementerio, eso dijeron. Otro ron. Estoy aburrido. Oscurece. Aburrido, eso es lo que me pasa. ¿Estará Beatriz en el Cardini? Claro, su presencia es imprescindible. Otro ron. Quiero confesarme, llegar hasta el rey, el barón Marcos y decirle que estoy aburrido. Me levanto.

El bar está oscuro, lleno. Pixie, con sus trajes de terciopelo té, con un abrigo del siglo dieciocho, vestida con una

escultura de cobre fabricada por un colombiano, disfrazada en lamé plateado de militar del ejército británico, levanta las manos, se sienta, camina de una mesa a otra, sonríe, le brillan los ojos, las manos, ésas sus manos que no cesan de moverse, como reptiles, indicando las entradas a los músicos. *Don't ask why of me; don't ask how of me; don't ask forever of me; Love me, love me now.*

Marcos y Enrique aplaudieron.

—¿Y Beatriz? —pregunté.

Enrique aseguró que estaba enferma, que siempre estaba enferma. Un mal extraño, hereditario. *Don't ask forever of me; Love me, love me now.*

Pixie vestida ahora con ese traje de cobre que le confeccionó un escultor colombiano. Enrique dijo: "Es una presencia, nunca podría grabar un disco porque hay que verla cantar. Es como algo que hemos perdido para siempre y que algún día volveremos a encontrar. Es la santificación del misterio." Marcos añadió aplaudiendo: "*Pop art is here to stay. Ella es la primera pop artist in town.*" Y Esteban —que ha llegado, que no lo he visto llegar— agregó que Pixie es "una imagen casi irreal", con un aire ausente que sólo la inocencia puede tener en el show. Y allí está ella, mantenida heroicamente en medio de un decorado, entre una confabulación de objetos que intentan devorarla.

—Avisó que estaba enferma —dijo de pronto Enrique—, que seguía recluida en esa casa de campo cuya dirección ignoramos. Nos dijo que la disculparas.

Don't ask why of me; don't ask how of me.

Pixie canta para mí. Me suplica algo que no comprendo del todo. ¿Es esto lo que querían aclarar Enrique y Marcos? Se acerca a nuestra mesa. Enrique le besa las manos. Esteban se turba: ha enrojecido. Marcos le ofrece un vaso de vino. Me mira: "¿Le gustó? Usted es el único que no ha dicho nada. A muchas personas no les gusta cómo canto. Usted debe ser de ésas." La miro, la contemplo, estoy seguro de que nos hemos conocido antes, en otro país.

la Catedral." "Tú eres Beatriz", digo, casi en secreto, y ella "Por supuesto", dice ella, "una vez me escuchó cantar en sonríe, malévolamente: "Es posible. No tendría nada de extraño." Se levantó: "Perdonen, pero tengo que cantar otra vez y debo cambiarme de ropa."

Se levantó, caminando con un aire etéreo. Su vestido le otorgaba un aire casi irreal. Mientras se dirigía a su camerino empezó a desprenderse de la peluca negra, sedosa, que seguramente huele a mar.

—Nunca has visto algo semejante —dijo Enrique.

Yo pensaba en la fotografía de Beatriz.

—¿Has comprendido, al fin?

Yo pensaba en la fotografía de Beatriz, en la canción de Pixie.

Marcos sirvió vino para todos.

—Empecemos por el señor Villaranda. Es un sabio. El cuaderno que te ha confiado intenta descifrar quién es Beatriz, cómo es Beatriz. De la misma manera que lo intenta Pixie cantando; sólo que ella quiere saber quién es ella, ella: Pixie. Cuando consigas descifrar las palabras, cuando sepas quién quiere ser Pixie conocerás a Beatriz y por tanto nos será dado contemplarla eternamente. El señor Villaranda es, como Pixie, un artista. ¿Habrás que explicarte que, por esa sencilla razón, usa palabras de la misma manera que Pixie se maquilla? Necesita que alguien lo interprete, que alguien lo explique. Ese es tu papel y por eso te hemos traído aquí. Lo importante es que ella, Pixie, no ha sido culpable. En cambio, tú, Marcos y yo, lo somos.

Otra vez Pixie. Los muebles, los accesorios, los decorados que la vuelven más clara, más presente. Un piano, una flauta, unas débiles percusiones acompañan sus gestos y movimientos que cada vez son más extraños a fuerza de ser más significativos. Tiene ahora el cabello color castaño y el vestido de terciopelo color té. Me mira, yo no puedo sostener esa mirada. Estoy seguro de que la he visto antes, en otro sitio, en otro país. Antes de cantar, dice dos o tres

palabras para mí incomprensibles que luego traduce, burlándose de su acento. Encuentro que es muy hermosa.

—¿Quieres saber más? —pregunta Marcos, el barón, el rey.

A mí sólo me interesa saber por qué Pixie se cambió de ropa.

—¿Algo sobre Graciela, Leonor, Enrique, Esteban, el señor Villaranda, la señora Rosalinda, la señora Beatriz, Beatrice?

No. Porque: Pixie es nadie, Beatriz es nadie y nadie es Adriana, nadie es la señora Rosalinda que desapareció con los tipos que compartían conmigo un cuarto; nadie tampoco nadie la señora Beatriz que se asomaba a la ventana y cuya habitación cerrada guardaba secretos de cantante de ópera, de actriz, cartas de amor y fotografías con personajes célebres. La implacable totalidad del arte. Eso somos, eso quisiéramos que fuéramos. Nadie. Pixie vuelve a cantar y una visión terrible recorre su rostro, sus gestos, sus movimientos. Está perseguida por alguien.

Nos vamos. Enrique y Marcos saludan a Pixie. Ella permanece inmóvil, como preguntando si les gustaría verse en su lugar. Esteban se termina el vaso de vino. Entre sonámbulos y borrachos, la voz de Pixie es la misma que escuché en la Catedral. Ha logrado contemplarnos, dice Marcos, satisfecho.

Yo quisiera hablarle, preguntarle quién es, si Pixie es su verdadero nombre. Ella me llamaba desde su canción, desde esas palabras incomprensibles para mí. Habito en el otro lado, me decía, creo que eso trataba de decirme. He conseguido lo que no ha logrado el señor Villaranda: estar como persona.

Antes de despedirnos, abrieron la puerta de mi departamento.

—¿Está todo claro, perfectamente claro?

No.

No pude dormir. Pensaba en Pixie.

Caminando por el cementerio, con la voz que crece: "Sanctus, sanctus. Don't ask forever of me."

Una orden: mata. Abrazo el retrato de Beatriz. Entra, en ese momento, el enterrador y me pide explicaciones. Váyase, váyase.

Una puñalada por la espalda. La buena compañía. Adriana era mi hermana y jugábamos juntos en un jardín. Entró un perro y lo maté porque quiso morder a Adriana que dormía encantada, en un estanque mohoso. Mata, mata, ordenaron. Y el cadáver de ese hombre cayó al agua contaminada por los deshechos de todos los millones de habitantes de esta ciudad. Mi puerta está cerrada, pero ha sido una noche espléndida y contemplo a Pixie en el retrato de Beatriz.

—Esto sucedió muchos siglos antes de que yo naciera —dijo Pixie, tranquila—. Soy la nieta de Robin Hood.

Unos papeles. Un cuaderno.

Insistió: "Antes de que yo naciera. Mi tía está enferma, siempre está enferma. Me ha transmitido un mensaje para usted: Mi jardín está lleno de flores. Aquí está el retrato de la verdadera Beatriz. Mal retrato. Pero hay que conservarlo."

Pixie sonriendo, nuevamente, con otro vestido: "Era el azul sangrante. Era el atardecer. No, no. Toqué la puerta de tu casa. No quedaba nada de ti. Voy a ser mirada porque firmé el falso retrato."

El cerillo me ha quemado los dedos.

—Esto sucedió exactamente antes de que yo naciera.

Y, luego, se disculpa:

—Me maquillo, me disfrazo. Sí, lo sé, soy una cantante. No, no me gusta eso. Pero soy una cantante.

¿Cómo estás vestida ahora, Pixie?

—Así, con pantalones y suéter. Quiero ponerme un camisón.

Quiero ser tu amigo.

—No digas tonterías.

Hagamos la prueba.

—No digas tonterías.
No me siento bien.
—No digas tonterías.

No hay nadie en el jardín. El objeto oxidado está lleno de palabras obscenas y se tambalea ligeramente. ¿Beatriz, Beatriz? ¿Beatriz, Beatriz? Siento la respiración de la inmortalidad. Comprendo que las mujeres no tienen apellido ni nombre. No puedo llamar a nadie que se supone que se llame Beatrice. Te busco en el jardín, Beatriz. Quisiera acabar de una vez. Aparece una mujer. "No soy Beatriz", dice encogiéndose de hombros. "¿Graciela?", la mujer se ríe, "Tonto. Estuve en el cementerio en otra ocasión y me hubiera gustado construir un agujero eterno y ahí quedarme quieta. Pero me quedé arrodillada. El señor Villaranda tuvo una crisis, la primera y la última, y tuvimos que acompañarlo. Le construyeron un gran monumento. Sentí un mal gusto en la boca al ver a Enrique y Marcos levantando el catafalco sin comprender nada. Ese mal gusto encubre otra cosa y es lo único que debe importarte: a ti."

Llegó entonces Teresa, la amiga de Leonor: "No la hemos encontrado todavía." Y Teresa se iba para atrás, se hacía pedazos; empezó a llorar.

"Soy la señora Beatriz, la que se asomaba a la ventana. Mi departamento ha sido ocupado por otras personas, pero en el cuarto último se quedó escondido mi tesoro. Búscalo y consévalo."

Ahora habla Su Alteza Serenísima: "Era un muchacho rubio, un poco tímido. Lo encontré al fin. ¿Te llamas Beatriz? me preguntó, y yo le dije que me podía llamar como quisiera, aunque le advertí que sólo empleo mi nombre de batalla: Su Alteza Serenísima. Cuando estuvimos juntos quiso que le contara el episodio en Cuba con el famoso Machete, ése que deja imposibilitadas a las mujeres. Recordé ese supremo sacrificio, el desgarramiento, el insostenible dolor en la cadera; me vi revolcándome en la cama, mordiéndome los brazos para no gritar. Volví a oler aquel cuer-

po fétido. Otra vez caminé tambaleándome, sudorosa, mientras escuchaba al Machete decirme que iba a comentar mi proeza. El muchacho rubio y tímido me miró asombrado y traté de explicarle que lo he estado buscando mucho tiempo. Salí corriendo, persiguiéndolo: se ha perdido de nuevo."

La señora Rosalinda vuelve a preguntarme por qué se han ido los otros y no sé qué responderle. Pasa suavemente una mano por mi cabello: "Me has despojado de todo."

Por el fondo del jardín se desliza una silueta. Desaparece. Queda suspendido en el aire inmóvil un vestido blanco que se hincha como la vela de un barco que abandona silencioso el puerto.

Apparuit autem illi angelus de coelo confortans eum. Et factus in agonia, prolixius orabat et factus est sudor eius sicut guttae sanguinis decurrentis in terram.

Enrique llegó y me dijo: "Se murió. Me miró de una manera extraña, fijando los ojos en el balcón. Apagó el cigarro. Se atrevió a sonreír. Sí, fue una osadía. Nunca se me hubiera ocurrido que se puede sonreír cuando se piensa hacer eso. Apagó el cigarro otra vez y creo que dijo: No quiero alarmarte, lo dijo con esa su voz que pudiste haber escuchado. Su mirada me traspasaba. Yo no existía. Ella miraba la ventana y estaba terriblemente sola. Al fin, total y felizmente sola. Viva, única en el mundo, dueña de todo. Creo que le hubiera gustado encender otro cigarro, que necesitaba aplazar el acto echando una ligera columna de humo por la nariz. Pero no lo hizo. Se limitó a seguir sonriendo. Me alegré de que guardara silencio porque no tenía nada que decirle, porque no sé qué se puede decir cuando alguien ha determinado por voluntad propia que llegó el tiempo de morir. Al principio no entendí lo que decía, pero

lo repitió dos, tres, cuatro veces: No se puede vivir. Eso dijo y yo sentí vergüenza de creer lo contrario y de estar vivo. Porque no se puede vivir. Vergüenza de estar frente a ella, que sonreía. Se levantó, se acostó en el sofá y se quedó muerta, sonriendo, sin haber dirigido una última mirada a la ventana. Cerré la puerta —casi estoy seguro— y corrí. La muerte me da miedo. Creo que Beatriz debe haber sentido frío porque la ventana estaba abierta." Eso dijo Enrique.

Graciela: "¿Qué pasó anoche en el jardín?" "Nada. El señor Villaranda está vivo y nosotras vinimos a verte. No te quejes de tu destino. Una muchacha buscaba a alguien que por fin encontró. Se lamenta de que ese alguien se fue apenas hallado. Es muy tonta porque otra vez tiene la oportunidad de la búsqueda, del encuentro. Sí, Beatriz estaba en el jardín. Comprende que tenía que morir. Reverendo Padre, le dijo a Marcos, no puedo estar viva, quiero ser incinerada. Sí, eso le dijo a Marcos, aunque Enrique asegura que fue a él. Vi el mensaje que trató de enviarte el señor Villaranda. Unas cuantas líneas en las que te explicaba que él era un artista y que tenía que practicar ciertos ritos hasta que el tiempo estuviera maduro.

Esto sucedió hace un año, en un verano parecido a éste.

Señor, Rey, Barón.

—No creas a Graciela. Beatriz está viva y debes seguir la búsqueda.

Señor, Rey, Barón.

—No le creas a nadie. En cambio, la otra noticia es cierta: el señor Villaranda fue enterrado vivo. Cuando descendía el ataúd pudimos escuchar su respiración acompasada, un golpeteo tranquilo, una voz clara que te transmitía nuevos mensajes, algunos hallazgos, ciertas rectificaciones, otras fórmulas complicadas, las más recientes revelaciones, los resultados de largas noches en vela, la seguridad de que era un artista a quien en un tiempo no muy lejano el mundo

rendirá adoración y agradecimiento. Hemos edificado un hermoso mausoleo para perpetuar su memoria.

Señor, Rey, Barón.

—Ya no soy el Señor, el Rey, el Barón. Mi nombre es, simplemente, Marcos. Enterré vivo el cuerpo del señor Villaranda y enterré el cuerpo muerto de las mujeres que se murieron o que fueron capaces de morir por voluntad propia. Pero no pude tocar a Beatriz y me limité a verla ardiendo, ella entera consumida en una llama voraz, en una hoguera ávida, en una extraña impresión de júbilo y desesperanza; un hermoso, intocado, hermoso cuerpo ardiendo. Ya no soy el Señor, el Rey, el Barón. Me atreví a preguntarle por qué hacía eso, y una voz, clara y límpida voz de doncella dijo en el aire que porque la perseguían. Ya no puedo ser el Señor, el Rey, el Barón. El Mensajero es otro.

—Ya usted no se da cuenta de nada —comentó, de pronto, Tula. Traté de adivinar cuál era la sorpresa que me había reservado para el día de hoy (¿qué día es hoy?). "Quedan ya tan pocas cosas", pensé, mirándola sobresaltado mientras se mordía ligeramente las uñas. Están todavía el escritorio, tres sillas, el tocadiscos, algunos libros. Este es el nuevo juego de Tula: esconde cosas, consigue que desaparezcan. Un día se cansó de Aldo y las muchachas y decidió inventar algo nuevo. "No soporto más a ese par de imbéciles", me anunció una tarde, "con el vocabulario que usan y sus ademanes vulgares. Aldo debió venir solo; pero insistió en traer a esas mujerzuelas. Aldo es un muchacho noble, refinado, culto. Va a terminar mal." Sucedió que Tula se dio cuenta de que le faltaba ropa y decidió que los tres se fueran a robar a otro lado. Pasó muchas tardes pensando qué nuevo juego podría ofrecerme. Primero empezó con los libros hasta que consiguió que los estantes quedaran casi vacíos; luego siguió con los cuadros, algunos retratos de las Villaranda, una lámpara, ropa, los cubiertos, los manteles, las sábanas y llegó al día glorioso en que se le ocurrió experimentar con el refrigerador. Al principio,

me explicó que "alguien" era el ladrón, y sucesivamente ese "alguien" era un hombre como de cien años de edad y con aspecto de cirquero, "monstruosamente fuerte, con aliento alcohólico, mirada de idiota, que huele a estiércol", una especie de fantasma, Aldo y las muchachas, el administrador, el espíritu del señor Villaranda, el señor que vive en el departamento de al lado y que siempre protesta cuando organizo una fiesta o viene gente. Pero cuando sucedió lo del refrigerador confesó, feliz, que era ella y nadie más que ella. Y lo hizo simplemente porque ya no pude soportar una angustia creciente que me invadía cuando trataba de adivinar qué cosa ya no estaba en su lugar mientras Tula me miraba, tosía repetidamente, se lamía las comisuras de los labios y estallaba en una carcajada seca, estridente, histérica. Entonces le avisé que había decidido advertir al administrador y a la Jefatura de Policía. Y repitió, también simplemente, que lo hizo porque "el asunto refrigerador" constituyó una verdadera hazaña, algo que no se ve todos los días. "No haga tragedias", declaró, "después de lo de Aldo y esas mujerzuelas me sentía aburrida. Ya usted sabe: estoy sola todo el tiempo, el departamento es muy grande y tengo pocas cosas que hacer. El día es largo y hay que ocuparse en cosas interesantes si no se quiere morir de aburrimiento. Por otra parte, ¿qué me dice?, usted también necesita diversión." No quiso explicarme el destino final de cuadros, libros, ropa y refrigerador; tampoco la forma que utilizaba para sacarlos, para transportarlos. Se puede buscar —y así lo hice— ropa, libros, discos, cuadros, retratos, cubiertos debajo de la cama, en los rincones, en el largo y oscuro pasillo que comunica a todos los departamentos, en los basureros. Un refrigerador... Si le pregunto cómo hace para que un refrigerador desaparezca, Tula sonríe (como diciéndome: "Imbécil, eso lo sabe hasta un niño de teta"), se encoge de hombros y me muestra la palma de las manos (imagino que quiere darme a entender que "así"). Trato de concentrarme, de no imaginar un desastre mayor y pasó revista detenidamente a las pocas

cosas que quedan: los muebles, los libros, la ropa escasa, algunos utensilios de cocina, las botellas de ron. No sé, me rindo. Tula se ríe.

—Gwendoline —pronuncia el nombre del maniquí con odio. La miro asombrado.

—Sí, Gwendoline. La maté —dice mientras se sienta, enciende un cigarro, se sirve un vaso de ron, limpia los lentes y me mira, triunfal—. Uno no puede vivir aferrado a ciertos seres como el Mishito, los vestidos y esa fotografía que lo ha puesto a usted en el estado en que se encuentra. Seres como Gwendoline. A usted no le gustaba, sí sí, no diga nada, no ponga esa cara como si de verdad, sinceramente, sintiera que Gwendoline haya muerto. Recuerde: "No soporto esta cosa horrenda aquí, en mi casa", eso decía usted. Nunca tuvo la menor atención con ella, un mínimo gesto de cortesía, una de esas tontas palabras amables que hacen la felicidad de las mujeres. Nunca advirtió usted sus vestidos, sus pelucas, su maquillaje. Al contrario, sí señor: gritos, expresiones desagradables, los peores insultos cuando la encontraba tomando el té conmigo, esperándole a la entrada, sentada en la mesa. Todo lo contrario: pellizcos, patadas, gestos obscenos, la orden terminante de esconderla, de que se mantuviera en un rincón, de que no osara levantar los ojos y solicitarle permiso para escuchar uno de esos discos que tanto le gustaban. "No soporto esa cosa horrenda aquí, en mi casa", las únicas palabras que Gwendoline escuchó de usted. ¿Y qué me dice cuando la pobrecita se enfermó (la primera vez) y se me ocurrió ponerle un camisón color verde y la acosté en la cama de usted por el simple hecho de que es más cómoda que la mía? Uf, qué gritos, qué alharaca, qué sarta de palabrotas. Usted la sacó de la cama a empellones, a la pobre que tenía fiebre y fractura de tres costillas, de la tibia y el peroné. Así que no ponga cara de mártir como si de verdad le afectara que la pobre Gwendoline haya pasado a mejor vida. Siempre sospeché que usted fue la causa de esas heridas. Bueno, no: ya no diga nada: se cayó accidentalmente, por des-

cuido, por tonta, por lo que sea. Y en cierto modo tenía usted razón: Gwendoline era insoportable. No sé qué pasó con ella: la misma historia del Mishito, ya ve usted. Tula es buena con ellos, los mimas, los cuida, los quiere como a nadie, y de pronto se vuelven monstruosos. Déjeme contarle todo y tómese otro ron, no ponga cara de santo. Al principio Gwendoline no era así. La primera vez que la vi me miró como si me suplicara algo que no comprendí a ciencia cierta. Se veía tan sola, tan abandonada, como una huerfanita, única vedette posible para el aparador de ese negocio tan sórdido. "Nadie me quiere", parecía decirme con sus ojitos a punto de llenarse de lágrimas. "Nadie, nadie y nadie." Gwendoline era bonita, muy bonita, un trabajo bien hecho, perfectamente terminado, de calidad. Un maniquí que causaría la envidia de los grandes modistos del mundo y de las más caras costureras del país. Para no hablar de ciertos médicos. La miré, a punto de llorar yo también, y le pregunté si estaba triste, si nadie la quería, si su papá y su mamá la abandonaron, si no le gustaba esa casa. Y Gwendoline —que no tenía nombre— se puso pálida, se sonrojaba (así, una gran trágica, verdadera actriz dramática, hipócrita, nacida bajo el signo de Leo, aunque habría que consultar su ascendiente) y tuvo el descaro de permitir que le limpiara los mocos. El dueño de ese horrible establecimiento —un turco— me advirtió que Gwendoline era huérfana, que la había encontrado en un hospicio. Tiene un gran corazón, dijo ese hombre inmundo que olía a aserrín, a pesar de que tuvo un mal paso. Como todas, comentó ese señor. Ah, como todas, dijo ese imbécil. ¿Qué sabe ese idiota de las mujeres? Bueno, sí, ya estoy hablando de otras cosas. No se enoje usted, ándele, tómese su roncito. Calmado, eso, así. Así. Ese tipo me contó una triste historia de amor, de engaño y abandono: Gwendoline —que no tenía nombre— se había entregado a un canalla, a un pirata. Inmediatamente decidí comprarla, y cuando me dijeron cuánto costaba pensé que era una ganga, la oportunidad de mi vida de tener un maniquí y besarlo y

vestirlo y que, además, podía servirme de compañía, a mí, que no tengo a nadie después de la muerte del Mishito y que me aburro tanto y tanto. Y la oportunidad para Gwendoline: un hogar, una familia, usted y yo, la ocasión de conocer a otros hombres de mejor condición y de buenas costumbres, de rehacer su vida destrozada por el canalla, el pirata, de olvidar esa pasión estúpida —sólo perdonable por la juventud—, de entablar magníficas relaciones con artistas y con los hacedores de la gran vida futura, de abandonar ese local feo y húmedo, los rincones, la especie de ceguera que la envolvía, los aparadores en los que, obligatoriamente, se exhibía desnuda, codo con codo con otros cuerpos despreciablemente obscenos. Luego supe que me había estafado, quiero decir ese hombre, que Gwendoline también aprovechaba la situación (tan cómoda para ella), que nadie compra ya más, nunca más, maniqués. Al principio, Gwendoline no sólo era sumisa sino que aceptaba alegremente, agradecida, cualquier cosa que hiciera para vestirla, no sé, bueno, cualquier cosita: un delantal, un calzón. Llegó a tener tres pelucas diferentes. Y su nombre, sobre todo su nombre, Gwendoline. Lo pensé mucho: "Gwendoline, me dije, necesita un nombre extranjero porque ella no es un maniquí común y corriente." Cuando usted salsa, me dedicaba, humildemente, a buscar entre todos los libros. No sabe el trabajo que me costó desechar tantos y tan bonitos nombres. Porque en cada uno de ellos había algo (no sé si entiende lo que quiero decirle), algo que no iba, no sé, una cierta falla, una ruptura cuando ese nombre se pronunciaba en voz alta. Por ejemplo: Charlotte. Suena bien leído, pero en el momento de decir "Charlotte", ya no. Ava. Me gustó muchísimo Ava. Pero Gwendoline no puede llamarse Ava porque no va con su estilo, con su manera de ser, con sus formas, con su personalidad. ¿Qué piensa usted cuando lee "Vanessa"? Bien, ¿no? Un nombre perfecto, de artista de cine. Pero Gwendoline no podía llamarse Vanessa. Porque no, sencillamente. Estuve a punto de decidirme por Eurídice, hasta que

me di cuenta de que ese nombre me gustaba sólo porque me gustaba la historia de Eurídice. Y un día, ah, encontré "Gwendoline". Bueno, le he ocultado algo: desde el principio pensé en llamarla como yo, porque me hubiera gustado tener una hija y que respondiera al nombre de Tula. No quise cometer el mismo pecado de mis padres y mis abuelos: mi madre se llama así y así fue designada mi abuela. Me acordé de cómo llegué a odiar a mi madre y a mi abuela. Por una sencilla razón, ¿sabe?, es un nombre feo. Por otra: por orgullo, por el estúpido orgullo de saberme continuada en su nombre. Porque yo era, yo soy otra, diferente Tula; una distinta, que nada tiene que ver con ellas. Así que Gwendoline no se llamará, nunca, Tula. Gwendoline, nombre perfecto para un maniquí. Y de pronto, no sé, empezó aquello: no quería permanecer sola en mi cuarto, le daba miedo la oscuridad, esas cosas. Sí sí, yo comprendía: Gwendoline era una pobre huérfana. Hay que tener mucho tacto con ella, es demasiado sensible y en estos asuntos de la sensibilidad "demasiado" equivale a una catástrofe. Así que había que tener mucha paciencia. Y la tuve, se lo juro. Más vestidos, cada vez vestidos más caros, y sobre todo no dejarla sola un minuto. Empecé a descuidar mis deberes para con usted. Le expliqué eso y también que el sueldo que me acordó el señor Villaranda había disminuido porque el buen señor decidió morir, y todas esas cosas. Nada. Yo soporté sus gritos, sus llantos, sus amenazas de abandonarme, de regresar al lugar de donde la había sacado y esperar a otra mamá más buena y amable que yo. Le hice su vestido de primera comunión, y luego aquel precioso, color de rosa, para su primer baile, ¿se acuerda usted? Cuando supo que usted había sido tan generoso de permitirme un día de descanso, Gwendoline se cayó (sí, lo hizo a propósito, estoy segura) y dediqué todo mi tiempo a cuidarla, a reparar las fracturas, a embellecerla, a disfrazar las cicatrices. Usted estaba furioso y me amenazó con correrme. Lo hubiera usted hecho. Después de todo, ya nadie me paga por mi trabajo. Hubiera bus-

cado otro sitio para mí y para Gwendoline. Sí, es cierto: nadie me admitiría y usted me necesita, me ha tomado cariño, me ha reservado un lugar en su casa. Entonces, Gwendoline —esa horrible actriz, esa hipócrita, esa vil arpía— se dio cuenta de mi situación y decidió explotarla al máximo. ¿Puede usted comprender la razón de mis lágrimas cuando salíamos al mercado, al cine, a los conciertos, al teatro, a ver los aparadores de las tiendas elegantes? Todos se reían de mí, me señalaban, empujaban a Gwendoline, me decían "la loca" y quién sabe cuántas cosas más. Gwendoline permanecía ajena, distante, mirando los aparadores, exigiendo pañuelos de lino, perfumes dulces, tabaco rubio importado, exquisitas golosinas, las mejores plateas de Bellas Artes, carísimos aceites. Y aquí, en la casa: de pronto, sobresaltada, me daba cuenta que no dormía conmigo, que no estaba en la sala, que esperaba en la puerta de su recámara porque la cama de usted era tan cómoda, tan suave... Empezó a decirme que odiaba el olor de la cocina, de mi baño, y que deseaba bañarse en la tina de usted, bañarse con leche y perfumes. Quería saber todo lo que pasaba con usted y le exasperaba que no la invitara a sus reuniones, a sus fiestas. Quiero bailar, gritaba a cada momento como loca. Estás todavía delicada, le susurraba en la oreja, pero ella no hacía caso. Querida Gwendoline, le dije en una penosa ocasión, yo te quiero mucho y para mí representas lo único que tengo en el mundo, pero todavía hay clases. Yo soy la criada, el señor es el señor y tú eres un maniquí. Lloró, pero ahora muy triste. Y se cayó otra vez (estoy segura de que fue a propósito). Las viejas fracturas se resintieron; las nuevas afectaron alguna parte esencial de su cuerpo, quiero decir: algo íntimo, algo que yo no había descubierto. Empezó a vomitar pescaditos. Nunca había sentido vergüenza igual: la hermosa Gwendoline se ponía roja, engordaba, abría la boca y arrojaba unas cosas saladas y pegajosas, nauseabundas. No puede imaginarse de qué manera me afané para que usted no descubriera lo que le pasaba a Gwendoline.

¿Y Gwendoline? Nada, no sufría, no se avergonzaba. Al contrario: me miraba correr de un lado para otro, buscando o recogiendo esos seres asquerosos, y sonreía, y vomitaba más y más. Le pedí, le supliqué que ya no hiciera esas cosas, que la pobre Tula estaba vieja y cansada y con pocas posibilidades de encontrar otro trabajo y a un señor como usted. Traté de halagar su vanidad advirtiéndole que para un maniquí es difícil realizar un matrimonio envidiable, sobre todo tratándose de un maniquí con las virtudes y la belleza de Gwendoline. Fue entonces cuando me confesó que se había enamorado de uno de los señores que lo visitan. ¿Quién es, quién es?, le grité aterrada, pero ella no quiso decirme el nombre. Le pedí que me hiciera una especie de retrato imaginado. Se negó. Por las noches, espíabamos a sus invitados y ella, la hipócrita, señalaba a dos, a tres, a veinte, mientras se bebía vasos y vasos de ron. Por fin, me prometió que dejaría de hacer esa cosa si yo le confeccionaba su vestido de novia. Dije que no, dije que no. ¿Y si, efectivamente, está enamorada, si escapa con ese hombre que no conozco, si me deja sola? Dije que no, dije que no. Pero seguía vomitando pescaditos y creo que les empezó a tomar cariño porque les decía "mis hijitos". Oh, Gwendoline, mi hijita, mi niña, mi vida, mi cariño, mi gatito. Empecé a vestirla con una tela blanca, sedosa, que admitía perlas en racimos. Me decía a mí misma: Estás vistiendo a tu hija, Tula. Me decía a mí misma: ¿Ya ves?, tienes al fin tu traje de novia. Ella es simplemente un maniquí. De pronto, mientras probaba la corona de azahares, recordé el asunto refrigerador. Hace mucho tiempo que no me divierto, pensé, y después de ese éxito hay que intentar la superación absoluta. Gwendoline me miraba, intentaba un arqueo de todo su cuerpo para asustarme, para hacerme creer que aquello era inevitable y que, otra vez, la sala se iba a inundar de esa ínfima especie humana. Ah, Gwendoline, hipócrita, estafadora, miserable, querida siempre, Gwendoline, hija, mi niña. Venga a ver lo que quedó de ella.

Tula se levanta ceremoniosamente, me indica que vea la calle. La calle: la misma pero otra. Es verano porque hace calor. Los niños juegan, gritan, son felices. Miro los árboles, los techos, las azoteas, y a lo lejos la silueta de montañas color de miel. El aire está perfumado: huele y sabe a sal, a mar. Yo cruzaba esta calle por las noches, yo miraba estos techos, yo sentía este olor. No sé.

Un brazo de Gwendoline, gordo y rosado, descansa en el techo de un automóvil. Tula aplaude y grita:

—El izquierdo, el más difícil de arrancar. Tuve que utilizar un serrucho. Gwendoline me miró sorprendida. Gritó un poco.

Las piernas de Gwendoline adornan la jardinera del segundo piso. El aire las mueve ligeramente.

—Con el otro brazo —me explica Tula mientras abre la puerta— me divertí más. —Y señala el departamento de al lado e insiste en que advierta que hay un vidrio roto. Nos asomamos: allí está el brazo derecho de Gwendoline, en el suelo, un poco confundido con polvo, la correspondencia, basura.

Me obligó a continuar el itinerario: la breve cintura de Gwendoline descansaba en el fregadero y ese su magnífico, rotundo tórax presidía los juegos de los niños en el jardín, a unos cuantos pasos del objeto oxidado. Y la cabeza de Gwendoline. Ah, esa hermosa cabeza con su peluca roja. Tula empezó a llorar. "La muy amada Gwendoline." "La verdadera cabeza de Gwendoline."

—No pude. Usted sabe, ¿qué hace uno con la razón de vivir de Gwendoline? Nada, ¿verdad? ¿Qué hace uno con la maravillosa peluca roja de Gwendoline?

—Le aseguro que, en el fondo, Gwendoline no me molestó nunca, que hasta llegué a quererla un poco, que comprendía que era impertinente pero que necesitaba protección, ayuda, cariño.

Un maniquí demasiado sensible, traté de asegurarle. Y les pedí perdón, a las dos.

Tula me cuenta el asesinato, cae del sillón (Tula en el

suelo, Dios), se ríe, hace, inventa gestos ridículos, toma otro ron, se muerde las uñas, insiste en que yo también tome más, Dios Dios, dice que no se explica lo que le pasó a Gwendoline, se limpia las gafas, estoy seguro de que no ve nada, me pregunta qué día es hoy (¿qué día es hoy?), pregunta con miedo, trato de calmarla, de asegurarle que ésta será siempre su casa, con o sin Gwendoline, que no me voy a ir nunca de aquí, permito que me tome una mano.

Entonces erige el altar y me explica que aquí está Dios Padre y aquí Dios Hijo y aquí, revoloteando, Dios Espíritu Santo. Solicito otra vez que me perdone: he olvidado el Padre Nuestro. Los dos decimos palabras incomprensibles hasta que Tula se levanta, me mira, se seca las lágrimas:

—¿No le parece suficiente? El juego definitivamente ha terminado.

*Dies irae, dies illa. Solvet
Saeclum in favilla: Teste David
cum Sibylla*

No es el principio lo que importa, de la misma manera que no cuentan las palabras. Adriana, la muerte de mi madre, el perro tigre, un padre que desaparece y es sustituido por un extraño, Enrique y Marcos, la señora Rosalinda, la muchacha que busca a alguien que quiere tener siempre a su lado, el cuaderno del señor Villaranda, las canciones y los vestidos de Pixie, el maniquí de Tula, Daniel y la estrella de David, la zapatilla de la Cenicienta, el falso retrato de Beatrice en el departamento de la otra Beatriz. Todo eso es como decir buenos días, cómo estás, qué frío hace. Lo que importan son las consecuencias de todas estas cosas, de las palabras y las personas, los finales.

Esta historia puede terminar así: He encendido un cerillo. He visto pasar la llama del azul al rojo, la he acercado a mis dedos y la he retenido, extrañamente luminosa. He

gritado por la alegría que me produce ese dolor intolerable y pensé que, como Beatriz, he hecho lo que quizá no pueda volver a hacer nunca. Luego, la llama se ha apagado.

El agua fría resbala por el dedo quemado, por toda la mano. Intimamente conozco el eterno recomenzar de todas las cosas. La gran penitencia me lleva al infinito volver. Nada es presente: mañana es igual a ayer, todo vuelve a comenzar. ¿Para qué pedir explicaciones a Enrique? ¿Por qué preocuparme si me arde un dedo o por encontrar un sentido a un acto que no tiene sentido como es el quemarse un dedo? He tratado de saber el principio de esta historia y he sentido miedo porque uno no sabe dónde empieza algo que va a pasar y que exige un final. Todos esos principios pueden ser ciertos, verdaderos. Pero también inventados, impuestos por propia voluntad para señalarlos, indeleblemente, como causas de todo lo que ha sucedido. Así que esto puede, debe, tiene que terminar así: me he quemado un dedo y a aceptar que mi papel ha concluido y de que nada tengo que hacer aquí. ¿Para qué hablar más? No estoy seguro si todo esto pasó o no, si lo inventé, si lo he soñado. Beatriz está muerta y su cuerpo se volvió cenizas. ¿Qué otra explicación puedo exigir? Se murió porque no podía estar viva. Porque yo tampoco puedo estar aquí, pidiendo explicaciones de ese acto, de esta historia. ¿Qué otra cosa me pueden decir?

Me levanto. No sé si he dormido profundamente o si he estado delirando, si he pasado horas sonámbulo o si he vivido una noche interminable obedeciendo el mandato de obligar a que nazca Beatriz. Todo termina con un dedo quemado, con un ámpula que crece, con un pedazo de piel que se pierde, que ya no se recupera.

Pero el verdadero final es éste: Toda la noche Tula estuvo diciéndome: "Ya no tienes derecho; a otro le toca el honor de buscar a Beatriz, la obligación de buscarla. Tú ya no eres el elegido. No supiste verla y siempre perdiste su camino. Estuvo aquí y en todas partes donde la buscaste. Caerá sobre ti la ira de Dios y estarás condenado, sin per-

dón posible, por todos los siglos de los siglos. Me llevo mi retrato, el de la señora Beatriz, la que se quedó muda y se murió sola, porque no podía estar viva. Me llevo lo que quedó de Gwendoline. Me has hecho daño, nos has permitido no poder tener el privilegio de nacer. Un solo consejo: otorga el honor de buscarla, de buscarnos, a otro, a otro que sepa lo que es encontrar. Tómate un ron a mi salud. Resulta que me han encontrado una enfermedad indigna y tengo que marcharme. Creo que te quise."

Sobre el escritorio, en la última página del cuaderno del señor Villaranda encuentro unos versos: "O tal vez no sepamos nada, no inventemos nada, tal vez no sepamos con exactitud si fuimos palpados por una vida que no acertamos a conocer, y que tal vez, quien sabe, fuimos por un instante aquellos dos que reinaron y vivieron muy felices según terminaba el libro de cuentos." Luego, con una tinta de otro color, un mensaje en el que se me advierte que debo abandonar el departamento. No me causa ninguna sorpresa. Es lógico, es natural. Ya no tengo nada que hacer aquí. Miro la hiedra que ha logrado perforar toda la pared y enredarse en los muebles, encerrar los libros, avanzar por el piso. Encuentro una botella de ron y tomo un sorbo, otro.

Pero, de pronto, se me ocurre que no sólo yo tengo que pagar las consecuencias, que debo encontrar a un nuevo elegido que comparta conmigo la humillación, la vergüenza, el engaño, esta broma pesada, este presentimiento de que tendré que morir porque no es posible estar vivo. Me han estafado y Marcos y Enrique y todos los otros y las otras se lavan, ahora, tranquilamente las manos mientras las mías están llenas de ampulas y arden intolerablemente. He sido fiel y obediente —me repito— y lo único que he conseguido es sentirme mal, contaminado, sin posible absolución porque he pecado contra el Espíritu. Me veo en el espejo y no me reconozco. Soy, definitivamente, otro que no tiene la esperanza de volver a la casa familiar, a dormir ahí tranquilo, bajo la protección de los hermanos. Esa casa,

esa familia están definitivamente perdidas para mí. Y Adriana, y Adriana, y Adriana con su vestido azul y su letargo en la selva encantada. Ya no podré transitar por los caminos inexplorados de la selva ni limpiarme el cuerpo en el mar que combate con el viento. Y no tendré tampoco a Daniel, no podré recuperar ese talismán que colgaba en mi cuello. Tomo otro ron y pienso que si salgo del departamento voy a encontrarme con la señora Rosalinda (y que no la reconoceré), escuchando un aria de ópera y que no sabré que la señora Beatriz ha conocido el milagro de recuperar la voz, que voy a adivinar la lejana silueta de Gwendoline vestida de novia y, a la vuelta de una esquina, al perro tigre que me devorará. Tomo otro ron y arrojo el cigarro por la ventana, contra las mujeres que se cuentan sus pequeños, sus grandes problemas y contra los niños que juegan con el objeto oxidado.

¿Qué fácil es decir eso, verdad? Beatriz se murió, y ya. Te dan las gracias por tu colaboración, por haber representado excelentemente tu papel y ya. Una sonrisa, una palmadita en el hombro y una precisa patada como despedida: fuera del escenario. ¿Qué tal va tu temporada teatral? Mal. Y lloro y tomo otro ron. ¿Y estos días, qué pasa con estos días, qué se hace con ellos? ¿Y ahora qué? ¿Y yo qué? Fuera, a otro lado. No hay pasaje de regreso a Veracruz y estoy expulsado —sí, borrado, tachado— de la Facultad. Y lloro, enciendo otro cigarro, tomo más ron. Y sobre todo, ¿qué hacer con este pecado contra el Espíritu? ¿Cómo obtener perdón, vivir en paz, sobrevivir —por lo menos— tranquilo? Única conclusión: he perdido el derecho de buscar a Beatriz.

Sube, sube dentro del pecho. Este rencor, este odio. Durante este interminable sueño hubiera podido hacer muchas cosas. Todo sería distinto. Podría decirme, orgulloso: "Vas bien, sigue, así es." No correría el riesgo de tener que salvarme. Todo en orden, en su sitio. Ese soy yo, podría decirme mirándome en el espejo, reconociéndome. Podría decir mi nombre sin sentir este miedo, esta vergüenza, este

odio. Pero ya es tarde. Beatriz, Beatriz. Podría decirme tantas cosas y no sentir esto que sube dentro del pecho, la bola que me cierra la garganta, el dolor de las manos quemadas.

De repente, todo cesa. Así como ciertos enfermos dejan de sentir, inexplicablemente, el dolor, ahora me siento tranquilo. Ya no me preocupa lo que he hecho y, sobre todo, no me atormenta lo que he dejado de hacer. Al odio sigue una lucidez que nunca había tenido. El corazón disminuye su furioso golpeteo. Respiro hondo, más hondo, hacia adentro, todo el aire. Enciendo un cigarro y el humo sale suave, lentamente, en línea recta. Sonríe.

Aquí está, en mis manos, el retrato de Beatriz, el que me dio Enrique en la Catedral. Beatriz muerta, amarillenta, atravesada por pliegues y arrugas, por surcos finos, por manchas. ¿Cuántos años habrá tenido, realmente? El moño que anuda los suaves cabellos, la cadena de oro que desciende hasta la cintura, el encaje que suaviza el largo cuello...

Camino lentamente hasta la Facultad. Al salir a la calle me he detenido a mirar, rápidamente, el departamento en que murió, sola, muda y enloquecida, la señora Beatriz. Las ventanas están abiertas y una mujer gorda y fea llama a gritos a unos niños que saltan en el jardín. Camino bajo el sol rotundo. Observo los árboles floridos, las casas, las personas que caminan a mi lado o que me cruzan, las apresuradas y las que van tomadas de la mano, mirándose y las que como yo les sobra tiempo porque la hora indicada permite el paso medido, rítmico, lento; las que corren para alcanzar el tranvía o el autobús, las que van de regreso a casa, las que hablan, las silenciosas, las que ponen cara de preocupación, de cansancio, de alegría; las que se encuentran y se dan un abrazo o un tímido y cortés beso en las mejillas, las que se abrazan con una rápida exclamación de júbilo. La luminosidad del día no me remite a aquéllos, otros, de calor abrasante, en el puerto perdido. No me pregunto si esta ciudad me pertenece o me es ajena. De

acuerdo: aquí están los edificios de departamentos, el jardín, la fuente con el surtidor, las flores, los automóviles. No me importa que no consiga embellecerla a pesar de todo lo que inventan para disimular —por lo menos— su fealdad. Creo que, después de todo, es una ciudad como cualquiera, en la que da lo mismo vivir. Porque no se puede vivir, en verdad, en ninguna.

Entro en la Facultad, rondo por las aulas. La presa está cerca: siento ya su olor. Observo las paredes, las puertas, los corredores, las escaleras y me siento como un simple y sencillo visitante, un turista que ha tenido la ocurrencia de conocer este lugar en vez de estar sentado, cómodamente, en un bar tomando un aperitivo. Ya no me intranquiliza el pensar que debería estar aquí, atento a las palabras sabias de los maestros, aprendiendo cómo debe hacerse la justicia, entre otras cosas más o menos importantes. El corazón late acompasado, rítmico, silencioso. No tengo remordimientos y trato de admitir que no soy culpable. Mi lugar no era éste, me digo, convencido. No sé todavía cuál es el sitio que me corresponde, el lugar en el que debo estar. Pero desde luego no es éste.

La presa baja las escaleras rodeado de sus vasallos y me mira, sonrío, me hace una seña. Camino hasta un rincón, encuentro una columna y me recargo en ella, paciente. No tengo prisa. La presa habla y sus vasallos lo escuchan, absortos, en cierto modo sorprendidos. Ahí está con su sonrisa de siempre, agitando las manos. Habla en voz alta pero estoy seguro de que se siente mal, que le intimida el que yo esté aquí, observándolo, escuchándolo. Creo que se imagina que algo le va a pasar. Pienso en el perro tigre husmeando, seguro de dar el salto sin fallar. Esteban está allí, hablando, no sé si adivinando o no el peligro, ignorando lo que me propongo. Pienso que algún día tratará de saber en qué momento principió su papel en esta historia. No me produce lástima verlo tan indefenso. Simplemente yo no me puedo quedar así y alguien más tiene que pagar las consecuencias. Si acepta, si consigo morderlo, si cae en la

trampa, si logro hacerle creer que él es el elegido, creo que podré salvarme. Que reviente, que se joda. Ya me tocó mi turno. Ahora él.

¿Se parece a mí? Eso dicen, eso he creído, eso piensa él también. Al contemplar sus ojos grises, me imagino que soy yo viendo el mar al lado de Adriana. Le voy a revelar mi verdadero nombre para que él lo tome como propio en el momento que quiera. ¿Se parece a mí, como Marcos a Enrique? ¿Podría pasar como mi hermano? Da lo mismo. Pero de pronto hace un movimiento con la mano derecha, toma del brazo a uno de sus vasallos y me veo conduciendo a Adriana a la selva encantada. Da lo mismo. Ahí está el pobre rey rodeado de sus vasallos, un imbécil que intenta imitarme, una cosita de nada que habla y agita las manos.

Se acerca. Eso, eso. Despacio. No hay prisa. Anda, aquí te espero. Ya está a mi lado y sonrío. Me estrecha las manos. Las tiene sudorosas, frías. Correspondo efusivamente a su saludo. Quiero decir: aprieto con fuerza sus manos para que no se escape.

Tanto tiempo que no venías tanto tiempo sin verte tanto tiempo sin saber de ti qué era de ti tanto tiempo que te he buscado tanto tiempo tanto tiempo.

Eso es: habla. Te escucho husmeándote, seguro de que voy a saltar, a morderte.

Tantas cosas que decirte tantas cosas que han pasado tantas cosas que comentar tantas cosas que preguntarte tantas cosas

Llegó el momento:

—Esteban, Rey, Barón: deja a tus vasallos. Vine a buscarte. ¿Quieres caminar conmigo?

Sonríe con orgullo. Caminar juntos. ¡Qué distinción aunque él sea el Rey, el Barón y cuente con una importante corte de vasallos! Me abraza.

Me abraza. No importa. Habla, habla. No importa que me fastidies con esa palabrería inútil. Los maestros, las clases, las calificaciones, los honores. . . Lo importante es que

me sigas. Me rechinan los dientes y te conduzco al sitio sagrado sin que te des cuenta. Calles. Calles. Hay que esquivar gentes, obedecer el semáforo, respetar la circulación de las calles, comentarle que ya están anunciando tal película y que vendremos a verla juntos.

Se detuvo y me miró. Por un momento pensé que se negaría. Pero lo retuve apretándole más el brazo. Sentí el temblor de su cuerpo, cómo aumentaba el sudor de sus manos.

—No entiendo —dice, extrañado— ¿Es necesario?

Moví la cabeza afirmativamente.

—No soy creyente —dijo, esbozando una sonrisa, y aumentó el temblor.

—Pero ahora eres el Procurador y tienes que hacerlo. Eres el elegido. Sobre ti ha caído el honor, el privilegio. ¿No te das cuenta, no entiendes?

No espero su respuesta. Lo obligo a cruzar la calle y a entrar.

La voz de Beatriz suena dulce, perfecta en las naves desiertas de la Catedral. Nos sentamos. No deja de mirarme, extrañado.

Ahora, ahora. El salto, la primera mordida. Clavar los dientes con fuerza, hasta dentro, rompiendo toda la carne, hasta el hueso. Hago la señal de la cruz.

—Escucha Esteban: ésa es la voz de Beatriz. Ella misma me lo dijo cuando estuvimos en el bar. Está cantando para ti. Debo confiarte la gran misión: tienes que buscarla. Has sido designado el elegido. Yo ya no puedo hacerlo porque ando perdido entre demasiados amores. Obedece. Arrodríllate.

Se deja guiar por mi mano y cae pesadamente en el reclinador. Le muestro la fotografía de Beatriz.

—Yo voy a hacer mi vida más sencilla. Así ha sido dispuesto y tienes que obedecer.

Sus grandes, tristes ojos grises están fijos en la fotografía. No deja de acariciarla, de pasar sus dedos por las arrugas, los finos surcos, el cuello largo, el cabello.

Ya está. No soltarlo, no aflojar los dientes. Fuerte, más fuerte. Un día tratará de recordar si este momento es el principio de su historia.

—Beatriz canta para ti. Sanctus, Sanctus. Pero luego entonará otra melodía, aún más dulce, que no comprenderás en este momento pero que permanecerá grabada para siempre en ti, porque ha sido cantada para ti, como prueba definitiva de que has sido designado el elegido. Búscala, encuéntrala. Ella te espera, te necesita, te quiere. Ahora tengo que santificarte.

Tomo su cara con la mano izquierda y con la derecha lo persigno.

—Dí su nombre.

—Beatriz, es Beatriz —dice, casi grita con alegría. Tiene la frente sudorosa, le tiemblan las manos y sus hermosos ojos grises están enormemente abiertos. En el altar, los ángeles descienden en las guirnaldas, sonrientes.

—Beatriz, es Beatriz —digo, casi grito, triunfante, llorando, apretando los dientes. Y el nombre sale de mi boca como si nunca hubiera sido pronunciado, como si perteneciera a otra época, no transcurrida, como si acabara de inventarlo.

Esteban contempla el retrato, lo besa una, dos veces. Murmura algo. El nombre, seguramente.

—Reverendo Padre —le digo, pero en verdad me hablo a mí mismo— ¿no le extraña la muerte y la resurrección de Jesucristo?

—Creo en Dios Padre, en el Hijo, en el Espíritu Santo —murmura Esteban santiguándose con el retrato de Beatriz. Luego permanece inmóvil, escuchando la voz. Sanctus, Sanctus. Se vuelve y me pregunta:

—¿Qué debo hacer ahora?

Sonríe:

—Buscarla. Yo te daré todas las pistas, los sitios, las personas que te conducirán a su encuentro. Tienes que encontrarla a fin de que no fallen los experimentos del señor Villaranda y de que nosotros podamos contemplarla. Ma-

ñana te trasladarás al departamento que yo tenía. Dejarás la Facultad. Tendrás que descifrar todo lo que está escrito en un cuaderno. Estaremos en contacto para que nada falle.

La voz se vuelve cada vez más dulce, más débil.

—Estoy seguro de que la he visto en alguna parte, en otro país. O que la he soñado.

—Ella es un sueño —digo, mientras aprieto la mano izquierda de Esteban, mientras miro el alegre descenso de los ángeles—. Es tu sueño. Pero cuando despiertes, ella despertará también y te convencerás de que está viva porque tú lo estás también. Ella lo ha dicho, es el mensaje para ti. Simplemente, ahora, está dormida.

Salimos. El aire es fresco, líquido, casi marítimo. Esteban me quiere decir algo. Vamos al Cardini.

Pixie ha vuelto y canta dulces canciones. Se dirige a mí con cierta tristeza y en ese momento llegan Marcos y Enrique.

—¿Dónde está Beatriz? —pregunta Esteban.

Enrique y Marcos se miran, en cierta forma sorprendidos. Le digo:

—Te espera esta noche, en el café Viena, a las ocho. Un mesero te dará una zapatilla de cristal como contraseña, como prueba definitiva. (Pero me duele el estómago y tiemblo ante un sonido inesperado. Lejos, quizá en otro lado de la ciudad, la muchacha aquella busque a Alguien, lo encuentre y no lo reconozca. Aquel sonido inesperado ya no se repite.)

Esteban sonríe. El retrato de Beatriz late apresuradamente. Lo puedo ver al través de su camisa, desabrochada.

Marcos y Enrique sonríen, pero ya no se parecen. Simplemente, se miran, se observan.

Esteban, de pronto, se levanta y anuncia con una voz que se parece a la mía:

—Tengo que irme. Tengo que estar en el café. Tengo que encontrarla.

Sale corriendo, casi corriendo. Lleva el retrato de Beatriz

en las manos y debe caminar tambaleándose. Una cierta claridad insospechada presidirá sus pasos. Es de noche. Alguien le gritará algo y él tendrá que esconderse detrás de los árboles, ensuciarse en el lodo del parque. Pero Esteban no verá nada, no escuchará nada.

Tres coñacs.

Enrique y Marcos (que ya no se parecen) me miran sorprendidos. ¿A quién me parezco yo? ¿A él, al otro? Lo cierto es que quieren preguntarme algo, qué pasó, o algo así. Pienso en Esteban caminando de un extremo al otro de la ciudad, por los jardines, la Catedral, todas las calles. Caminando todas las noches. Todas, sin descanso hasta el día que le anuncie que Beatriz ha muerto y comprenda que ya no me parezco a él. Imagino a Esteban en la fiesta de Leonor y en sus funerales, lo veo subiendo las escaleras del departamento y asustando a una pareja que se besa en la oscuridad, lo veo mirando al mar con mis mismos ojos grises, lo veo entrando en la recámara de mi madre, lo veo mordido por el perro tigre, lo veo cuando el mesero le cuenta de que ya no va nadie al café. Lo veo. Y me río. Y pido más coñacs.

—¿Dormiste bien anoche? —me pregunta Marcos. O me pregunta Enrique.

Estiro las piernas, enciendo un cigarro y tomo un sorbo de coñac. Pixie canta: *Don't ask why of me; don't ask forever of me; Love me, love me now*. Luego mira largamente al público que la aplaude, se acerca a la mesa, se acerca a mi oreja:

—No comprendes, tonto, no te das cuenta. Aquí estoy, perseguida. Aquí estoy y no me has reconocido. Te voy a cantar algo que te recuerde y al mismo tiempo te haga olvidar, que te obligue al reconocimiento —y canta, llorando *You must remember this*.

Marcos y Enrique beben, silenciosos. Arrojo el cigarro a un rincón y veo la lucecita volando. Ya no la veo.

Marcos se parece a mí, Enrique se parece a mí.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunta Enrique-Marcos.

Así.

Todo está terminado. Me siento bien, tranquilo. Puedo decirme, ridículamente, que estoy curado. Los miro: los dos están mirándome, temblorosos. Les pregunto:

—¿Qué sigue ahora?

Marcos-Enrique piensa:

—Has dado una dirección equivocada. Ella estará allí. El principio era otro, precisamente donde ella no estaba.

Me levanto. ¿Qué pasa si salgo corriendo, si la encuentro en el verdadero lugar, si ellos no quisieron, precisamente, engañarme?

En este momento, Esteban tendrá la zapatilla de cristal en las manos y Daniel le ofrecerá un trago. Pixie se ha disfrazado otra vez con el vestido ese que le confeccionó un colombiano. Enrique-Marcos alza la copa y me dice "salud". Esteban estará escondido con las putas, linterneado.

Sonrío.

Amen.